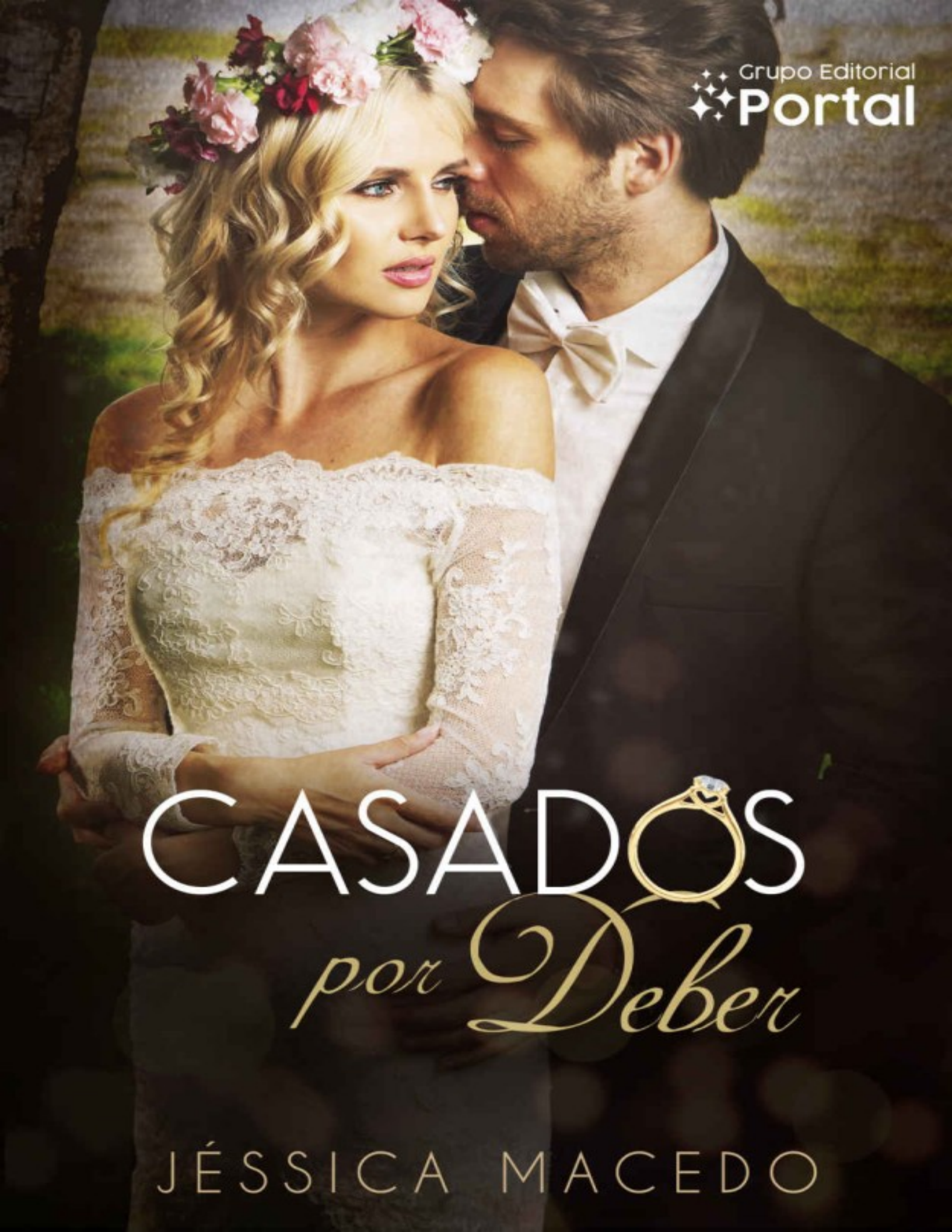

Grupo Editorial
Portal
CASADOS
por Deber
JÉSSICA MACEDO

JÉSSICA MACEDO

CASADOS por Deber



Grupo Editorial Portal

Copyright © 2025 Grupo Editorial Portal

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra -física o electrónica- sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y castigado en el artículo 184 del Código Penal

Portada y maquetación

Jéssica Macedo

Patrícia Trigo

Preparación de textos
Aline Damasceno

Ana Roen

Traductor

Matías San Miguel

1ª

Libro

Jéssica Macedo

Publicación del portal

Sello secreto

Todos los derechos reservados.

Creado en Brasil.

Este libro sigue las normas de la Nueva Ortografía de la Lengua Portuguesa.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con nombres, fechas y acontecimientos reales tiene por objeto ambientar y dar veracidad a la historia

Resumen

Sinopsis:
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho

Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Epílogo
Sobre la autora
Otras obras
Redes sociales (del editor)

Para mi lector Jefferson, del grupo de WhatsApp “Lectores de Jéssica”.

Sinopsis:

Hace cinco años, Jefferson Miller abandonó a su familia y a la empresa para recorrer el mundo a bordo de un barco, en busca de su propio destino. Después de tanto tiempo lejos, regresó a San Francisco para asistir al entierro de su hermano mayor, el único con quien tenía un vínculo profundo. Pero no esperaba que, además de dejarle la multinacional del sector deportivo, Jonathan también le heredara una esposa.

Para asumir la presidencia de Athena, convertirse en el CEO y aportar estabilidad a los negocios frente al mercado, tuvo que cumplir el último deseo de su hermano: casarse por contrato con su viuda, una mujer diez años menor que él y a quien solo conoció en el funeral.

Clare tenía el empleo de sus sueños trabajando como secretaria de su mejor amigo, al frente de una de las compañías deportivas más importantes del mundo. Sin embargo, un terrible accidente cambiaría su vida para siempre. Jonathan juró protegerla, así que decidió casarse con ella, aunque se trataba solo de una fachada, un acuerdo que también le ayudaría a ocultar su orientación sexual.

Virgen y viuda, nunca imaginó que viviría un gran amor al verse envuelta en un segundo matrimonio por contrato. Pero lo que

Clare y Jefferson no sabían era que, en los brazos del otro, podrían encontrar su verdadero refugio.



Clare

Prólogo

Hace tres años...

Jonathan levantó el vaso con aire burlón y yo negué con la cabeza.

—¿No vas a beber, Clare?

—Sabes que no bebo. —Reí mientras colocaba un mechón de mi cabello rubio detrás de la oreja.

—Deberías ser un poco menos mojigata para alguien que no es más que una niña.

—Soy sensata.

Jonathan era una excelente persona la mayor parte del tiempo, optimista, divertido, pero a veces se pasaba un poco, como en los días que decidía ir de after office. En el fondo, yo sabía que tenía otros motivos para frecuentar el bar que quedaba a dos cuadras de donde trabajábamos.

Estaba estudiando administración y él era el hijo mayor del dueño de Athena, una marca de productos deportivos que se había expandido a nivel mundial. Nos conocimos el día de la entrevista, cuando yo estaba desesperada buscando trabajo para ayudar a pagar la universidad, y desde entonces no solo éramos jefe y empleada, sino amigos inseparables.

A pesar de la gran diferencia de edad y de mi rechazo al alcohol, teníamos muchos temas en común. Amábamos leer, escuchar el mismo estilo de música, ir a la playa, jugar al vóley...

Admito que, para ser un hombre rico que había nacido en cuna de oro, Jonathan era una de las personas más humildes que conocía. Ayudaba a todos los que podía -empezando por mí-, participaba en campañas de donación de alimentos y, a veces, él mismo servía sopa o entregaba la ropa y la comida recolectada a quienes más lo necesitaban.

No solo me parecía un hombre atractivo, la mayoría del tiempo me sentía muy orgullosa de estar cerca de él y tener la oportunidad de convivir juntos, salvo cuando ya había tomado unos tragos de más como ahora y coqueteaba con el barman.

—Anda, pídele su número. —Jonathan me dio un empujoncito en el hombro.

—¡Pídeselo tú! —Crucé los brazos.

—Eres mucho más joven y más bonita que yo.

—Joven, sin duda; bonita, no lo sé, pero eso no tiene nada que ver. Ten valor y hazlo tú mismo. Combates con tu padre y con un montón de buitres en la empresa, puedes tener agallas para pedirle el teléfono a ese tipo.

—Combato con ellos porque ni se les pasa por la cabeza a esos viejos retrógrados que soy gay. Tú eres la única que me

entiende, Clare.

—Creo que todo el mundo tiene derecho a elegir sobre su propia vida y a quién le hace feliz. Yo admiro a mis madres. Sarah hace feliz a mi mamá.

—Un brindis por la felicidad. —Volvió a levantar el vaso, pero se lo quité de la mano.

—¡Ya basta, Jonathan!

—Pero es solo un poco más de coraje líquido para conquistar al barman.

—De nada sirve que el tipo acepte salir contigo si vas a estar tan borracho que ni te vas a acordar. —Me incliné sobre la barra de madera y tomé un trago de mi batido de fresa sin alcohol. Después de lo que mi madre y yo habíamos pasado con un hombre que se emborrachaba y nos golpeaba, le tenía verdadero pánico al alcohol.

—¡Okay! —Jonathan golpeó el vaso contra la barra—. Voy a hablar con él. —Empujó el banco hacia atrás y se levantó, enderezándose. Sacó pecho, se acomodó el copete con la mano y sonrió con encanto.

A sus treinta y tres años, Jonathan era un hombre que arrastraba miradas y dejaba a cualquiera babeando. Pero él no quería a cualquiera, siempre había preferido a los hombres.

Lo seguí con la mirada mientras se acercaba al barman que estaba en el extremo opuesto, sirviendo una cerveza en una jarra.

—¡Denny! —Una mujer pelirroja con un vestido ajustado se inclinó sobre la barra y se estiró para pegar sus labios a los del hombre—. Estoy en la mesa del fondo.

Jonathan se acomodó la corbata, giró sobre sus talones y volvió a caminar hacia mí.

—¡Querida! —Intentó besarme en la boca y yo giré la cara.

—No descargues tu frustración conmigo. —Apoyé las manos en su pecho para apartarlo.

—Perdí contra una pelirroja con tetas enormes.

Solté una carcajada por el puchero que hizo.

—Sí, yo no tengo tetas enormes.

—Tus pechos son lindos aunque sean pequeños.

—Como si tú supieras medir eso.

—Lo sé.

—No sabes nada.

—Que no me gusten no significa que no sepa admirar un par de tetas.

—Está bien. —Hice una mueca y él me apretó la nariz.

En mi vida habían pasado muchas tragedias, pero no podía decir que el destino solo nos trae cosas malas. Jonathan, sin duda, era una de las mejores cosas que me habían pasado. Era un gran jefe y un mejor amigo aún más increíble, siempre animándome y sacándome risas.

—Otra ronda. —Levantó la mano y yo se la bajé.

—Ni loco. Mañana tenemos que trabajar, señor Miller.

—Nada de señor Miller. No estás aquí como mi secretaria.

—Pero como tu mejor amiga, te digo que ya fue suficiente. —Le sostuve la mano con firmeza y Jonathan me miró con cara de niño regañado.

—¡Está bien! —Volvió a ponerse de pie y el impulso del movimiento hizo que se cruzara de piernas y saliera tambaleándose —. Vamos hasta mi coche. —Sacó las llaves del bolsillo y las giró entre los dedos.

—No vas a conducir así.

—Ay, Clare...

—Nada de "ay, Clare". Vamos en taxi.

—No voy a dejar el coche aquí.

—No lo compliques, Jon. —Le puse las manos en la cintura y le lancé una mirada seria.

—Maneja tú. —Me entregó la llave del convertible.

—Creo que...

—Tú ni siquiera bebiste.

—Está bien. —Tomé la llave entre los dedos y Jonathan apoyó la mano en mi hombro mientras caminábamos juntos hasta el coche estacionado al otro lado de la calle.

Me senté en el asiento del conductor y él, a mi lado, se abrochó el cinturón de seguridad mientras movía la cabeza de un lado a otro, observando la calle y a las personas que salían del bar. Notó que una de ellas era el barman, que iba acompañado de la pelirroja. Rieron, se susurraron algo al oído y se besaron y abrazaron.

—¿Qué tiene ella que yo no tenga? —Jonathan cruzó los brazos.

—¿Una vagina? —Lo miré frunciendo el ceño antes de encender el motor, y ambos nos echamos a reír.

—Bueno, tienes razón.

Dejé de mirarlo para concentrarme en la calle. Aunque ya era tarde y el tráfico había disminuido, siempre fui prudente y manejaba con mucho cuidado. Al doblar en una esquina, me encontré con la luz roja y esperé a que cambiara. Al salir de Union Square, la zona comercial más conocida y animada de San Francisco, en cuanto tomara el camino hacia la mansión donde Jonathan vivía con sus padres, el tránsito sería más tranquilo.

Apenas el semáforo cambió, aceleré el coche, cruzando hacia la siguiente cuadra. Estaba justo en la mitad de la intersección cuando escuché una bocina y vi un gran destello a mi izquierda. El camión circulaba en sentido contrario y parecía fuera de control. No tuve tiempo de hacer nada antes de que la luz se convirtiera en una mancha oscura.

La bocina seguía resonando en mi cabeza, y fue el último sonido que recuerdo, porque después de ese día, mi mundo se volvió completamente silencioso.



Jefferson

Capítulo uno

Ajusté la corbata en mi cuello justo cuando bajé del taxi. Me incomodaba volver a usar ese tipo de ropa, y más aún regresar a San Francisco después de tantos años de ausencia.

Yo era el hijo pródigo, el rebelde que había dejado la casa y desaparecido por el mundo. Al menos esa era la imagen que estaba seguro de que todos tenían de mí. Aunque era el menor, estaba lejos de ser el hijo querido; ese puesto lo ocupaba Jonathan. Mi hermano era el hijo perfecto, el que siempre se comportó como mis padres querían, el que se hizo cargo de la empresa y se convirtió en el CEO de Athena. Yo era el que nadaba contra la corriente, el que huyó cuando lo cargaron con demasiadas responsabilidades hace cinco años, pero que finalmente estaba de regreso en casa.

Mi padre había fallecido hacía poco más de un año y no regresé para su entierro. Nuestra discusión cuando me fui fue terrible, pero creía que tenía razón y no quería miradas de juicio sobre mí, porque después de la muerte, todos parecían volverse santitos.

Sin embargo, recibir la noticia de la muerte de Jonathan fue un golpe duro, sobre todo porque, dos meses antes, mi hermano mayor había intentado contactarme, pero yo estaba incomunicado en medio del Pacífico. Aislado en mi propia burbuja, no me preocupé

por lo que podía estar ocurriendo en tierra firme. Jamás se me pasó por la cabeza que, con treinta y seis años, moriría de cáncer.

Era joven... Era un buen hombre... Estoy seguro de que eso era lo que iba a escuchar en cuanto entrara al velorio, que se llevaba a cabo en una iglesia que frecuentábamos desde niños. Llevábamos cinco años sin vernos, y no podía negar que volver para enterrar a mi hermano era algo que me pesaba enormemente. Él siempre tomó demasiadas responsabilidades para hacerme la vida más fácil, y aún así, yo me desentendí de todo.

Con su partida, solo quedaba el resentimiento de no haber podido despedirme. Imaginaba que, hace dos meses, cuando Jonathan me buscó, ya sabía que esa enfermedad podía ser terminal. Había mucho que decir, pero ya no había oportunidad. Estaba allí, después de tanto tiempo, solo para demostrarme a mí mismo -no a los demás- que tenía algo de consideración, y que en el fondo me sentía culpable por haber cortado lazos con todos, especialmente con él.

Estaba acostumbrado a los shorts y camisetas sin mangas, y el traje resultaba completamente incómodo bajo el sol californiano, mientras subía los escalones de la iglesia y entraba en la nave, que estaba llena de gente. Algunos rostros me resultaban familiares, otros no tanto.

La mayoría de los presentes se giró a mirarme cuando entré. Metí las manos en los bolsillos y fingí que mi presencia no era

inoportuna, por más evidente que fuera. Estar allí no significaba nada para quienes no me conocían, y estaba seguro de que los que sí sabían quién era, no me querían ahí. Estaban perdiendo al hijo Miller más importante; no era momento para que la escoria regresara a casa.

Aun así, vine. Estaba haciendo lo que dictaba mi conciencia, como lo había hecho toda mi vida, estuvieran de acuerdo conmigo o no.

—¿Ese es Jefferson? —Escuché a una mujer mayor decirle a otra que estaba sentada junto a ella en uno de los bancos del fondo de la iglesia.

—Sí.

—Está cambiado.

Bajé la cabeza. En efecto, cinco años podían cambiarlo todo.

Vi el ataúd de mi hermano frente al altar. Con la tapa abierta, podía verlo acostado sobre una superficie blanca y acolchada. Se le notaban los años, algunas arrugas en la frente y alrededor de los ojos, pero seguía siendo el mismo Jonathan que recordaba. El maquillaje y la preparación del cuerpo habían sido hechos para que su rostro pareciera el de alguien que solo dormía.

Me quedé parado en medio del pasillo de la iglesia cuando vi a una mujer rubia acercarse al ataúd. Parecía joven, unos diez años menor que yo, calculo. Lloraba desconsoladamente junto al cuerpo.

No sabía de dónde sacaba tantas lágrimas. No tenía idea de quién era, pero mi hermano solía ser un tipo simpático y hacía muchos amigos. Tenía esa absurda idea de que podía cuidar de todos, pero a menudo fallaba, sobre todo consigo mismo.

—¿Hijo?... —Mi madre se levantó del primer banco y abrió los ojos como platos al encontrarse con los míos.

Tambaleante, vino hacia mí y me abrazó. Su cabeza se hundió en mi pecho y lloró como si fuera el fin del mundo.

Solo acaricié su cabello y la dejé desahogarse. Hacía tanto que no nos veíamos, que pensé que merecía un poco de eso de mi parte.

—Pensé que no vendrías. —Me abrazó por los hombros.

—Necesitaba venir.

—Sí, tenías que venir. Deberías haber venido antes, Jonathan te necesitaba. Todos nosotros te necesitamos.

—Estoy aquí ahora —respondí con un tono seco, pero eso no significaba que pensaba quedarme. En cuanto enterraran a mi hermano, volvería a mi barco y desaparecería en el océano otra vez.

—¿Quién es ella? —pregunté, señalando con la cabeza a la joven que lloraba junto al ataúd.

—La esposa de tu hermano.

—¿Se casó? —Fruncí el ceño. Jonathan podría ser el hijo perfecto, pero el matrimonio era algo que no esperaba de él.

—Hace dos años.

—Entiendo.

—Te envió una invitación.

—Debe haberse perdido entre las miles de cartas que recibo.

—Como todo, ¿no?

—Mamá, ya basta... —Me aparté de ella y seguí el camino hasta el ataúd para ver de cerca a mi hermano.

No sabía si la última imagen que quería guardar de él era la de verlo acostado en un ataúd, pero ya era demasiado tarde.

Respiré hondo y recordé la última vez que nos vimos.

—¡No puedes hacer esto! —Corrió hacia mí y me sujetó del hombro, obligándome a darme vuelta para mirarlo.

—Me gusta el mar, estar en mi barco. No quiero estar de traje frente a otros encorbatados todo el día discutiendo negocios. Los millones que hay en el fondo con mi nombre ya son más que suficientes para vivir la vida como yo quiero.

—No todo se trata de lo que queremos.

—Tú encajas perfecto en ese papel de hijo ejemplar, pero eso no es para mí. —Moví el hombro con fuerza hacia abajo para que me soltara.

—Estoy muy lejos de ser perfecto.

—Nuestros padres creen que eres increíble.

—No exageres.

—¡Yo solo quiero ser libre, hermano!

—Para ser libre no necesitas alejarte de todos, Jeff.

—Tengo mis dudas.

—Ni siquiera intentas darte una oportunidad.

—Quédate aquí, cuida la empresa y sé el hijo que papá espera que seas. Yo me voy. —Di pasos hacia la puerta de la mansión.

—¡Jefferson! —gritó mi hermano, pero no me importó.

—No deberías estar aquí. —Apreté el borde del ataúd, resoplando y luchando contra la incomodidad que se apoderaba de mi pecho.

Me fui en busca de mi libertad, pero jamás imaginé que al regresar ya no podría abrazar a mi hermano mayor.

La mujer a mi lado sostenía sus manos y no dejaba de llorar. Parecía no notar mi presencia, perdida en su propio dolor. Me parecía demasiado joven para él, pero no estaba allí para juzgar sus decisiones, porque, de todos los miembros de la familia, Jonathan fue el que menos me juzgó. Solo esperaba que, fuera quien fuera, lo hubiera hecho feliz en el tiempo que estuvieron juntos.

—¿Señor Jefferson Miller?

Me di vuelta cuando escuché que alguien me llamaba y me encontré con uno de los tantos tipos de traje cuyo rostro me resultaba familiar; debí haberlo visto en alguna reunión de negocios de Athena.

—Hola. —Volví a meter las manos en los bolsillos y adopté una postura defensiva.

—Mis condolencias por su pérdida.

—Gracias.

—Imagino que esto debe ser difícil para usted.

—Debe serlo para todos. Jonathan siempre fue el más popular de los Miller.

—Tu hermano fue realmente un hombre ejemplar. Todos lo vamos a extrañar mucho.

—Sí —murmuré sin detenerme. No estaba ahí para charlar con un hombre que ni siquiera sabía quién era—. Si me disculpas...

Intenté pasar, pero puso la mano en mi pecho.

—¿Qué pasa? —Le aparté la mano y me puse a la defensiva.

—Perdón, tal vez no te acuerdes de mí.

—No.

—Soy Felix Thompson, uno de los abogados de la corporación Athena. Estuve a cargo del testamento de tu hermano. Necesito que vayas a mi oficina mañana para la lectura.

—Paso. —Me encogí de hombros. Ya tenía suficiente dinero para mantenerme; fuera lo que fuera que mi hermano hubiera dejado para mí, podían dárselo a otro.

—Es importante.

—Cuando se trata de bienes y dinero, siempre lo es. De eso mi familia tiene de sobra, y lo aprendí desde pequeño.

—Tu hermano me dejó instrucciones muy específicas respecto a esto. Necesito que vayas, era su última voluntad. —Me dio una tarjeta que metí en el bolsillo sin siquiera mirarla.

Puse cara de que no iba a ir, de que no me importaba, pasé por su lado y caminé hacia el fondo de la iglesia.

Era su última voluntad...

Por más que siempre hubiera sido el rebelde, esa frase se quedó retumbando en mi cabeza. Podía cambiar el rumbo de toda mi vida, tan fuerte como una tormenta en mar abierto...



Clare

Capítulo dos

Algunos dirían que tuve dos meses para prepararme para ese momento, pero ese tiempo solo hizo que el día fatídico se volviera aún más doloroso. Sentía como si toda mi vida estuviera marcada por pérdidas y sufrimiento. Primero, un hombre que ni siquiera debería ser llamado padre, que nos pegaba a mi madre y a mí. Cuando por fin nos libramos de él, mi madre pudo ser feliz y yo ingresé a la universidad. Todo parecía estar tomando rumbo, pero ahí estaba yo, nuevamente derrotada.

Conocer a Jonathan fue una señal de que todavía existían personas buenas en el mundo, personas que traían alegría y color a nuestra vida. Él era mucho más que mi jefe, se había convertido en mi mejor amigo, cuidaba de mí y me hacía sonreír. Incluso después del accidente, que convirtió mi mundo en un lugar silencioso, él estuvo ahí para cuidarme.

Jonathan hizo todo lo posible, pagó a todos los médicos disponibles, pero el traumatismo craneal que sufrí por el impacto había dañado mi nervio auditivo, el que transmite el sonido al cerebro. Ni cirugías ni aparatos lograrían devolverme la audición. Estaba condenada a un mundo sin mis canciones favoritas ni la voz de mi madre, pero tenía a Jonathan para sostener mi mano.

La propuesta de matrimonio fue, sin duda, su idea más loca.

Un día cualquiera, como cualquier otro, llegó a casa de mi madre con un ramo de flores y me preguntó si quería casarme con él. Pensé que era una broma, que me estaba tomando el pelo o que era una de sus locuras, pero sus palabras eran reales, al igual que el anillo de diamantes.

Jonathan y yo jamás seríamos marido y mujer, porque, para empezar, él ni siquiera se sentía atraído por mujeres, pero, según sus propias palabras, esa era su manera de asegurarse de que siempre estaría protegida, mientras él mantenía ante sus padres y los socios de la empresa la imagen de un hombre heterosexual con esposa.

No había besos, salvo algún pico de vez en cuando; nunca tuvimos sexo, de hecho, ni siquiera había estado cerca de eso con nadie, pero me casé con mi mejor amigo. Tenía risas aseguradas en la madrugada, chistes que él había aprendido a contar en lenguaje de señas, su protección y el cuidado de alguien que yo sabía que nunca me dejaría sola...

Pero me dejó...

Me froté los ojos una vez más al acomodarme en un sillón verde frente al escritorio del abogado. Sentía los párpados hinchados y la vista borrosa por todas las lágrimas que había derramado desde que el médico dijo que no había nada más que hacer, que Jonathan no volvería a casa conmigo.

Exactamente dos meses atrás, estábamos en la empresa cuando se desmayó por primera vez. Yo ya no podía contestar teléfonos, pero hacía lo posible en mi trabajo como secretaria y me mantenía ocupada y satisfecha con mi labor, mientras él se había convertido en el CEO de la empresa familiar.

Estábamos en su oficina, revisando un informe de producción, cuando se desvaneció. Corrí a pedir ayuda, alguien que pudiera llamar a emergencias.

Después de una batería de exámenes, dieron el diagnóstico: un tumor maligno en el cerebro. Al igual que mi sordera, no tenía cura. A diferencia de mí, que había sido condenada a vivir en un mundo silencioso, Jonathan tenía una sentencia: semanas de vida.

Perderlo me destruyó. Él era mi certeza de que el mundo podía ser mejor, pero sin esa chispa, la esperanza se había extinguido.

Estaba enojada, aunque sabía que no era su culpa. Jonathan me había prometido que siempre cuidaría de mí… no podía haberse ido. Era tan injusto...

Sentí que Sarah me tocó el hombro y levanté la cabeza para mirar al abogado. Mi madrastra, que era como una segunda madre para mí, era abogada y decidió acompañarme a la lectura del testamento. Le estaba muy agradecida, porque con todo el dolor que pesaba sobre mi pecho, no tenía fuerzas para estar sola.

—Lamento mucho su pérdida, señora Miller. —Leí los labios del abogado mientras hablaba.

Como perdí la audición siendo adulta, cuando ya sabía hablar, eso facilitó mi readaptación social, pero tuve que compensar la falta de oído de otras formas para poder comunicarme. Una de ellas fue la lectura de labios, ya que la mayoría de las personas no sabía usar lenguaje de señas. Aprendí a fijarme en las expresiones corporales de cada persona, en cómo se movían sus labios y el resto del rostro.

Cuando estaba frente a alguien que hablaba despacio, esa persona ni siquiera se daba cuenta de que yo había perdido la audición. Solo se complicaba cuando me enviaban mensajes de voz o intentaban llamarme.

—Gracias. —Volví a frotarme las manos una con la otra.

Noté que Sarah había preguntado algo, porque el abogado respondió:

—Solo estamos esperando a la madre y al hermano del señor Miller.

Asentí con la cabeza.

En ese momento debería estar empacando mis cosas en la mansión para volver a casa de mi madre, pero Sarah me había convencido de asistir a la lectura del testamento. Aunque no fuéramos una pareja romántica, Jonathan y yo estábamos casados.

Me sorprendí cuando unos brazos me envolvieron. Tardé un poco en darme cuenta de que era Kristen, la madre de Jonathan. Sentía la vibración en el aire y sabía que estaba diciendo algo, pero sin ver su rostro y leer sus labios, no sabía qué decía.

Con señas, le dije a Sarah:

—Pídele que repita y que me mire.

Kristen soltó el abrazo y se paró frente a mí.

—Pobrecita, lo siento mucho.

—Gracias.

—Sin Jonathan, la vida será muy difícil para todos nosotros.

Solo asentí con la cabeza. Mi suegra ya había dicho eso otras veces, ella solo me veía como "la pobrecita", una más de las obras de caridad de su hijo. No tenía idea de lo destrozado que estaba mi corazón por haber perdido a mi mejor amigo.

Me di cuenta de que todos miraban hacia un punto detrás de mí. Alguien debió haber dicho algo, así que, por puro reflejo, giré el cuerpo y lo vi. Lo había observado en el velorio, pero no lo había identificado, al menos no hasta ese momento.

Durante mi tiempo con Jonathan, en muchas ocasiones hablaron sobre el menor de los Miller. Jefferson había desaparecido del mapa pocos meses antes de que yo comenzara a trabajar en Athena y nunca lo había visto en persona.

Era un poco más alto que Jonathan, con rasgos parecidos y los mismos ojos verdes, pero a diferencia de la expresión siempre sonriente y radiante del mayor, él parecía serio y malhumorado.

—Disculpen el retraso. —Me fijé en sus labios, que eran más gruesos y parecían un poco resecos.

Se dio una conversación a mis espaldas, porque él solo respondió con un movimiento de cabeza antes de acercarse y sentarse en el sillón junto al mío.

—Ahora que todos los herederos están presentes, puedo comenzar con la lectura del testamento...

Me incliné hacia adelante para concentrarme en las palabras del abogado. Aunque hablaba despacio, no quería perderme de nada.

A su madre, Jonathan le había dejado la casa y un fondo con el que podría mantenerse y pagar a los empleados. Eso no me sorprendió, ya sabía que, cuando él ya no estuviera, ese no sería mi lugar. A mí también me dejó una gran suma de dinero. Era su manera de protegerme y asegurarse de que pudiera cuidar de mí misma a partir de entonces.

Estaba muy agradecida con Jonathan por todo el cariño, por haberme cuidado y haberme dado momentos felices.

Aunque no me debía nada, lo que más me sorprendió no fue lo que me dejó a mí, sino lo que dejó a su hermano menor. Athena

era una empresa creada por la familia Miller. Siempre habían tenido la mayoría de las acciones. Arthur, mi difunto suegro, había dejado todas sus acciones, el sesenta por ciento del total, a su hijo mayor, ya que el menor había desaparecido. Jefferson no tenía derecho a la empresa hasta la muerte de su hermano, que le dejó sus acciones, pero había una condición:

—Debes casarte con Clare. Si eso no ocurre, las acciones a nombre de Jonathan Miller serán puestas en venta y el dinero se destinará a una institución benéfica —dijeron los labios del abogado.

No pude entender lo que dijo Jefferson, pero por su lenguaje corporal, levantando los brazos y caminando hacia el fondo de la sala, quedó claro que no le gustó para nada. Jonathan lo había acorralado. Si Jefferson no aceptaba, la empresa fundada por su abuelo dejaría de pertenecer a los Miller. Estaba demasiado sorprendida como para opinar al respecto. Nunca había visto a su hermano antes, ¿cómo esperaba Jonathan que nos casáramos?

El abogado me entregó una carta que, según él, había sido escrita por Jonathan antes de morir. Pensaba que ya me lo había dicho todo, no estaba preparada para eso.

Kristen se levantó y fue tras su hijo. Hablaron, pero solo podía ver sus movimientos, no leer sus labios. El menor estaba furioso y ella trataba de calmarlo. No era lo que él quería, ni tampoco lo que yo quería.

—¿Eso es todo? —pregunté al abogado.

Él asintió con la cabeza.

—Me pondré en contacto con tu abogada para pasarle los detalles de cómo acceder al fondo.

Asentí y salí con Sarah de la oficina del asesor jurídico.

Miré fijamente a Jefferson antes de seguir por el pasillo. Tenía una mirada parecida a la de su hermano, pero claramente esa era la única similitud entre ellos.



Jefferson

Capítulo tres

Mi hermano solo podía estar burlándose de mí. No había otra explicación para esa broma absurda. Dejarme el control de la empresa con la condición de que me casara con su viuda.

Jonathan solía estar loco a veces, pero nunca imaginé que llegara a tanto. Debía de estar completamente fuera de sí cuando escribió ese testamento para proponer algo así.

Salí del despacho del abogado hecho una furia. Mi madre vino detrás de mí, pero dejó de seguirme cuando la despaché en plena calle y me metí en un taxi. No quería saber nada de la empresa, y mucho menos de una viuda que me dejaban como si fuera un legado. Ese tumor debía de haberle cocinado el cerebro a mi hermano.

Mientras me acomodaba en el asiento trasero del coche, rumbo al muelle donde había dejado mi barco, arrugaba la carta que él me había dejado sin molestarme siquiera en leerla.

Mi cabeza hervía con la duda de qué carajos podría haber escrito ahí, aunque una parte de mí estaba demasiado enfadada para querer leerlo.

Finalmente, rompí el sobre y saqué la hoja escrita a mano. La letra de mi hermano no era la más bonita del mundo, pero al menos

era legible.

Jeff,

Voy a comenzar esta carta con "querido hermano", aunque te hayas esforzado bastante en no serlo tanto. Espero que en estos últimos años hayas sido muy libre y hayas disfrutado la vida como siempre quisiste. Honestamente, me encantaría que pudieras seguir disfrutándola, y que yo siguiera haciéndome cargo de las responsabilidades por los dos, pero la vida no quiso que fuera así.

Estoy escribiendo esta carta después de que varios médicos me dieran una sentencia de muerte. Descubrí que tengo un tumor inoperable y la sensación es como tener un arma apuntándome a la cabeza. Es invisible, pero en cualquier momento alguien va a disparar y se va a terminar todo.

Athena es tuya. Ya no sirve que sigas negándolo, huyendo o escondiéndote en medio del océano. No hay otra persona para hacerse cargo, y no puedes dejar que el legado de la familia muera, así como tampoco las cientos de personas que dependen de sus empleos.

Estudiaste y, cuando terminaste la carrera, trabajaste un tiempo en la directiva de la empresa conmigo. Sé que estás capacitado y hay muchas personas dispuestas a ayudarte en esta transición.

Recuerda que desde el conserje hasta el director financiero, todos dependen de ti.

Sé que ahora mismo debes estar odiándome, pero si estás leyendo esto es porque te importa lo suficiente como para haber vuelto.

Y es exactamente en eso en lo que quiero profundizar. Clare lo es todo para mí y asumí el compromiso de cuidarla. Mi muerte no debería anular eso, así que, en nombre de todas las veces que te saqué de un lío, cásate con ella, protégela, sé un buen amigo. Estoy seguro de que pueden encontrar la forma de hacerlo funcionar. A su lado vas a darte cuenta del poder que tiene para hacer que la vida se vea más bonita.

No te estoy pidiendo que la ames ni que sean marido y mujer de verdad. Pueden llegar a un acuerdo y tener un buen matrimonio por conveniencia. Créeme, ese contrato puede beneficiarlos a los dos.

Dile a quien te lo cuestione que era tu obligación, porque lo es. Te lo estoy pidiendo. Mejor dicho, te lo estoy rogando.

Esa fue mi misión. Ahora es tuya.

Por favor, no me decepciones. Ya es hora de dejar de huir y echar raíces.

Con cariño,

Jonathan.

Negué con la cabeza y la recosté hacia atrás, apoyándola en el respaldo. *¿Mi misión era casarme con ella?* ¿Hasta qué punto podrían haberle afectado la quimioterapia o los medicamentos para escribir algo así?

Una cosa era exigirme que me hiciera cargo de la empresa, todos esperarían eso. Era el último heredero de los Miller, pero casarme con una desconocida era una locura total, injustificable.

Lo peor era que mi hermano había hecho de todo para que esa carta sonara como su último deseo. *Era mi obligación.*

—Como si antes me importaran las obligaciones —murmuré.

—¿Dijo algo, señor? —El taxista se movió en el asiento delantero.

—No.

—Está bien.

Se detuvo frente al muelle. Saqué unos billetes para pagarle, bajé y caminé hasta mi barco.

Estaba sin provisiones y tendría que ir al supermercado a reabastecerme, pero dejaría eso para después. Mi cabeza no paraba.

Sabía que volver a casa después de tanto tiempo iba a ser complicado, pero no imaginaba que lo fuera tanto.

No podía dejar de pensar por qué demonios mi hermano quería que me casara con esa mujer.

Jonathan bien podría haber deseado que ella fuera feliz con otro, en lugar de atarla a alguien como yo. O tal vez mi hermano mayor no me conocía tan bien como yo creía.

Subí a mi barco y caminé por la popa hasta la entrada de la pequeña sala de estar. Abrí la puerta con la llave y me dejé caer en el sofá. Había pasado tanto tiempo en el mar, solo, que ahora la idea de casarme con cualquiera, fuera quien fuera, me parecía absurda.



Clare

Capítulo cuatro

Doblé mi blusa y la acomodé en el fondo de una caja de cartón, haciendo lo mismo con las demás prendas que estaban sobre la cama.

Sarah me tocó el brazo, haciendo que me girara hacia ella, y se comunicó conmigo en lenguaje de señas.

—Voy a la oficina. Necesito ocuparme de unos proyectos importantes, pero paso por ti más tarde para que volvamos a casa.

—Gracias, mamá.

Extendió los brazos y me rodeó con ellos, dándome un poco del consuelo que tanto necesitaba después de esta tragedia. Miré a mi alrededor, pensando en lo difícil que era estar en esa habitación recordando a Jonathan, imaginando que podría entrar en cualquier momento con la sonrisa más grande del mundo, esa que se me contagiaba y me hacía reír también.

—Cuídate —articuló con los labios después de alejarse para mirarme a los ojos.

Sonreí y asentí con la cabeza.

Agarró su bolso y se lo echó al hombro antes de salir de la habitación. Más tarde cenaría con ella y con mi otra madre, y eso

nos daría algo de alivio en medio de un momento tan triste.

Sarah había sido una bendición en mi vida y, sobre todo, en la de mi mamá. Apareció en plena época del divorcio, cuando todo se había vuelto difícil para nosotras. Ayudó a mi madre y se convirtió en la compañera que realmente necesitaba. Yo tenía doce años y, aunque a mis compañeros de clase les resultaba raro, a mí me encantaba tener dos madres, porque siempre me dieron mucho amor.

Incluso cuando tuve que aprender a vivir de nuevo después de perder la audición, ellas estuvieron ahí para ayudarme.

Alguien me tomó del hombro y me giré de golpe, asustada. A veces la gente se olvidaba de que debía ser más delicada al intentar llamar mi atención.

Me encontré con la madre de Jonathan, que me observaba con una mirada llena de preguntas.

—Toqué la puerta.

—No puedo oír. —Señalé mis orejas.

—Sí, a veces lo olvido.

—Todos lo hacen —contuve un suspiro; no estaba ahí para hacerla sentir culpable. Esa era su casa y yo no iba a estar molestando por mucho tiempo.

—¿Qué estás haciendo?

—Guardando mis cosas.

—Eso ya lo noté. Pero, ¿por qué?

—Me voy.

—No tienes porqué irte.

—Sí tengo. Esta es tu casa.

—Es una casa demasiado grande para que una mujer vieja se quede sola. Con ustedes dos aquí, tú y Jefferson, puedo tener un poco de vida. Esta vez podríamos hacer una boda más íntima en el jardín. Sé lo difícil que fue para Jonathan convencerte de toda la extravagancia que fue su boda.

—No me voy a casar con Jefferson —dije mientras hacía las señas, para ser lo suficientemente clara, porque como ya no escuchaba mi propia voz, temía no estar expresándome bien.

—Es la condición de Jonathan para que Jeff pueda hacerse cargo de la empresa.

—No sé por qué Jon hizo eso, pero no voy a casarme con su hermano. No tiene el menor sentido.

—Mi hijo siempre fue muy cuidadoso y no quería que su esposa sorda quedara desamparada. Es evidente que quería que Jefferson cuidara de ti.

—Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma.

Que ya no pudiera oír no significaba que hubiese perdido toda mi autonomía. Aún podía trabajar y ocuparme de mí, no necesitaba que me regalaran un marido por lástima. Estar casada con Jonathan era otra cosa. Éramos mejores amigos, y yo lo ayudaba a proyectar una imagen heterosexual frente a su familia y a los socios de la empresa, pero Jefferson era un completo extraño.

—Deja que tu hijo se haga cargo de la empresa que le corresponde por derecho. Yo volveré a casa de mi madre. —Me incliné para seguir empacando mis cosas.

Ella volvió a sujetarme del hombro.

—El testamento dice que…

—Ustedes tienen dinero, pueden impugnarlo.

—¿Y te vas a negar a cumplir la última voluntad de Jonathan?

Tragué saliva y, por un momento, no supe qué responder. Hablarme así no era justo, porque si había alguien en el mundo a quien no quería decepcionar, ese era Jonathan.

Miré la carta que me había dejado. Todavía estaba cerrada sobre el mueble de noche, porque no tuve el valor de leerla. Había llorado desde el día en que murió, y sabía que al leerla, lloraría aún más.

—Te dejo que sigas empacando, pero piénsalo. —Fueron las últimas palabras de Kristen antes de salir de la habitación.

No tenía ningún sentido que Jonathan quisiera que me casara con su hermano, y menos aún que su madre estuviera apoyando esa idea absurda.

Guardé algunas blusas más en la caja antes de finalmente reunir el valor para tomar la carta que me había dejado.

Clare,

Sabes que, en muchos sentidos, fuiste el amor de mi vida. Temo haberte estorbado, haberte impedido vivir un amor verdadero, tener una relación, ser amada de verdad, aunque muchas veces te animé a hacerlo.

Fuiste mi mejor amiga, mi refugio, mi ancla. No solo eras una cara bonita que mostraba en las fiestas frente a los homofóbicos. Mereces toda la felicidad del mundo y deseo con el alma que la encuentres.

Prometí que cuidaría de ti, y lamento no estar más aquí para cumplir esa promesa. Morir no estaba en mis planes (ja ja ja). Nosotros esperábamos envejecer y fallecer mientras dormíamos. Nadie piensa que, en algún momento de la vida, una bomba de tiempo puede aparecer sobre nuestras cabezas y acabar con todo. Pero hay algo que sí te prometo: esté donde esté, siempre voy a estar deseándote lo mejor, como siempre lo hice.

En cuanto a mi misión de protegerte, se la estoy dejando a mi hermano menor. Jefferson es un testarudo a veces, pero es buena persona. Creo que un poco de convivencia te lo demostrará.

Él está tan perdido como una pluma al viento, y creo que necesita a alguien que lo sostenga. No soy vidente, pero quizás estar frente a la muerte me hizo reflexionar sobre algunas cosas. Por más improbable que parezca, creo que ustedes dos pueden hacerle bien el uno al otro.

Además, dudo mucho que Jeff sobreviva una semana en Athena sin ti. Mi hermano piensa que no nació para los negocios, pero está equivocado.

Él puede ser tu escudo, mientras tú eres su cerebro.

Sé que suena a locura, igual que cuando te propuse matrimonio, pero por favor, inténtalo.

Puedes odiarme si no funciona, igual ya estaré muerto (ja ja ja). Puede que no tenga mucha gracia, pero espero de corazón estar pidiéndote lo correcto.

Cásate con mi hermano y sigue siendo la señora Miller, la fuerza detrás del CEO de Athena.

Independientemente de lo que decidas, gracias por cada momento que compartimos.

Si es posible, sé que voy a extrañarte.

Con todo el cariño y amor del mundo,

Jonathan.

Abracé el papel contra el pecho, sin saber si debía patalear o gritar. Las lágrimas caían desesperadas por mi rostro, en un exceso de tristeza que no lograba contener.

Esa carta hacía aún más difícil ignorar el testamento. Lo peor era que estaba segura de que Jonathan me conocía tan bien que sintió la necesidad de escribirla para convencerme.

Amaba a Jon, pero pedirme que me casara con su hermano, a quien solo había visto brevemente en dos ocasiones, era demasiado. Arthur, el padre de ambos, no hablaba nada bien del menor, que había desaparecido del mapa.

Pensaba que jamás sabría qué era verdad o mentira sobre los rumores que rodeaban al hijo más joven de los Miller, pero si aceptaba aquel matrimonio arreglado, imaginaba que pronto lo descubriría.

Entre Jonathan y yo no había amor de pareja, aunque me pareciera atractivo. Yo era la única persona con la que él hablaba abiertamente sobre su orientación sexual. Durante nuestro matrimonio, yo sabía de sus encuentros con otros hombres, y muchos de ellos los encubrí. Él me animaba a hacer lo mismo, a vivir

mi vida. Una vez me llevó a un club nocturno y me dijo que eligiera a quien quisiera, pero me acobardé.

Peor fue cuando contrató a un tipo. Definitivamente no quería perder mi virginidad de esa manera. Mi esperanza de vivir un gran amor había muerto años atrás, pero me conformaba y era feliz teniendo a mi mejor amigo, alguien con quien podía compartir todo, y me sentía orgullosa de decir que estábamos casados.

Sabía que, en el fondo, Jonathan se culpaba por el accidente, aunque yo fuera quien conducía el coche. Acepté casarme porque creía que sería bueno para él ocultar su orientación sexual frente a su familia. Sin embargo, haberme quedado sorda no me convertía en una carga para los Miller.



Jefferson

Capítulo cinco

Escuché el pitido del microondas y fui a sacar mi comida lista para calentar. La serví en un plato, agarré los cubiertos del armario y me senté frente al televisor, donde estaban pasando un anuncio de la NBA, con imágenes del equipo de baloncesto de San Francisco. No me sorprendió ver el logo de Athena en sus uniformes. La empresa de mi familia patrocinaba muchos equipos deportivos en todo el país y también en otros lugares del mundo. La marca estaba presente en miles de competencias y luchaba por ser una de las más reconocidas.

Mi hermano no solo había muerto demasiado pronto, sino que también me había dejado ese imperio sobre mis hombros.

Estábamos en *Silicon Valley*, donde se concentran muchas de las empresas de tecnología más importantes del mundo. Athena había nacido allí, al igual que muchas otras, como una startup creada por un inmigrante australiano apasionado por los deportes: mi abuelo. Desde entonces, la marca solo creció, logrando una posición destacada a nivel mundial. Debería sentirme orgulloso de formar parte de esa historia, pero sentía que solo sería uno más que pasaba sin dejar huella.

Por suerte, yo no era el hijo mayor, así que tenía cierta libertad, porque Jonathan asumiría la presidencia algún día y yo

podría hacer lo que quisiera. Al menos, eso creí durante mi adolescencia, pero mi padre quería que estuviera en la empresa, como vicepresidente o director de algo. Intenté, pero decidí escapar, buscar otro camino, aunque no supiera exactamente cuál.

Por un tiempo pensé que me libraría de esa carga, pero con la muerte de Jonathan, ya no había vuelta atrás. Tendría que asumir la presidencia de Athena, aprender lo que no quise cuando tuve la edad para hacerlo. Y si eso no fuera suficiente para volverme loco, estaba el matrimonio que mi hermano me había impuesto. Era una mezcla extraña entre cómico y bizarro. De todos sus últimos pedidos plausibles, ese fue el que menos sentido tenía.

Sostuve el plato con cuidado al darme cuenta de que estaba tan perdido en mis pensamientos que casi se cae al suelo. Lo puse sobre la mesa pequeña, sin siquiera comer bien. Mi apetito había desaparecido ante tantas preguntas que me corroían.

Siempre amé a mi hermano mayor, por más diferentes que fuéramos. Sin embargo, en ese momento, lo estaba odiando. Solo esperaba ir a su funeral y luego desaparecer otra vez. Podría haber navegado hasta Australia o, tal vez, pasar un tiempo en Asia. El mundo era pequeño para alguien que tenía tanto por descubrir.

No tenía intención de quedarme... No quería crear lazos, y mucho menos involucrarme en un acuerdo de matrimonio con la viuda de mi hermano.

Me parecía que no tenía sentido, pero mi mente no paraba de dar vueltas. Jonathan sabía que yo no quería la empresa ni el matrimonio, pero se aseguró de dejar una carta, que se parecía más a un cobro de deudas. Me había ayudado, estuvo a mi lado cientos de veces, pero exigía una retribución considerable, una que no sabía si podría pagar.

Escuché un golpe fuerte en la puerta de mi barco. Me levanté del sofá y caminé hasta ella, sin saber a quién podía esperar.

Cuando vi a la visita inesperada, me llevé otro susto. San Francisco era una ciudad grande y esperaba no cruzarme con ella mientras estuviera aquí.

—Briana, ¿qué haces aquí? —dije, sujetando la puerta mientras la miraba.

La morena parecía igual que la última vez que la vi. Con un vestido negro ajustado de tirantes y el cabello recogido, estaba más provocativa que nunca, enredando un mechón de su coleta alrededor del dedo.

—Jeff, ¡tanto tiempo! —Se acercó y me dio un beso que no pude evitar corresponder.

—Todavía no respondes mi pregunta —dije, tomándola por los hombros y alejándola para que me mirara.

—Me enteré de lo de tu hermano. Lo siento mucho.

—Yo también.

—Imaginé que podrías haber regresado al velorio y, como sabía que amarrabas tu barco en este muelle, intenté tener suerte. Me alegra haber dado en el blanco.

Yo no estaba tan contento. Briana fue la última novia que tuve antes de decidir desaparecer del mundo. Ella nunca aceptó bien mi decisión, pero lo que sentía por ella nunca fue lo suficientemente fuerte como para quedarme. Quizá no era capaz de crear ese tipo de lazos con nadie.

—¿No me vas a invitar a entrar? —Me empujó para pasar antes de que pudiera responder—. Parece más grande y cómoda que la última vez que estuve aquí. —Miró a su alrededor, fijándose en cada detalle de mi sala flotante.

—Porque el barco no es el mismo.

—Ah, qué error el mío —dijo con una sonrisa nerviosa, y luego mordió el labio inferior.

Briana era hija de una amiga de mi madre, nos habíamos conocido gracias a ellas y, desde que me vio por primera vez, la inquieta chica de ojos cafés se había propuesto como misión tenerme cerca. Me reí al recordar a Jonathan agradeciendo que no hubiera sido él. Mi hermano siempre mantenía a las mujeres a distancia, parecía tener mucha más dificultad para lidiar con las que se le lanzaban encima; probablemente no supo aprovechar el

momento. Admito que debía ser difícil relajarse con toda la presión que nuestro padre le metía.

—¡Eh! —Intenté detener a Briana, pero ya era tarde, pues ella me empujó los hombros y me hizo perder el equilibrio, cayendo sentado sobre el sofá—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Matando la nostalgia. —Subió a mi regazo, apoyando las manos en mis hombros mientras inclinaba la cabeza para que su boca encontrara la mía—. ¿Me vas a decir que no extrañaste esto?

Otra vez no me dio tiempo para responder, porque su lengua se metió en mi boca. Sin pensarlo mucho, agarré su cintura y la apreté contra mi pelvis.

Briana solo era un caso, y eso no cambiaría, pero después del estrés de ese día, no iba a rechazar un poco de distracción mientras decidía qué hacer con el resto de mi vida.

¿Seguiría siendo el egoísta de siempre o por fin haría el esfuerzo de cumplir con mi papel y honrar el deseo de mi hermano muerto?



Clare

Capítulo seis

—Gracias, señor Ross. —Le sonreí al empleado de la casa que me había ayudado a colocar las cajas con mis pertenencias en la entrada.

Sabiendo de mi condición, se colocó frente a mí para que pudiera leer sus labios antes de empezar a hablar.

—Todos te vamos a extrañar.

—Yo también los voy a extrañar.

Poco después, Sarah estacionó el coche cerca de donde estábamos y bajó acompañada de mi madre. Las dos se me acercaron. Mi mamá sonrió al verme, me dio un abrazo fuerte y me besó en la mejilla antes de mover las manos en lenguaje de señas.

—¿Cómo estás?

—Bien. —Mis señas eran tan apagadas como mis emociones. No estaba nada bien; saber que Jonathan ya no estaría en mi vida me destrozaba.

El mundo parecía tan injusto… Esas personas que merecían vivir para siempre eran siempre las primeras en irse.

—Vamos a casa. —Mamá se agachó y tomó una de las cajas.

Fui a ayudarlas mientras llenábamos el maletero del coche de Sarah con mis cosas. No quería quedarme en esa casa, pero tampoco podía decir que no la extrañaría. Había vivido momentos muy buenos allí y, a pesar de mis orígenes y de la lesión causada por el accidente, siempre me habían tratado bien, tanto los empleados como los padres de Jonathan. Tenía la sensación de que, en el fondo, el señor y la señora Miller sabían las decisiones que había tomado su hijo, que mi presencia allí era parte de una farsa, pero se esforzaban por mantenerme porque no querían que todos supieran la verdad.

Coloqué la última caja y di un paso atrás, dejando que Sarah cerrara la tapa del maletero. Era hora de comenzar de nuevo, aunque no tuviera idea de cómo hacerlo, porque no podía dejar de pensar en la carta que Jonathan me había dejado.

Mi madre hizo un gesto para que mirara hacia un lado, y me giré justo a tiempo para ver a Kristen bajar los escalones de la mansión hasta quedar frente a mí.

—¿Estás segura de que quieres irte?

Asentí con la cabeza. Por más que no tuviera certeza sobre qué decisión tomar respecto al testamento, esa casa tenía demasiados recuerdos de Jon. Necesitaba superar su pérdida antes de poder enfrentarla.

—Sabes que eres bienvenida en cuanto quieras volver.

—Gracias.

—Jefferson y tú tienen que hablar sobre el testamento.

Respiré hondo y me contuve para no negar con la cabeza. No creía que tuviéramos que hablar, mucho menos casarnos. Sin embargo, Kristen parecía mucho más decidida a cumplir la voluntad de su hijo que el resto de nosotros.

—Sí.

Noté que mi madre dijo algo, porque la expresión de Kristen cambió y se volvió más tensa.

—Tienes razón, en otro momento —respondió Kristen a lo que mi madre le había dicho.

Me saludó con la mano mientras yo era guiada hacia el asiento trasero del coche. Estaba segura de que me haría bien pasar un tiempo con mis madres.

Kristen me saludó de nuevo y le devolví el gesto antes de que el coche arrancara y me alejara de allí.

Saqué el celular de mi bolso y abrí la galería. Estaba llena de fotos mías con Jonathan. Me reí al recordar nuestro viaje por el Reino Unido, cuando él fue mi intérprete, traduciéndome en lenguaje de señas todo lo que decía el guía en las Highlands. A veces me hacía reír a carcajadas, porque estaba segura de que cambiaba algunas cosas a propósito solo para divertirme. Teníamos fotos

haciendo muecas frente al Lago Ness y él jalando mi gorro para cubrirme los ojos. Sin duda, era el hombre de casi cuarenta años más infantil que había conocido.

Sentí un toque suave en la rodilla y levanté la cabeza. Mi madre me miraba.

—Todo va a estar bien.

Asentí.

No me quedaba otra opción más que creer en esas palabras. Nuestro matrimonio había sido una farsa, pero mi duelo era real. Muchos de mis mejores momentos los había vivido junto a Jonathan. Saber que ya no estaría en mi vida era una herida difícil de sanar. No me importaba que no hubiéramos vivido un gran romance, porque lo que tuvimos fue especial y me hacía feliz.

—Es reciente —continuó mi madre—, con el tiempo será más fácil.

—Sí.

No era solo la ausencia de Jonathan lo que me angustiaba, sino también su última petición. Siempre pensé que haría cualquier cosa en nombre de nuestra amistad, pero… ¿eso incluía casarme con un desconocido?

¿Quién era Jefferson Miller? ¿Qué podía esperar de él? ¿Aceptaría el hermano menor haber sido incluido en ese acuerdo sin

que se le consultara? Mi mente se llenó de preguntas mientras me recostaba en el asiento trasero del coche.

Las zonas de San Francisco estaban muy alejadas entre sí, y tardábamos más de una hora en llegar desde el barrio donde vivía con Jonathan hasta el de la periferia donde quedaba el dúplex de mis madres, un pequeño departamento sobre una tienda de utensilios que ellas habían heredado de mis abuelos.

Apenas Sarah estacionó el coche, hicimos otra pequeña procesión, llevando las cajas hasta mi antiguo cuarto. Estaba exactamente como lo recordaba, incluso con mi estantería de peluches y las paredes color violeta. Desde la adolescencia nunca lo había remodelado, por más infantil que me pareciera la mayoría del tiempo. Ese lugar había sido mi refugio mientras nos veíamos obligadas a convivir con mi padre, y siguió siéndolo durante los otros problemas que enfrenté con los años.

Ese día necesitaba mucho recostarme en él y sentirme reconfortada.

—¿Quieres ayuda con las cajas? —Mi madre se quedó parada en la puerta del cuarto.

—Otro día.

—Si necesitas algo, solo avísame.

—Gracias.

Salió y cerré la puerta. Me dejé caer sobre la cama y abracé la almohada.

Sabía que tenía que volver a la empresa, al fin y al cabo, aún trabajaba allí, pero imaginaba que todos entenderían que necesitaba unos días para procesar el dolor. Seguramente también estaba siendo difícil para los demás empleados de Athena. Jonathan siempre había sido pura alegría, y trabajar era mucho más fácil cuando él estaba cerca.

¿Sería Jefferson así también? El menor no me había parecido divertido, pero solo lo había visto en momentos complicados y tristes. Jonathan decía en la carta que su hermano era una buena persona, que debía conocerlo para saberlo.

Tal vez, si me lo permitía, todo sería un poco más llevadero.

Ya había vivido dos años en un matrimonio de mentira, ¿sería capaz de pasar por otro así?

Estaba perdida en mis pensamientos cuando, en mi campo de visión, vi a mi madre entrar en la habitación. Me senté en la cama cuando ella dejó una bandeja sobre el escritorio. Era una merienda, con jugo y esas galletas deliciosas que solo ella sabía hacer.

—Necesitas comer algo. —Me acarició el rostro y apartó los mechones despeinados detrás de mi oreja.

—Gracias.

Me dio un beso en la frente antes de volver a dejarme sola. Sabía que necesitaba tiempo y espacio, y yo le agradecía por entenderlo.

Comí un poco antes de volver a la cama.

Necesitaba recuperarme del duelo y, una vez más, tomar la decisión de casarme con un hombre al que no amaba.



Jefferson

Capítulo siete

—Tienes que irte. —Tomé el vestido de Briana y lo arrojé sobre ella, que seguía tirada desnuda en mi sofá.

Había disfrutado del sexo, pero no quería que volviera a meterse en mi vida, mucho menos después de recordar a la otra mujer que mi hermano me había lanzado encima, y con la que aún no sabía qué hacer. Rechazarla parecía lo más sensato, pero sería como quedarme en deuda con Jonathan.

Odiaba esa sensación.

Mi teléfono sonó sobre la mesa y me sorprendió ver el nombre de mi madre en el identificador de llamadas.

—Hola.

—Hijo... —Su voz sonaba temerosa, noté que andaba con pies de plomo al hablar conmigo. No podía culparla, yo siempre había sido demasiado esquivo—. Ven a cenar conmigo esta noche.

—¿En casa?

—Sí.

—No sé si sea una buena idea. —Intenté evadirla como solía hacer, porque me imaginaba que la viuda de mi hermano estaría allí, y yo aún no tenía la menor idea de cómo actuar con ella.

—Es horrible estar sola en esta casa. Desde que tu padre y tu hermano se fueron, y ahora Clare...

—¿Le pasó algo a ella? —Me sorprendió preocuparme por Clare. ¿Sería culpa mía si le ocurría algo, solo por no haber podido aceptar la propuesta más insana que había escuchado?

—No. Simplemente se mudó hoy.

—Ah, ya veo... —Suspiré aliviado.

—Por favor, Jeff, ven. Solo quedamos tú y yo. No tienes idea de cuánto te he extrañado todos estos años.

—Está bien, mamá. Iré.

—Gracias. Te estaré esperando con ansias.

Corté la llamada y dejé el celular sobre la mesa de centro.

—Tienes que irte ya. —Volví a mirar a Briana, que ni siquiera se había movido del sofá.

—Parece que sigues siendo el mismo Jefferson de siempre, te acuestas conmigo y luego me echas.

—Yo no te invité.

—Tan grosero como siempre. —Recogió el vestido que había caído al suelo y las bragas que colgaban de la manija del baño.

La observé mientras se vestía antes de abrir la puerta y hacerle una seña para que saliera. Briana no se fue contenta, pero si

había algo que no iba a hacer era llevarla conmigo a casa de mi madre. Estaba seguro de que lo último que ella esperaba era verme acompañado. Y aunque no fuera así, Briana y yo no habíamos funcionado en el pasado, dudaba que ahora fuera distinto.

Entré al baño y me di una ducha rápida. Me puse unos jeans y una camisa tipo polo, ropa que consideré adecuada para ver a mi madre después de tanto tiempo. Cerré el barco y tomé un taxi rumbo a la mansión, que pertenecía a mis padres desde que nací.

Toqué el timbre y crucé los brazos. Hacía tanto que no entraba ahí que ni siquiera recordaba dónde había dejado mi llave, si es que la cerradura seguía siendo la misma, porque mi padre solía cambiarla de vez en cuando.

—¡Niño! —Guinevere, la ama de llaves, abrió la puerta con una enorme sonrisa en el rostro al verme.

—¡Hola! —Saludé, algo incómodo.

—¡Tanto tiempo!

—Sí… Bastante.

Antes de que pudiera moverme, me rodeó con los brazos y me dio un abrazo de oso, de esos que casi te quitan el aire. Me caía bien Guinevere, ella trabajaba en esa casa desde que nací y había sido una figura clave en mi crianza y la de mi hermano.

—Cuando tu madre dijo que habías vuelto a casa, no lo podía creer.

—Motivos de fuerza mayor.

—Sí. —Se secó los ojos—. Todos estamos sufriendo mucho por la muerte de tu hermano. Era demasiado joven para morir así.

—Sí, lo sé —murmuré. No tenía nada que decir para consolar a nadie, ni siquiera a mí mismo.

—Vamos, entra. —Me empujó por el pasillo.

Habían pasado cinco años y nada había cambiado. Las paredes seguían siendo del mismo tono crema, el enorme cuadro expresionista aún colgaba a la derecha de la sala, junto a una mesa redonda con un arreglo floral y algunos periódicos.

Al fondo, en la escalera que llevaba al segundo piso, apareció mi madre. Llevaba un vestido negro, como si todavía estuviera de luto por mi hermano.

—Jeff, qué bueno que llegaste.

—Espero que la comida esté lista. —Intenté sonar relajado y ella esbozó una sonrisa.

—Vamos al comedor. —Guinevere señaló el camino, aunque yo aún lo recordaba perfectamente.

Mi madre venía justo detrás de nosotros. Me senté en la silla de siempre y ella hizo lo mismo. Admito que ver todos esos espacios

vacíos me incomodó un poco. Durante tanto tiempo luché contra la presencia de todos, que ahora me resultaba raro notar cuánto los extrañaba.

—Me alegra mucho que hayas venido.

—No me costaba nada. —Me acomodé bien contra el respaldo de la silla.

—Tienes razón, no costaba nada, pero aun así te desapareciste por años. Hubo meses en los que pensé que podrías estar muerto.

—No exageres, mamá.

—Sin noticias tuyas, uno empieza a imaginar cualquier cosa.

—No hay señal en alta mar. Llamaba cuando podía.

—¿En seis meses en el mar?

—Está bien. —Apreté los dedos contra el brazo de la silla—. A veces no llamaba porque no quería.

—No sabes cuánto nos preocupábamos tu padre, tu hermano y yo por lo que podría estar pasándote. Si al menos...

—Si vas a empezar con el sermón, mejor me voy. —Amagué con levantarme.

—¡Jeff, espera!

Me acomodé de nuevo en la silla.

—Huir no soluciona todo.

—Yo creo que sí.

—Todos te necesitamos.

—Entiendo lo de Athena, pero el matrimonio no tiene sentido.

—Tal vez fue la forma que encontró tu hermano para hacer que te quedaras. El matrimonio es una manera de echar raíces.

—En el siglo pasado, quizás. —Bufé con fastidio—. Además, soy perfectamente capaz de encontrarme una esposa yo solo. Preferiblemente una con la que Jon no se haya acostado.

—Jeff...

Solo negué con la cabeza y hundí el tenedor en una albóndiga que estaba en una fuente redonda sobre la mesa.

Sí, estaba molesto. No veía motivos para hacer lo que mi hermano consideraba tan crucial. O tal vez no me había contado todo.

—¿Ella está embarazada?

—¿Clare?

Asentí con la cabeza.

—No. No está embarazada, ni tuvo hijos con tu hermano durante el tiempo que estuvieron casados.

—Entonces tiene aún menos sentido. Si estuviera embarazada, tal vez mi hermano querría que al menos protegiera al niño, pero hay formas mucho mejores de hacerlo que simplemente casándome con ella.

—Te va a gustar. Clare es una buena chica.

—Una cosa es que me guste, mamá. Puedo pensar que es bonita, y con el tiempo quizá hasta nos volvamos amigos, pero casarme con ella es una completa locura. Jon me pidió que la protegiera, pero estoy seguro de que ella es perfectamente capaz de protegerse sola, sobre todo con el dinero que él le dejó.

—Tienes que hablar con ella antes de decidir. Además, el futuro de la empresa depende de ese matrimonio. La parte que le pertenecía a tu hermano está en suspenso hasta que se resuelva esta situación.

—Jonathan no estaba en su sano juicio cuando escribió ese testamento.

—Por la memoria de tu hermano, habla con ella antes de tomar una decisión. Verás por qué siempre quiso tanto protegerla.

Bufé. No entendía por qué mi madre insistía tanto, pero supuse que tal vez ella también había recibido una carta como la mía.

—Tu hermano siempre supo lo que hacía.

—No esta vez. —Serví un poco de comida en mi plato, preguntándome si había sido una buena idea visitar mi antigua casa y cenar con mi madre.

Ella siempre había estado del lado de mi hermano, aun así, esperaba que no apoyara esa idea absurda.

—¿Por dónde estuviste navegando? —Cambió de tema y se lo agradecí.

—India, Asia, África y Europa. Di la vuelta al mundo dos veces y conocí muchas culturas distintas a la nuestra. ¡Fue increíble!

—Me lo imagino. Vas a tener mucho conocimiento e inspiración de distintas partes del mundo para compartir en la empresa.

—Eso espero.

No estaba nada seguro de eso. Aunque estudié en la misma universidad que mi hermano mayor, tuve acceso a los mismos profesores y a todos los recursos que el dinero podía comprar, nunca fui tan capaz como Jonathan. Para ser honesto, nunca me esforcé ni la mitad de lo que él lo hacía. Asumir la empresa no debería ser mi responsabilidad, y me parecía que ni siquiera debería preocuparme por eso.

Después de la cena, dejé a mi madre en la sala y subí hasta el tercer piso, caminando por el pasillo donde estaban los cuartos. Abrí la puerta del mío y entré. La cama estaba hecha y la colcha

limpia y extendida. Lo mantenían como si yo fuera a volver en cualquier momento. Todo estaba impecablemente limpio, sin una sola pizca de polvo, y los objetos seguían exactamente donde los había dejado.

Di unos pasos más hacia dentro del cuarto y me detuve frente a una estantería. Todos mis trofeos y medallas de cuando jugaba béisbol, incluida la pelota de mi primer *home run* firmada por mis compañeros de equipo, estaban ahí.

Un poco más adelante, sobre un escritorio, había una foto mía con Jonathan. Me había contado un chiste y los dos estábamos riendo; en esa época él tenía quince y yo trece. Éramos distintos pero, al mismo tiempo, inseparables.

Tomé la foto y la acerqué a mi pecho, con un sabor amargo en la boca. Algo tenía claro: amaba a mi hermano. Lo seguía amando, aunque ya no estuviera.

A diferencia de mí, Jonathan tenía un aura que hacía que todos lo adoraran. Siempre fue el favorito, el más querido, el más divertido, el que traía el sol incluso en los días de tormenta. Si alguien debería seguir con vida, ese era mi hermano mayor.

—Puedes volver a quedarte aquí si quieres.

Me di la vuelta y vi a mi madre parada en la puerta, apoyada contra el marco mientras me observaba con atención.

—Me gusta mi barco. —Devolví la foto a su lugar.

—¿Y qué vas a hacer?

—Honestamente, quería volver a navegar.

—Pero no puedes...

—Sí, ya lo sé. —Solté, irritado—. Voy a hablar con Clare… ¿Ese es su nombre, no?

—Sí. Está en casa de su madre. Voy a conseguirte la dirección para que puedas ir allí.

—Gracias.

—Pero ve mañana, ya es tarde.

—Está bien.

—También tienes que ir a la empresa.

—Lo sé. —Metí las manos en los bolsillos y aparté la mirada. Lo quisiera o no, mi destino siempre estuvo ligado al de Athena. Huí mientras pude, pero ahora era momento de enfrentarlo.

—Los empleados te van a ayudar.

—Eso espero.

—Sé que estás molesto, Jefferson. Créeme, no eres el único. Todos deseábamos que tu hermano siguiera con vida y que las cosas fueran distintas.

—Pero no lo son… —Contuve la respiración mientras pensaba en lo que estaba escrito en la carta que me había dejado.

Mi madre solo negó con la cabeza.

—Creo que me voy. —Pasé junto a ella y salí al pasillo.

—Quédate un poco más. —Me sujetó del brazo y me obligó a mirarla; su mirada era pura súplica.

—Vuelvo otro día. Solo quiero descansar, mañana va a ser complicado.

—¿Es una promesa?

—Sí.

—Entonces está bien. —Su expresión se suavizó y se convirtió en una sonrisa.

—Nos vemos luego. —Le di un beso en la mejilla antes de salir de la casa.

Sabía lo que tenía que hacer, por más que no estuviera del todo de acuerdo con el rumbo que iba a tomar mi vida.



Clare

Capítulo ocho

Me desperté por la mañana cuando el sol tocó la ventana, antes de que sonara la alarma. Aún en la cama, tomé mi celular de la mesa de noche y revisé mi bandeja de entrada: había muchos correos de pésame de colegas, todos lamentando lo que había pasado con Jonathan. Incontables mensajes diciendo lo increíble que era como persona, pero ninguno con información relevante sobre el trabajo, como el informe que había solicitado al departamento de marketing la semana pasada.

Le mandé un mensaje a mi asistente para avisarle que no iría ese día. Se sorprendió al ver que me lo estaba planteando siquiera. Jonathan y yo nos habíamos conocido en esa empresa y yo le tenía el mismo cariño que él sentía por ella, pero, lamentablemente, no estaba en condiciones, ni emocional ni mentalmente, de volver a su oficina.

Todo iba a cambiar, pero no quería pensar en eso, al menos no ese día.

Me levanté de la cama frotándome los ojos y acomodé la colcha, dejándola medianamente ordenada sobre la sábana. Luego fui al baño, me eché agua en la cara y examiné mis ojeras, que resaltaban aún más por el tono morado de mis ojos. Después de tanto llorar en los últimos días, era de esperarse que estuvieran así.

Me cepillé los dientes y até mi cabello rubio y ondulado con una liga que había quedado tirada sobre el lavabo. Aún en pijama, fui a la cocina, donde vi a Sarah tomando una buena taza de café mientras mi madre preparaba panqueques.

—Buenos días. —Las saludé en lenguaje de señas.

Ellas me sonrieron y me respondieron el saludo.

Tiré de una silla y me senté frente a Sarah. Ella estaba leyendo un periódico, pero lo escondió cuando me acerqué demasiado.

—¿Qué pasa?

Negó con la cabeza, pero yo seguí extendiendo las manos, esperando que me lo diera. Al final, cambió de postura. Supongo que mi madre le dijo algo, pero como estaba de espaldas, no pude leerle los labios.

Le quité el periódico y, cuando vi el titular, entendí por qué Sarah había intentado ocultármelo.

¿Cuál será el destino de Athena?

La empresa multimillonaria del rubro deportivo perdió a su CEO a los 36 años, víctima de un tumor, y atraviesa una gran inestabilidad en el mercado, ya que no se sabe cómo quedará la gestión. El heredero del imperio estaba desaparecido, pero hay

rumores de que regresó para el funeral de su hermano. ¿Estará Jefferson Miller preparado para asumir el mando?

Solté el periódico y se lo devolví. No me sorprendía que ya estuvieran especulando sobre el futuro de la empresa, porque incluso para quienes estábamos más cerca, ese futuro era incierto. Al menos, no sabían del testamento ni de la condición que Jonathan había impuesto para que su hermano tomara el control de la compañía.

Sarah tocó el periódico antes de comenzar a comunicarse conmigo en señas.

—No tenías que haberlo leído.

Me enderecé antes de responderle.

—Iban a hablar de eso de todos modos.

—Pero no es asunto tuyo. —Se encogió de hombros.

—Sí lo es. Jonathan quería que siguiera preocupándome por la empresa.

—¿Te vas a casar con su hermano?

—Parece que eso es lo que tengo que hacer.

Mi madre colocó un plato con panqueques y miel frente a mí, luego arrastró una silla a mi lado y me llamó la atención para que leyera sus labios.

—Jonathan era un buen hombre, lo queríamos, pero no estoy de acuerdo con que te cases con un desconocido. Quién sabe lo que podría hacerte.

—No todos los hombres son como papá.

—Lo sé. Solo no quiero que descubras que es un loco después de haberte casado con él.

—Mamá...

—No lo conoces, Clare.

—Es el hermano de Jonathan.

—El diablo también era un ángel. Ya has pasado por demasiadas cosas, hija. Casarte con un extraño está fuera de discusión.

Sarah agitó las manos para llamar mi atención.

—La decisión es de ella, Olivia.

Mis dos madres comenzaron a discutir y yo solo entendía una parte de la conversación, o ni siquiera eso, porque sus labios se movían demasiado rápido y no alcanzaba a girar la cabeza de un lado a otro a tiempo para leerlas a ambas.

Las dejé hablando y tomé mi plato con el desayuno, escabulléndome de vuelta a mi habitación. No era una niña, ya tenía veinticuatro años y había pasado por un matrimonio que ellas ni

siquiera sabían que había sido falso. Ser sorda no me hacía incapaz de nada, mucho menos de decidir sobre mi propio futuro.

Me senté frente a mi escritorio y empecé a masticar mi panqueque. Mi celular vibró sobre el mueble y vi un mensaje en la pantalla.

Kristen:

Que tengas un buen día.

Clare:

Igualmente.

Kristen:

¿Estás bien?

Clare:

Supongo que igual de bien que tú.

Siento que no tenemos otra opción que decir que estamos bien.

Kristen:

Estoy aquí si necesitas hablar.

Clare

Lo mismo digo.

Dejó de escribir y yo tampoco insistí. La madre de Jonathan tenía su forma de ser, pero no puedo decir que no me haya recibido con cariño desde el primer momento en que llegué a esa casa. Siempre fue amable conmigo, aunque muchas veces ella olvidara que yo no podía oír.

Probablemente estuviera siendo aún más difícil para ella, porque al menos yo tenía a mis dos madres.

Levanté la mirada cuando vi que colocaban un vaso de jugo de naranja al lado de mi plato.

—Gracias.

—Sabes que me preocupo por ti.

—Lo sé, mamá.

—De ninguna manera quiero que te involucres con un hombre que pueda hacerte daño.

—Creo que Jonathan tampoco querría eso.

—No tiene sentido...

—Tal vez en algún momento lo tenga.

—Tienes demasiada fe, hija.

—Dicen que la fe mueve montañas.

—Solo espero que no te decepciones. —Puso las manos en la cintura con firmeza. Mi madre había sufrido mucho y no quería que yo pasara por lo mismo. Entendía su postura.

—Todavía no sé qué voy a hacer.

—Piénsalo bien.

—Lo haré.

Ella me dio un beso en la frente, acarició mi cabello y salió de la habitación, dejándome sola otra vez.

Terminé el café, me cambié de ropa y fui a la cocina a lavar el vaso y el plato. La casa estaba vacía, aunque no pudiera oír los ruidos para estar segura. Sarah debía haberse ido al bufete de abogados y mi madre había decidido ir a la tienda.

Bajé una escalera que llevaba a la parte trasera del local, donde se guardaba el inventario. Caminé por ahí hasta llegar al mostrador, donde mi madre hablaba con un cliente interesado en un par de lámparas de plástico color rojo.

Me detuve a su lado e hice señas para llamar su atención.

—¿Puedo ordenar los estantes?

—Deberías estar descansando —me respondió de la misma forma, haciendo que el cliente notara cómo nos comunicábamos con las manos.

—Quedarme quieta, pensando, no me hace bien.

—Está bien. Ordena los estantes.

—Gracias.

Fui por uno de los pasillos y me topé con una estantería llena de recipientes pequeños. Estaban todos fuera de lugar y mal etiquetados, como si un huracán hubiera pasado por ahí. Siempre pasaba lo mismo. Cuando era niña, después de la escuela, mi primera tarea en la tienda era arreglar el desorden que dejaban los clientes. Pensar en lo bueno de mi infancia, en los días en que todavía podía oír, me haría bien.

Jamás olvidaría a Jonathan, pero necesitaba dejar de revolcarme en el dolor por la muerte de mi mejor amigo, porque todo mi sufrimiento no lo iba a traer de vuelta.

Apilé los recipientes por color, tamaño y modelo, colocándolos junto a los precios correctos según las etiquetas.

Estaba organizando una nueva pila cuando alguien me tomó del hombro y me hizo tirar todo al suelo. Me asusté y caí hacia atrás, pero antes de golpearme contra la estructura de metal, él me sostuvo por la cintura y me ayudó a incorporarme. Era lo suficientemente fuerte como para levantarme, pero el impacto contra su pecho me dejó aún más desorientada.

Sentí su corazón latiendo... y el mío también, como si de pronto estuvieran sincronizados. Levanté la cabeza y me encontré con sus ojos verdes, como el pasto fresco en primavera, aunque sus

pupilas empezaron a dilatarse, tiñéndolos de negro. Su boca se entreabrió y mi corazón se aceleró.

Apoyé las manos en sus hombros al darme cuenta de que seguía mareada, aunque sus manos seguían firmes en mi cintura. Sin el traje, parecía aún más fuerte de lo que recordaba.

—Te estaba llamando.

Confundida y aturdida, señalé mis oídos y negué con la cabeza.

—¿Qué? —Me soltó y el divague se rompió, pero tuve que apoyarme en el estante para no caer—. No oigo, señor Miller.

—Jefferson. —Me corrigió, dándome una confianza que no sabía si debíamos tener—. ¿Cómo que no oyes?

—Soy sorda.

—Pero hablas.

—Un problema de audición no tiene nada que ver con las cuerdas vocales.

—Pero me estás entendiendo ahora. —Frunció el ceño, claramente confundido.

—Leo tus labios. Así que necesitas estar en mi campo de visión para que pueda entenderte. No sirve de nada que grites, porque no escucho absolutamente nada.

—¿Desde siempre?

—No, desde hace tres años.

Miró hacia todos lados antes de volver a enfocarse en mí.

—¿Trabajas aquí? ¿Podemos salir un momento? ¿Hay algún lugar donde podamos hablar?

—Hay una cafetería en la esquina. Solo voy a avisarle a mi mamá que voy a salir para que no se preocupe si no me encuentra.

—Está bien.

Me alejé de él y caminé hasta el mostrador donde estaba mi madre. Aún tenía el corazón acelerado por el susto repentino, pero había controlado el equilibrio para no parecer mareada.

—¿Mamá?

—¿Qué pasó?

—Voy a ir a la cafetería de la esquina.

—¿Por qué? —Puso cara de asombro al ver algo detrás de mí. Me di cuenta de que no era la única que se quedaba impactada por la presencia de Jefferson Miller—. ¿Quién es él?

—El hermano de Jonathan.

—¿Y qué está haciendo aquí?

—Solo vamos a hablar, mamá.

—Ten cuidado. —Estaba a la defensiva y se comportaba como si yo tuviera diez años.

—Puedo cuidar de mí misma. —Le di un beso rápido en la mejilla y me di vuelta antes de que pudiera decir algo más.

Pasé junto a Jefferson y él me siguió. Caminamos uno al lado del otro hasta llegar a una mesa redonda de color marrón, ubicada fuera de la cafetería.

—¿Quieres algo para tomar? —Se detuvo justo frente a mí y se aseguró de que pudiera ver el movimiento de sus labios. Estaba aprendiendo rápido.

—No traje dinero. —Toqué los bolsillos de mi pantalón y me di cuenta de que estaban vacíos. Incluso había dejado el celular en mi cuarto.

—Yo tengo dinero. ¿Qué quieres?

—Me gusta el cappuccino.

—Voy a pedir dos, entonces.

Lo seguí con la mirada, observándolo desde que se levantó, sacó la cartera del bolsillo del pantalón y entró a la cafetería. Se inclinó sobre el mostrador, donde una mesera lo atendió con seducción. Quedarme sorda no había sido del todo malo, me hizo aprender no solo a leer labios, sino también el lenguaje corporal. La gente decía mucho sin emitir ni una palabra.

Jefferson era un hombre atractivo, tan o más guapo que Jonathan, lo que provocaba que las mujeres reaccionaran igual con

los dos: derritiéndose por completo.

Él regresó y puso la taza frente a mí.

—Gracias.

—¿Cómo ocurrió?

—¿Qué cosa?

—El accidente.

—Estaba volviendo de un bar con Jonathan. Él había bebido demasiado, así que tomé las llaves para conducir. Un camión fuera de control chocó de lleno contra el coche, y el impacto dañó mi nervio auditivo.

—Lo siento mucho.

Me limité a asentir con la cabeza. Si había algo que odiaba profundamente desde que me había quedado sorda, era la mirada de lástima de algunas personas, como si fuera demasiado joven y aún tuviera mucho por vivir. La verdad era que mi vida no se había terminado. Había cosas que ya no podía hacer, pero me adapté para compensar lo que había perdido. Me ayudaba el hecho de haber tenido antes la capacidad de oír, porque conservaba el recuerdo de los sonidos y podía consultarlos en mi memoria.

Intenté tomar un sorbo de cappuccino, pero estaba demasiado caliente. Volví a dejar la taza sobre la mesa y crucé los brazos. Por más que supiera que Jefferson tenía que mirarme para

que pudiéramos conversar, su presencia me incomodaba. Tal vez se debía a las reacciones que había provocado en mí minutos atrás. Esperaba que no volviera a ocurrir.

—¿Dónde estuviste todo este tiempo? —Fue mi turno de hacer preguntas y ponerlo incómodo.

Jefferson dejó la taza en la mesa y se acomodó en la silla antes de volver a mirarme.

—Por ahí... —La respuesta fue lo más vaga posible.

—Jonathan intentó encontrarte.

—Lo sé.

—Deberías haber venido antes.

—¿Crees que si hubiera llegado antes mi hermano seguiría vivo?

Negué con la cabeza.

—Entonces es lo mismo.

Me quedé en silencio, haciéndole sentir el vacío que yo sentía. Quise decirle que, si hubiera llegado antes, al menos habría visto a su hermano con vida, pero tal vez eso solo haría que los recuerdos dolieran más. Jonathan me había confesado que eran cercanos cuando eran jóvenes, pero todo había cambiado con el tiempo.

Jefferson dio unos tragos más a su bebida y yo hice lo mismo.

Sentía que había llevado la conversación a un terreno delicado y estaba segura de que él no había venido hasta allí para que yo lo culpase por no estar presente en los últimos meses de vida de su hermano. Era evidente que estaba sufriendo por la muerte de Jonathan, y ese era el primer punto en común entre los dos.

—Sobre el testamento… —empezó, y contuve la respiración. Por más tenso que fuera, era un tema que teníamos que abordar, sobre todo porque nos involucraba a ambos.

Imaginé que Jefferson iba a enumerar todos los motivos por los cuales esa idea era absurda, empezando por el hecho de que ni siquiera nos conocíamos, pero me sorprendió lo que dijo.

—Tenemos que casarnos. —Fue directo al grano, sin andarse con rodeos, dejándome sorprendida.

—¿Seguro?

—Es la condición para que yo asuma el control de Athena.

Asentí con la cabeza.

—Entonces, lo haremos, ¿no? —me preguntó.

Recordé la carta que Jonathan me había dejado. Por más insano que pareciera, su última voluntad era que me casara con su hermano. De alguna forma, Athena también formaba parte de mi vida, y yo estaba dispuesta a asumir esa misión.

—Lo haremos.

—Nos casaremos por civil, garantizando que yo quede al frente de la empresa, pero no esperes que esto sea un matrimonio real.

Había pasado dos años en un matrimonio falso con Jonathan, no esperaba que fuera diferente con su hermano. Podía soportarlo mientras tuviéramos una convivencia armoniosa. Me sentiría muy feliz si con Jefferson lograba al menos una fracción de la amistad que tuve con Jonathan.

—Sé que no será un matrimonio real.

—¡Perfecto!

Por un momento pensé que nos estábamos acercando, pero él volvió a mostrarse frío y distante. Sabía que no podía exigirle que estuviera celebrando el hecho de que íbamos a casarnos; la lectura del testamento había sido una sorpresa para los dos. Sabiendo que casarse conmigo era la condición para asumir la empresa, Jefferson debía estar actuando solo por eso.

—Hablaré con mi madre para preparar la ceremonia en el jardín de la mansión. Es buena organizando recepciones, puede hacer algo sencillo y adecuado, y tú puedes intervenir en lo que quieras.

—Gracias.

—Necesito irme ahora. —Se levantó de la silla, dejando el cappuccino a la mitad.

Me quedé mirando la taza, y recordé esa historia del vaso medio lleno. Jonathan siempre me había enseñado a ver lo mejor de la vida, incluso después de que me quedé sorda. ¿Con Jefferson el vaso estaría medio vacío? Era algo que solo descubriría con el tiempo.

Sentí que me tocaban el hombro y levanté la cabeza. Me di cuenta de que me estaba hablando, pero yo estaba tan distraída que me quedé con la mirada fija en un punto y olvidé leerle los labios.

—¿Qué pasa? —Por reflejo, hice las señas y hablé al mismo tiempo, para reforzar.

—¿Quieres que te lleve de regreso?

—Puedo volver sola.

—¿Estás segura?

Asentí.

Algunas personas pensaban que me había vuelto una inválida o que había perdido mi independencia tras el accidente, pero estaban equivocadas.

Le hice una seña con la mano, animándolo a irse sin darle espacio para insistir.

Él asintió, se encogió de hombros y caminó hacia la calle. Lo observé mientras se detenía en el borde de la acera, y terminé mi

café. Minutos después, se subió a un coche de aplicación y desapareció.

No podía negar que sentía un nudo en el pecho. No sabía qué sería de mi vida en este nuevo matrimonio, pero traté de creer en las palabras de Jonathan. Me iba a dedicar a Athena y al nuevo CEO como una buena secretaria, sin preocuparme por el hecho de que pronto compartiríamos el mismo techo. Sin embargo, en el fondo, deseaba con todo mi corazón que Jefferson y yo nos convirtiéramos en amigos.

Cuando terminé, recogí las tazas sucias y las dejé en el mostrador antes de regresar a la tienda de mi madre y continuar organizando los productos.



Jefferson

Capítulo nueve

Debería haber hablado con ella, entendido mejor la situación o, al menos, haber aprovechado la oportunidad para conocerla un poco. Pero, en vez de eso, hice lo que mejor sé hacer... Huí.

A la primera oportunidad, me levanté y me fui. Tenía ganas de subirme a mi barco y navegar hasta el medio del Pacífico, donde no tuviera que enfrentar nada ni a nadie. Acepté casarme sin pensar, sin siquiera discutirlo para saber qué opinaba ella. Supuse que no debía ser aterrador solo para mí, a menos que mi hermano ya le hubiera advertido sobre aquella propuesta absurda.

Descubrir más sobre ella fue un impacto... *Sorda*.

Debería haberla llevado de vuelta a casa. Empecé a sentirme mal por haberla dejado sola en la cafetería. La culpa me estaba carcomiendo, así que le pedí al conductor de Uber que diera la vuelta, pero cuando llegué al lugar, ella ya no estaba. Recé para que hubiera llegado bien o iba a tener una carga más con la cual castigarme, además de no haber estado con mi hermano en sus últimos días.

Al saber más sobre Clare, me di cuenta de que no podía decirle que no a su último deseo. El maldito de Jonathan fue caritativo hasta en la hora de su muerte y terminó arrastrándome

con él. Para no parecer un completo imbécil, le dije a ella que me estaba casando por la empresa, pero creo que solo lo empeoré todo.

Nunca fui el hijo perfecto como Jonathan. Siempre metí la pata, y por eso creía que huir era la mejor solución. Sin embargo, si me casaba, aunque fuera un matrimonio falso, ya no podría escapar. Y eso también me estaba desesperando.

Inspiré profundamente mientras me masajeaba las sienes. Si estaba viviendo una pesadilla absurda, era el momento de despertar.

Mi celular empezó a vibrar y rechacé la llamada en cuanto vi el nombre de Briana en el identificador. Ya tenía suficientes problemas, no necesitaba uno más.

Iba a casarme con Clare por el deseo de mi hermano y tenía una empresa que aprender a dirigir. Aunque Jonathan estuviera muerto, sentía como si desde algún lugar siguiera vigilando cada uno de mis pasos. Era una locura.

—Señor, hemos llegado —anunció el conductor, tomándome por sorpresa.

El trayecto desde la cafetería donde me encontré con Clare hasta la casa de mi madre era largo, pero se me había pasado sin darme cuenta.

—Gracias. —Bajé del coche, cerré la puerta con cuidado y caminé hasta la entrada.

El jardinero estaba trabajando en un parterre y lo saludé con un leve movimiento de cabeza antes de entrar al vestíbulo y dirigirme a la sala de estar, donde mi madre estaba sentada leyendo un libro.

—¿Por qué no me lo contaste?

—¿Contarte qué? —Se sobresaltó y dio un brinco al oír mi voz y ver mi entrada abrupta.

—Sobre Clare.

—¿Te reuniste con ella?

—Sí.

—Es una chica encantadora, ¿verdad? Y muy bonita, además.

—¿Por qué no me lo contaste? —insistí, mientras mi madre intentaba esquivar el tema.

—Jonathan me pidió que no lo hiciera. Era mejor que lo descubrieras por ti mismo, en lugar de que pensaras que era una pobre víctima.

—Habría sido más fácil si lo hubiera sabido.

—Lee los labios muy bien. Yo misma suelo olvidar que no puede oír, porque se comunica con mucha naturalidad.

—¿Jonathan hizo esto porque se sentía culpable por el accidente?

—Él la quería. —Evadió otra vez.

—No fue eso lo que te pregunté.

—Es mucho más complicado que eso, pero creo que, en parte, sí. Dejó de beber después de aquel día.

—Ella me dijo que ni siquiera era él quien conducía.

—Sí, pero tú sabes cómo era tu hermano. Siempre quiso cargar con el mundo entero y se culpaba mucho cuando fallaba.

—Y luego se muere y me deja la responsabilidad de cuidar de ella. —Bufé. Odiaba ser el último en enterarme de todo.

—Sé que es un shock, pero...

—Si vas a decirme que mi hermano hizo mucho por mí, ya lo sé.

Mi madre tragó saliva después de que la interrumpí, cerró el libro y se levantó del sofá para acercarse.

—Sé que estás sufriendo, está siendo difícil para todos nosotros. Primero tu padre, ahora tu hermano...

—Voy a casarme. Ya hablé con ella.

—¿De verdad? —Mi madre arqueó las cejas, sorprendida.

—Sí. Ustedes ganaron, no voy a seguir escapando.

—Qué bueno escuchar eso, hijo. —Me abrazó y yo me quedé paralizado, sin devolver el abrazo ni apartarme.

Mi padre siempre decía, sobre todo cuando estaba furioso conmigo, que tenía que comportarme como un adulto. Parecía tener razón después de todo, y ahora era el momento de actuar como todos esperaban que lo hiciera.

—Organiza la boda. Nada grande, solo para cumplir con esta obligación. Me gustaría que fuera aquí, en el jardín.

—Está bien.

—También quiero que consultes con el abogado para que todo se haga conforme al testamento de mi hermano.

—Lo haré. —Mi madre no ocultó la sonrisa. Al menos alguien tenía que estar feliz en medio de todo ese caos.

—Gracias.

—¿Van a venir a vivir aquí después del matrimonio?

—No lo sé. Esta casa es demasiado grande.

—Justamente por eso. Todavía pueden cumplir mi sueño de ver niños corriendo por el jardín, como cuando tú y Jonathan eran pequeños.

—Mamá, voy a casarme con ella, pero eso no significa que vaya a ser mi esposa. Yo no voy a...

—Está bien —dijo, sin dejarme terminar—. Voy a llamar al abogado y luego organizaré una boda muy discreta.

Negué con la cabeza y ella me dio un beso en la mejilla, apartándome un mechón del cabello.

—Al menos volviste para quedarte.

—Sí —solté al exhalar. Esa era una verdad que ya no podía negar.

—Aunque no vengan a vivir aquí, no puedes llevarla a ese barco.

—Eso lo voy a pensar, mamá.

—¡Jefferson!

Me encogí de hombros y ella apretó la mandíbula.

—Vamos, la cocinera ya debe haber terminado de preparar el almuerzo. —Me rodeó los hombros y me guió por el pasillo.

No tenía la intención de quedarme, pero cuando me di cuenta, ya estaba sentado en el comedor con un plato frente a mí.

No todo es como uno quiere, pero eso no significa que sea algo malo..., escuché la voz de mi hermano resonando en mi mente.

Ya veremos, Jonathan...



Clare

Capítulo diez

En cuanto los clientes se fueron, mi madre se acercó a mí e hizo un gesto para que la acompañara hasta el fondo de la tienda. Ya me imaginaba de qué quería hablar y eso me puso tensa, porque sabía que no estaba de acuerdo con que me casara con un desconocido.

En lenguaje de señas, comenzó:

—¿Hablaron?

—Sí.

No podía decir que habíamos tenido una conversación larga y productiva, pero hablamos. Jefferson no sabía que yo era sorda y anunció nuestro matrimonio sin preguntarme mucho al respecto. No fue con un anillo bonito ni un ramo de flores como la última vez, solo estábamos cumpliendo con el deseo de Jonathan. Su hermano necesitaba asumir la empresa y yo me esforzaría por ayudarlo lo mejor posible.

—¿Qué decidieron?

Parpadeé y mi madre repitió las señas al notar que estaba distraída.

—Nos vamos a casar.

Dejó caer los hombros en una clara señal de descontento.

—Voy a estar bien, mamá.

—Me preocupa que te involucres con alguien que no conoces.

—Kristen me trata bien y Jonathan me hizo feliz.

—Él no es Jonathan.

—Lo que no necesariamente significa que Jefferson sea una mala persona.

—Desapareció durante cinco años.

—Todos tenemos nuestros motivos para querer desaparecer a veces.

—Ten cuidado.

—Lo tendré.

Ella abrió los brazos y yo apoyé la cabeza en su hombro, dejándome envolver por su cariño. Durante mucho tiempo habíamos sido el sostén la una de la otra, hasta que apareció Sarah. Algunos vecinos no veían con buenos ojos la relación de mi madre con otra mujer, pero a mí no me importaba. Solo quería que fuera feliz. Con el tiempo y la convivencia, poco a poco, todos se fueron acostumbrando a la nueva pareja.

Mamá y Sarah me cuidaban muy bien, pero yo podía tomar mis propias decisiones y seguir mi camino, incluso aceptar ese acuerdo matrimonial.

Cerramos la tienda cuando terminó el horario comercial y subimos. Me fui a bañar mientras mi madre ayudaba a Sarah, que había llegado más temprano y ya estaba preparando la cena: chili, ese plato mexicano que había aprendido a hacer de sus abuelos inmigrantes. Mientras mi madre y yo éramos rubias de ojos azules, Sarah tenía rasgos marcadamente latinos: ojos castaños, piel morena y cabello negro.

Salí del baño secándome el cabello con una toalla y entré en mi habitación.

Vi el teléfono vibrar sobre el escritorio y noté que era una llamada de la madre de Jonathan. No contesté, pero enseguida envió un mensaje.

Kristen:

Perdón, fue automático.

Clare:

Está bien, jaja.

Kristen:

Jeff me habló sobre el matrimonio.

Clare:

¿Ah, sí? ¿Te habló?

Kristen:

Se fue de aquí hace poco.

Clare:

Imagino que estás sorprendida… Yo también lo estuve. No esperaba que Jonathan hiciera eso.

Kristen:

Yo lo sabía...

Clare:

¿Cómo que lo sabías?

Kristen:

Jonathan me contó lo que pensaba hacer, pero me pidió que no dijera nada. Entiende que tenía que respetar la voluntad de mi hijo.

Clare:

Sí.

Kristen:

Sé cuánto te quería Jonathan y créeme, tú también tienes todo mi cariño.

Clare:

Gracias.

Kristen:

Con Jefferson va a ser diferente, pero espero que sea algo bueno para ti, para ambos. Estoy deseando que funcione. También eres como una hija para mí, Clare.

Clare:

Estoy muy agradecida por todo tu cariño, pero no entiendo a qué te refieres.

Kristen:

Jonathan era gay. Jefferson no lo es.

Clare:

¿Tú lo sabías?

Kristen:

Una madre sabe mucho más de lo que le cuentan.

No supe qué responder. Me quedé mirando el celular mientras pensaba en los últimos años que había pasado con esa mujer. Siempre me trató con mucho cariño, pero no imaginaba que llegaríamos a tener una conversación así.

Kristen realmente deseaba que tuviera una relación real con su otro hijo, un matrimonio muy distinto al que había tenido con

Jonathan. Por ahora, yo solo esperaba encontrar al menos la mitad de la felicidad que había vivido junto a mi mejor amigo.

Clare:

¿Jefferson lo sabe?

Kristen:

No sé, tal vez Jonathan se lo dijo.

Volví a pensar que no me correspondía a mí hablar con él de eso. Durante mucho tiempo, Jonathan se esforzó por ocultarle a su familia su orientación sexual.

Kristen:

Voy a encargarme de los detalles del matrimonio.

¿Puedo llamar al mismo diseñador que hizo tu vestido la última vez o prefieres a otro?

Clare:

Está bien, el mismo diseñador.

Kristen:

Te enviaré la información.

Clare:

Gracias.

Kristen:

Nos vemos luego.

Clare:

Hasta luego.

Saber que Jonathan le había contado esa primicia a su madre le daba un poco más de sentido a su conducta de alentar excesivamente mi matrimonio con Jefferson. Ella parecía confiar más en esa unión que yo misma o que su hijo menor.

Una nueva notificación apareció en la pantalla del celular.

Mamá:

Ven a cenar.

Dejé el aparato sobre la cama y fui hasta la cocina, donde la comida ya estaba servida sobre una mesa cuadrada pequeña, con espacio para cuatro personas.

Sarah se acercó y me dio un beso en la frente. Con señas me preguntó si estaba todo bien, y yo solo asentí con la cabeza.

Tomé una silla, me acomodé y agarré un plato para servirme.

Sarah nos contó sobre un caso en el que estaba trabajando, mientras alternaba entre las señas y las cucharadas de su plato bien servido. Aunque ella y mi madre podían oír normalmente, hablar de esa forma se había vuelto casi un hábito desde que perdí la audición. Solo dejaban de hacerlo cuando discutían, lo que dejaba claro que querían evitar que me enterara.

Después de cenar, fui al baño para prepararme para dormir y luego regresé a mi cuarto. Intenté dormirme temprano, pero fallé en el intento. Solo esperaba estar en condiciones al día siguiente para ir a Athena en busca de un nuevo equilibrio en mi vida. Tener que adaptarme se estaba volviendo una constante. Solo deseaba que los cambios drásticos terminaran pronto.



El celular vibró debajo de mi almohada, agitándose para que despertara. Desde que perdí la audición, la función de vibrar nunca me había parecido tan útil, porque si dependiera solo de mi cuerpo para despertarme por voluntad propia, estaría perdida. Más aún en

un día como ese, en el que recordar la muerte de Jonathan hacía que mis ganas de quedarme en la cama fueran todavía mayores.

Me preparé para salir, desayuné con mis madres y salí de casa con las dos intentando convencerme de pasar otro día en mi habitación. Pero estaba segura de que, si Jonathan aún estuviera aquí, sería el primero en decirme que no podía quedarme de luto para siempre.

Tomé el autobús usando tacones altos y un traje ejecutivo, igual que cuando era solo su secretaria y no su esposa. No sabía cómo sería mi relación dentro de la empresa a partir de ese momento, pero no me preocupaba demasiado, había otras prioridades por ahora. Tenía que ayudar a Athena a pasar por ese momento difícil de transición.

Bajé en la parada que quedaba a unas cuadras y caminé hasta la puerta giratoria de entrada al edificio. El logo de la empresa ocupaba toda una pared, y del otro lado había un póster con una estrella del básquet vistiendo un uniforme diseñado por nosotros.

Las recepcionistas me saludaron con la mano y yo les respondí igual. Noté que dijeron algo, pero estaba demasiado lejos para leer sus labios, así que seguí mi camino hacia el ascensor.

Presioné el botón del vigésimo piso y recosté la espalda contra la pared metálica cuando otros dos hombres entraron conmigo. Parecieron decir algo, pero como estaban de espaldas, solo

me quedó la sensación. Generalmente, cuando alguien quería hablar conmigo, insistía, así que decidí ignorarlo. Se bajaron en el piso de prototipos, mientras yo seguí subiendo hasta llegar a las oficinas de la directiva. Como frecuentaba más ese lugar, la gente por lo general sabía que no podía oír, pero creo que ese día, más que nunca, hablaban sin preocuparse de si yo podía entenderles o no.

La expresión de lástima era inconfundible, y ya la había visto muchas veces en los últimos años desde el accidente.

Pobrecita, sorda y ahora viuda. Eso era lo que imaginaba que estarían diciendo, o tal vez le daban otro matiz si sabían las condiciones que Jonathan había dejado estipuladas en su testamento.

Estaba tan distraída que me sobresalté cuando Felicitas apareció en mi campo de visión. Jonathan la había contratado después del accidente. Ella me ayudaba con cosas que ya no podía hacer, como atender el teléfono.

—Buenos días —dijo con señas.

—Buenos días.

—Sentimos mucho tu pérdida.

—Gracias.

—El señor Miller dejará un gran vacío.

—Así es.

Caminamos hasta el escritorio que compartíamos frente a la oficina que solía ser de Jonathan. En ausencia de mi difunto esposo, la empresa estaba siendo administrada por la junta directiva y el consejo de accionistas, pero necesitaban un nuevo CEO pronto, o esa guerra de poder terminaría perjudicándonos bastante.

Me giré hacia Felicitas y seguimos conversando con lenguaje de señas.

—¿Puedes dejarme sola un rato? —Tomé la manija de la puerta.

Ella asintió, así que abrí la puerta, entré y me encerré allí, buscando un poco de privacidad al recorrer ese espacio tan lleno de recuerdos de Jonathan. Puede que no hubiéramos tenido el amor carnal de un matrimonio, pero me sentía una viuda de verdad, como si hubiera perdido una parte del corazón. Después de mi madre, él era la persona más importante para mí.

Me acerqué al escritorio y tomé una foto que nos habíamos tomado el día que me llevó a conocer Times Square. Estaba nevando mucho y yo sentía un frío horrible, porque el clima de California era mucho más cálido que el de Nueva York. Iba a extrañar lo mucho que me hacía reír. Creo que incluso extrañaría las carcajadas que soltaba al verlo coquetear con otros hombres.

Nunca tuve celos de Jonathan, ni esperaba que en algún momento comenzara a verme de otra manera. Él era así, le

gustaban los hombres y yo solo quería a mi mejor amigo, nada más. Compartíamos eso: una amistad única y muy especial. Ese amor era algo que siempre llevaría conmigo.

Me sorprendí al ver una mano grande envolver la mía y tomar también el portarretratos. Solté el objeto y me giré de inmediato. Me encontré con Jefferson detrás de mí. Estaba tan cerca que podía sentir nuestras respiraciones mezclarse. Mi corazón se aceleró, como en nuestro encuentro en la tienda de mi madre.

—Jefferson...

—Perdón, no quería asustarte. —Dejó el portarretratos sobre la mesa y se alejó un poco, pero se mantuvo dentro de mi campo visual para que pudiéramos comunicarnos—. Te saludé antes de acercarme, pero no me oíste.

Negué con la cabeza, dejando claro lo evidente. No oía.

—A mi hermano le encantaba Nueva York. Siempre trataba de convencer a nuestros padres de pasar la Navidad allá cuando éramos niños. Decía que la magia era más fuerte donde había nieve.

—La magia era más fuerte con él ahí.

—Jonathan siempre tuvo ese poder.

Asentí.

—No esperaba verte aquí.

—Tengo que asumir mi puesto, ¿no? Pensé en venir y empezar a acostumbrarme a las tareas. Podrías ayudarme, ya que me dijeron que trabajabas a diario con mi hermano. Voy a reunirme con el consejo administrativo dentro de poco, que es quien está dirigiendo la empresa en ausencia de mi hermano, y me gustaría que tú estuvieras conmigo.

—Sí. —Asentí con lenguaje de señas.

—¿Eso fue un sí? —Imitó el gesto que hice.

Respondí solo con el movimiento de la mano.

Jefferson se rió, mostrando que también tenía una sonrisa encantadora. Nos quedamos mirando durante unos segundos y solo aparté la mirada cuando me di cuenta y me dio vergüenza.

Él hizo un gesto para llamar de nuevo mi atención.

—Puedes empezar mostrándome los sectores de la empresa o las oficinas principales. Imagino que en cinco años han cambiado muchas cosas. Me llevará un tiempo adaptarme, pero prometo esforzarme.

—Ese ya es el primer paso.

Jefferson señaló para que fuera delante y salimos de la oficina, que pronto sería suya. Esperaba poder quedarme con todos los recuerdos y fotos que había allí antes de que reformaran el lugar.



Jefferson

Capítulo once

Mi primer día de trabajo en Athena terminó siendo mucho mejor de lo que esperaba. No solo porque muchos sectores seguían funcionando exactamente como los recordaba, sino también porque Clare me sorprendió. Ella sabía todo, conocía a todos y era respetada, no por ser la esposa del CEO, sino por el buen trabajo que hacía. Era simpática, sonreía y se esforzaba por hacerse entender y por entender a los demás. Salí de Athena ese día sabiendo que su pérdida de audición era un obstáculo, pero no una limitación, y que, con un poco de paciencia, todo podría encaminarse fácilmente.

Esperaba que lo mismo se aplicara a nuestro matrimonio, que para mí aún parecía un gran tiro al aire. Tenía que casarme con ella por obligación, pero ¿podría convertir eso en una buena relación?

Apenas salí de la empresa, pasé por una concesionaria y compré un coche. Mi padre había vendido el mío después de que desaparecí, creo que lo hizo por rabia, pero no me importó. Le había dado razones suficientes. Por más que San Francisco fuera una ciudad terrible para encontrar estacionamiento, prefería la comodidad de tener mi propio vehículo antes que depender de aplicaciones o taxis, además de la libertad de estar al volante, aunque no fuera un barco.

Estacioné frente a la antigua casa y vi que la tienda ya estaba cerrada. Mi madre me había encontrado a la hora del almuerzo y me convenció de tomar una iniciativa que me parecía prudente. Mi padre solía decirme que, si tenía que hacer algo, debía hacerlo bien. Por más peyorativa que fuera esa frase en el momento en que me la dijo, intenté sacar una buena lección de ella.

Sería un matrimonio falso, pero Clare era una mujer agradable y podríamos construir una buena relación.

Caminé hasta una puertita lateral junto a la tienda y toqué el timbre. Yo llevaba puestos unos jeans y una camiseta; me obligaría a usar traje solo cuando tuviera que estar en Athena. Fuera de eso, prefería la libertad de sentir el viento fresco en los brazos antes que asarme bajo capas de tela.

Una mujer vino a abrir la puerta. Parecía rondar los cincuenta, por las arrugas del rostro, pero sus ojos azules y el cabello rubio me recordaron a Clare.

—Hola —dije, con una sonrisa forzada.

—Jefferson Miller... —dijo mi nombre, evitando una presentación más formal.

—Soy yo.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Quiero hablar con Clare, ¿puedo? —Metí las manos en los bolsillos, sintiéndome algo incómodo por la forma en que la mujer me miraba.

No era del tipo que se enfrentaba a los padres o familiares de alguna chica por su atención. Desde adolescente, las mujeres eran como Briana: se lanzaban a mis brazos y siempre estaban disponibles cuando las necesitaba, pero nunca me apegué a nadie. Para ser honesto, nunca me apegué a nada. Por eso, debía haber sido tan fácil subirme a mi barco y desaparecer.

—Entra. —La mujer frunció los labios antes de dar un paso atrás y dejarme subir por la escalera detrás de ella.

Entré a una pequeña sala donde la televisión estaba encendida. Vi a otra mujer de edad parecida a la que me abrió la puerta, y junto a ella estaba Clare, usando un pijama con estampado de vaquitas que me hizo reír.

Ella agarró una almohada y trató inútilmente de esconderse al darse cuenta de mi presencia y de que la estaba mirando.

—¿Qué hace él aquí, Olivia? —preguntó la morena.

—Quiero hablar con Clare —respondí por mí mismo.

Clare bajó la almohada cuando le tocaron el brazo. Ellas conversaron en lenguaje de señas, y no entendí nada.

—Voy a cambiarme. —Me habló antes de levantarse y desaparecer por el pasillo.

Me quedé en la sala esperando, mientras las dos mujeres me miraban como si tuvieran visión de rayos X. Me incomodó, aunque estaba acostumbrado a que todos me juzgaran por cualquier cosa.

—Eres un poco más alto que Jonathan —comentó la mujer latina sentada en el sofá.

—Pero menos divertido. —Puse mala cara y ella rió.

—No tuvimos oportunidad de presentarnos. —Se levantó y me tendió la mano. Entrecerrando un poco los ojos para observarla mejor, recordé haberla visto en la lectura del testamento.

—¿Eres la abogada?

—Y la madrastra de Clare.

¿Madrastra? Miré a ella y a la rubia -que se llamaba Olivia-, pero no necesitaba ser un genio para entender.

—Un placer conocerte... —Le estreché la mano.

Minutos después, Clare regresó a la sala con un vestido liviano y floreado.

—Listo. —Se puso las manos en la cintura, marcando la curva de sus tetas. Aparté la vista rápidamente, pero no podía negar que era hermosa—. ¿Qué quieres?

—¿Podemos hablar en otro lugar? —pregunté, al notar cómo las dos mujeres mayores me observaban como perros guardianes dispuestos a hacer lo que fuera por proteger a su cría.

—La cafetería debe estar cerrada.

—Tengo un lugar en mente. ¿Vamos?

Clare miró a las otras dos y volvieron a comunicarse en señas, lo que me frustraba un poco, porque no entendía nada.

—Ok, vamos.

—Tengo el coche allá abajo.

—Genial.

Clare pasó junto a la rubia, que le dio un beso en la mejilla antes de detenerse a mi lado. Sin decir una palabra durante el camino, bajamos hasta la calle y yo abrí la puerta del copiloto para que ella entrara en mi coche.

El viaje hasta el muelle fue silencioso, porque en ningún momento intenté iniciar una conversación, manteniendo la mirada fija hacia adelante, pero creo que ni siquiera se dio cuenta. Esperaba que con el tiempo me acostumbrara a la forma de hablar con ella.

Para mi sorpresa, encontré un lugar estrecho justo frente al embarcadero. Estacioné mi deportivo y, antes de dar la vuelta para abrirle la puerta, Clare ya estaba de pie junto al coche.

Le hice una señal para que me siguiera y caminamos sobre el puente de madera hasta mi barco. Era blanco y muy cómodo. Con dos pisos, divididos en dos habitaciones, sala, cocina y baño, el pequeño yate era como una casa flotante.

Subí a la popa y le extendí la mano para que viniera conmigo. El viento sopló más fuerte y la falda de su vestido ondeaba como una bandera.

Ella agarró mi brazo y pegó su cuerpo al mío cuando notó que todo estaba oscuro. Me reí, diciéndole que todo estaría bien, pero sin poder leer mis labios, ninguna de mis palabras le importaba.

La jale hacia adentro conmigo y finalmente encendí la luz.

—¿Estás bien?

Asintió.

—Ven, siéntate —dije, señalando el sofá, esperando que se acomodara.

Me senté frente a ella. Así, cara a cara, esperaba que pudiera entenderme.

—¿Este barco es tuyo?

—Sí. He estado viviendo en lugares como este últimamente. Este en particular lo compré hace poco más de un año.

—Es bonito.

—Gracias.

Me levanté del sofá y fui hasta la nevera, donde saqué una botella de refresco para mí y otra para ella. Pensé en agarrar unas cervezas, pero al recordar el accidente que la dejó lastimada, preferí dejarlo pasar.

Ella destapó la botella y dio un sorbo.

—Me gusta el refresco de limón.

—Es bueno saberlo —dije, sonriendo mientras bebía de mi botella.

Nos quedamos mirándonos por unos minutos hasta que ella fue la primera en desviar la mirada. Noté que sus mejillas se sonrojaron ligeramente y no supe exactamente qué la incomodaba.

—¿De qué querías hablar? —Dejó la botella sobre la mesa y se inclinó hacia mí.

—Gracias por ayudarme hoy en Athena.

—Yo solía ser la secretaria del CEO, conocía todos los asuntos que manejaba tu hermano. Puedo ayudarte a ti y entrenar a quien me reemplace.

—¿Reemplace? —Fruncí el ceño.

—La secretaria que vas a elegir para ocupar mi lugar.

—No voy a poner a nadie en tu lugar, Clare. Eres muy buena en lo que haces y, mientras dependa de mí, seguirás en el puesto.

Ella se mostró sorprendida.

—Te lo agradezco.

—Te voy a necesitar mucho.

—Estoy segura de que con el tiempo te acostumbrarás a todo.

—Eres la primera persona que deposita su confianza en mí. No sé si los directores y los accionistas se sienten tan seguros como tú.

—La gente tiene la costumbre de subestimarnos. Solo hay que demostrarles que están equivocados.

—Tú ciertamente eres muy buena en eso.

—Lo intento. —Ella se encogió de hombros y me hizo sonreír.

No era difícil entender qué había visto Jonathan en ella. Simpática, carismática y amable. Cualidades bastante admirables.

Saqué la caja de terciopelo del bolsillo y la puse sobre la mesa, entre los dos.

—¿Qué es esto? —Clare abrió mucho los ojos. No podía entender el lenguaje de señas ni leer los labios, pero su expresión de sorpresa era clara.

—Mi madre me ayudó a elegirlo durante el almuerzo, pensó que sería apropiado darte uno. Sé que tienes el anillo que pertenecía a ella, pero como fue Jonathan quien te lo dio, ella me dijo que te comprara otro.

—Es bonito, gracias.

—¿Puedo?

Ella asintió. Cambió la alianza que Jonathan le había dado a la mano derecha y me extendió la izquierda. Sus dedos eran finos y pequeños, tan delicados como los de una muñeca. Estaban fríos y resbaladizos por el sudor, lo que dejaba claro lo nerviosa que estaba con este encuentro.

Tampoco yo podía decir que esto era fácil para mí. Nunca había pensado en el día en que pondría un anillo en la mano de una mujer, mucho menos en estas circunstancias. Clare era la esposa de mi hermano. Jamás tendría derecho a mirarla ni a fijarme en lo bonita que se veía con un mechón de su cabello rubio y ondulado cayendo sobre su ojo derecho, pero Jonathan había muerto y me había dejado la responsabilidad de cuidarla.

No entendí el porqué de todo esto cuando se leyó el testamento, pero cuando me enteré del accidente y de la sordera, el gesto cobró un poco más de sentido. Por más que Clare pareciera esforzarse para dejar claro que no necesitaba mi protección ni la de nadie, sentía que tenía el deber de ayudarla de alguna manera.

Observé por un rato cómo el pequeño diamante brillaba en su mano blanca.

Pero cuando levanté la cabeza y mis ojos se cruzaron con los de ella, mi boca se secó y mi corazón empezó a latir inquieto, desacompasado, como si hubiese perdido el ritmo.

Solté su mano y me recosté contra el respaldo del sofá, alejándome lo más que pude. Me sorprendió lo que ese gesto me hizo sentir. Mi prometida o no, ella seguía siendo la esposa de mi hermano y me parecía raro siquiera pensar en desearla. Solo debía protegerla, cuidarla y nada más.

—Gracias por el anillo. Es muy bonito —dijo, mirando la pieza como si no hubiera notado mi distancia.

—Creo que la gente necesita creer en el matrimonio.

—Soy buena para eso, no te preocupes.

Me extrañó su respuesta. ¿Cómo podía tener tanta seguridad? Pero no hice preguntas. Si esto era confuso para mí, imagino que para ella también.

—¿Sabías que en alta mar es más fácil ver las estrellas?

Clare negó con la cabeza.

—¿Quieres que te lo muestre?

Asintió con una sonrisa.

Hice lo primero que se me ocurrió, pero llevarla al mar abierto me pareció una estupidez enorme.

¿Por qué estaba haciendo esto?, me pregunté mientras me dirigía al timón y encendía mi barco. Debería llevarla a casa, no a dar un paseo. Pero ya era demasiado tarde, le había hecho la invitación.

Por más que entendía la razón detrás de esa trampa que Jonathan me había tendido, no dejaba de preguntarme si en algún momento él había pensado en lo difícil y confuso que sería para mí. No hacía más de una semana que la conocía, pero ya le había puesto un anillo de compromiso en la mano y me había comprometido a casarme pronto.

Mi mente estaba a punto de colapsar, era mucho para asimilar en tan poco tiempo.

Miré hacia atrás al escuchar un ruido y la vi subir.

—No quería quedarme sola allá abajo —dijo al darse cuenta de que la estaba mirando.

Pensé en responderle algo. Mi madre tenía razón, a veces olvidaba que ella no podía oír. Solo hice un gesto para que se acercara.

Clare se acomodó a mi lado y suspiró mirando hacia arriba. A medida que nos alejábamos del centro urbano contaminado, el cielo se iluminaba más.

No fui muy lejos para que el regreso no fuera largo. Cuando encontré el paisaje satisfactorio, detuve el barco, apagué el motor y me giré para mirarla. Ya estaba oscuro y dudaba mucho que pudiera leer mis labios, así que tuve que limitarme a los gestos.

Tomé su brazo, sintiendo el calor y la suavidad de su piel, y la guié por la cubierta. Tomé dos esterillas de paja que estaban

enrolladas en una esquina y las extendí en el suelo. La ayudé a recostarse y luego hice lo mismo.

Me quedé mirando las estrellas. Estaba muy acostumbrado a contemplarlas así, pero ese era un ejercicio que generalmente hacía solo. No podía decir que fuera un hombre casto, pero no tenía la costumbre de llenar mi barco con gente, mucho menos con mujeres. Era mi espacio, mi burbuja, y no sabía porqué estaba compartiéndola con Clare.

Vi una estrella fugaz y ella también señaló que la había visto, riendo. La estrella me hizo pensar en mi hermano. Siempre tan gracioso. Seguro está sentado en una silla allá arriba, riéndose del lío en el que me metí.

Clare inclinó la cabeza y apoyó la suya en la mía, señalando otra estrella que se movía en el cielo. Me quedé paralizado. Las sensaciones eran tan extrañas que me dolía el estómago.

No sabía exactamente qué estaba sintiendo. Había un dolor terrible por la muerte de mi hermano; culpa por haberme alejado tanto y no haber estado con él en sus últimos momentos; extrañeza por volver a casa después de tantos años; cierto enojo por el testamento que Jonathan me dejó y una confusión enorme frente a la presencia de Clare.

Ella era la esposa de mi hermano y no tenía idea de cómo sería cuando nos casáramos. Un matrimonio de fachada nunca

estuvo en mis planes. Por suerte, parecía que convivíamos bien y ella estaba dispuesta a ayudarme con Athena, que era otro gran problema en mi horizonte. No era el presidente que esperaban, pero dar la espalda solo hundiría la empresa.

Me senté en la esterilla y toqué a Clare. Se levantó de un salto, haciéndome reír. Era mucho más difícil no asustarla de lo que imaginaba.

Hice un gesto hacia atrás, tratando de indicarle de alguna manera que regresáramos. Ella levantó las manos y sujetó las mías, tratando de sentir mis movimientos, porque la poca luz lo dificultaba.

—Sí, vámonos —dijo, después de entenderme.

Me levanté y fui al timón, pero ella se quedó sentada en la esterilla hasta que anclé el barco de nuevo.

—Me encantó ver las estrellas —dijo, cuando estábamos bajo un poste en la plataforma de madera del muelle.

—Me alegra mucho.

—Fue la primera vez que anduve en barco.

—¿De verdad?

Asintió con la cabeza.

—Podemos hacerlo más seguido.

—Me gustaría mucho.

—¡Perfecto! Ahora déjame llevarte a casa antes de que tu mamá descubra a dónde te llevé y venga a buscarte.

Clare solo rió antes de seguirme hasta el coche.

No hablamos en todo el camino de regreso hasta que estacioné frente a la casa y ella abrió la puerta.

—Nos vemos mañana en Athena.

—Hasta mañana —dije, pero ella ya había caminado hacia la entrada y no podía leer mis labios.

Esperé hasta que entró, luego me di la vuelta para regresar a mi barco.



Clare

Capítulo doce

Cuando abrí la puerta, vi a mis madres sentadas en el sofá, justo en la misma posición en la que las había dejado cuando acepté la invitación de Jefferson.

—¿A estas horas regresas? —Mi mamá hizo señas y apuntó hacia el reloj que estaba sobre la televisión.

—No soy una adolescente —respondí en nuestra comunicación silenciosa—. Soy una mujer casada.

—Pero volviste a vivir con nosotras.

—No será por mucho tiempo.

—Me preocupo. Siempre serás mi niña. —Cruzó los brazos y cerró el rostro con una clara expresión de descontento.

Sarah no intervino en nuestra discusión, pero por su cara pude notar que estaba de acuerdo conmigo en que mi mamá estaba exagerando un poco.

—No me gusta nada toda esta situación. ¿En qué cabeza cabe querer que te cases con el hermano? Me encantaba Jonathan, pero a veces dudo que estuviera en su sano juicio cuando escribió ese testamento. ¿Te imaginas si ustedes dos hubieran tenido hijos? Qué confuso sería para ese niño ver a la mamá casándose con el tío.

—Tú te casaste con otra mujer y yo estoy bien. —Encogí los hombros.

—Son situaciones diferentes.

—Eso no significa que sean malas. Yo estoy bien, mamá.

—No me siento cómoda con que te cases con un hombre que ni siquiera conoces bien. Puede que no sea buena persona.

—Pero también puede ser una excelente persona. No lo juzgues. Hasta ahora no ha dado mala impresión. Tranquila, mamá, todo va a salir bien.

—¿Ves, Olivia? Todo va a salir bien —dijo Sarah, mientras me miraba y acariciaba el hombro de mi mamá con cariño.

—Es una decisión muy apresurada.

Entendía el miedo de mi mamá, pero no creía que Jonathan me hubiera metido en un problema serio. Además, cada vez que estaba cerca de Jefferson sentía cosas buenas, tan buenas que me provocaban mariposas en el estómago y aceleraban mi corazón.

—Me voy a dormir. —Les di un beso en la mejilla a cada una —. Mañana tengo que ir temprano a Athena y aún hay mucho por hacer.

Me abrazaron y yo me fui a mi cuarto. Me preparé para dormir, me puse el pijama y me acosté boca arriba, pensando en el

cielo estrellado en alta mar, mientras me tocaba el anillo que Jefferson me había dado.

Le había asegurado que era buena manteniendo un matrimonio de mentira. Y en verdad, lo fui durante los dos años que estuve casada con Jonathan, pero Jon siempre fue mi mejor amigo; nunca lo vi como algo más. Con Jefferson era distinto, no había amistad. Sé que esa amistad con él podría construirse, pero ¿sería igual?

Me giré en la cama y abracé la almohada.

Esperaba poder manejar ese matrimonio arreglado.



Jefferson

Capítulo trece

Estacioné el coche en el garaje de Athena por la mañana, unos minutos antes del inicio de la jornada laboral. Me estaba esforzando, o al menos me engañaba a mí mismo con esa idea, porque la muerte de mi hermano había generado una gran inestabilidad en la empresa. Cada día que no demostraba ser un sucesor adecuado, Athena perdía dinero. La inseguridad, medida a través de la proyección de la empresa en la bolsa de valores, estaba reflejada en varios noticieros y periódicos.

No quería ser la completa ruina de la compañía, pero tampoco tenía ninguna certeza de que pudiera tomar las riendas de la situación y controlar el clima de desconfianza que dominaba incluso a los empleados.

Guardé la llave del coche en el bolsillo y caminé hacia el elevador. Presioné el botón del piso cuando escuché sonar mi celular.

—¿Mamá?

—Jefferson, ¿cómo estás?

—Acabo de llegar a Athena, no tengo mucho tiempo para hablar.

—Ah, estás en la empresa. ¡Qué bien! Seré breve. ¿Ya le entregaste el anillo de compromiso a Clare?

—Sí, ayer.

—¿Le gustó?

—No se quejó. Dijiste que ibas a ser breve, mamá.

—¡Está bien! Solo quería decidir contigo algunos detalles de la boda. Sé que tiene que ser algo simple, pero sigue siendo tu boda, tal vez quieras algo...

—Habla con Clare. Lo que decidan está perfecto para mí.

—Pero, Jefferson...

—Tengo que colgar ahora.

—¡Espera! ¿Puedes ir al sastre a probarte el traje en la hora del almuerzo? Recuerda que no tienes ninguno adecuado. Él necesita hacer los ajustes para que esté listo para el día de la boda. Quiero al menos tener fotos de ti como novio.

—Está bien, mamá. Mándame un mensaje con la dirección.

—Lo haré. ¿Ya decidieron dónde van a vivir? Ese barco no es adecuado...

—Mamá, hablamos después. Besos. —Corté la llamada antes de que ella pudiera seguir hablando.

La boda era algo que me preocupaba. Por más que hiciera todo eso por culpa del sentimiento que mi hermano tenía hacia Clare, la misión de Jonathan de protegerla se había convertido en la mía, pero no dejaba de sentir miedo y temor por todo.

Aparté esos pensamientos sobre la boda cuando di los primeros pasos sobre el piso del área directiva. Sentí una molestia en el cuello y dudaba mucho que fuera por la corbata, que aún me costaba amarrar.

—Señor Miller, buenos días. —Una de las secretarias pasó junto a mí y me saludó con una amplia sonrisa.

Solo respondí con un leve movimiento de cabeza.

No fui a la oficina de mi hermano como el día anterior; fui directo a la reunión con los directores, quienes me darían una perspectiva completa del panorama de la empresa. Fui el primero en llegar. Me senté a la mesa y esperé a los demás. Estaban desconfiados, no creían en mi capacidad para tomar el control de la compañía. No podía culparlos. Por más cualificado que pareciera en lo académico, los cinco años que había estado ausente marcaban toda la diferencia.

Parecía un becario que tenía que aprender todo lo más rápido posible.

—Miller —saludó el director financiero al entrar.

—Smith.

—Llegaste temprano.

—Soy puntual.

—Ya veremos —dijo, mientras tomaba una silla y se acomodaba alrededor de la mesa ovalada de madera, donde yo estaba sentado en la cabecera.

Entraron dos directores más y luego Clare, que venía acompañada por una chica pequeña y sonriente que se comunicaba con ella en lenguaje de señas. No fue una verdadera sorpresa verla ahí, aunque me causó algo de extrañeza. Supuse que todavía estaba digiriendo nuestro encuentro de la noche anterior. No es que hubiera sido una cita...

—¿Jefferson?

Negué con la cabeza al darme cuenta de que uno de los hombres me hablaba.

—Hola.

Concéntrate en la empresa, me reproché en silencio. Me había comprometido a asumir mis responsabilidades y necesitaba tomarlo en serio si no quería que todo el legado de mi familia desapareciera, arrastrando con él a miles de empleados.

—¿Podemos empezar?

—Claro, Harrison. —Asentí. El hombre lo hizo también, y frente a mí apareció una presentación en diapositivas.

Estaba llena de reportes y gráficos con números del período en que mi hermano dirigió la empresa y otros sobre el caos que

surgió tras su muerte. Lo que esperaban de mí era obvio: apagar un incendio. Tenía que convencer no solo a la junta directiva y a todos los empleados de que iba a cumplir con la misión que me esperaba, sino también al mercado entero.

Admito que lo que más quería era regresar al barco. Nunca quise esa empresa, aunque había disfrutado mucho del dinero que provenía de ella. Sin embargo, no quería que mi mamá, el recuerdo atormentado de mi hermano o incluso Clare pensaran que había fracasado.

—Necesito saber en qué etapa está el desarrollo de todos los productos de punta que Athena planea lanzar este año. Quiero algo grande e innovador que se pueda impulsar con una campaña de marketing amplia y audaz. Estoy seguro de que algo de esa magnitud podría disipar la incertidumbre que hay en el mercado.

—Me parece arriesgado lanzar algo así ahora —dijo uno de los hombres, claramente preocupado por mí y mi postura—. Con nuestras acciones a la baja y toda la desconfianza, podríamos quemar una carta importante y causar una pérdida aún mayor para la empresa.

—Para que las acciones dejen de caer, tenemos que mostrar algo, hacer que crean que seguimos con toda la fuerza de antes, porque así es. Sé que también están preocupados por mí, pero haré lo mejor para que esta empresa mantenga el ritmo de crecimiento que tenía antes de la muerte de mi hermano.

Algunos me miraban con desconfianza, otros parecían apostar por mi propuesta. Tenía claro que un gran lanzamiento cambiaría el foco y me daría tiempo para adaptarme a esta cadena de mando.

—¿Puedes entregarme esa documentación antes de que termine el día? —Me incliné sobre la mesa hacia el director de proyectos.

—Creo que sí, señor. Se la enviaré a su correo más tarde.

—Perfecto —dije, girando la cabeza para enfocar al jefe de marketing—. Ustedes tienen que pensar en cómo hacer para que crean que no hay ningún tipo de inestabilidad en la gestión de Athena. Sé que estuve cinco años ausente, pero ya estoy de vuelta y dispuesto a cumplir con mi rol.

Me miraron fijamente. Mi postura chocaba con algunos y generaba confianza en otros. Esperaba que, con el tiempo, entendieran que hablaba en serio.

Después de la reunión, el director de proyectos me invitó a conversar y me llevó al área donde se desarrollaban los nuevos productos. Un tejido nuevo, con tecnología para mejorar el rendimiento de los atletas, estaría listo en una semana y me pareció perfecto para la estrategia que quería usar. Si marketing hacía un buen trabajo, esperaba que las acciones empezaran a subir.

Mi tiempo fuera de la empresa no fue suficiente para olvidar lo que aprendí en la universidad y en la experiencia junto a mi

hermano en Athena. A la prensa le gusta tener de qué hablar, y a veces para apagar un incendio hay que crear uno más grande a nuestro favor.

Volví a la oficina presidencial, que antes ocupaba mi hermano, y apenas entré vi a Clare con una caja recogiendo algunas pertenencias personales.

Me acerqué por detrás y le toqué el hombro para que se diera vuelta.

—¿Qué estás haciendo?

Ella me miró por unos segundos y noté que sus pupilas se dilataban lentamente hasta que soltó la caja sobre un mueble y se frotó la cara, como si le picara.

Le agarré el rostro y le levanté el mentón para que me mirara de nuevo.

—¿Te asusté?

—Solo un poco.

—Si vamos a casarnos, tengo que dejar de hacer esto.

—Sí, tienes que dejar de hacerlo.

Solté su rostro cuando sentí que el ambiente se ponía incómodo.

—No me dijiste qué estás haciendo —dije, dando dos pasos hacia atrás para dejar una distancia cómoda entre nosotros.

—Estoy limpiando la oficina para que puedas ocuparla.

—Puedes dejar algunas cosas de Jonathan aquí. —Saqué un portarretrato que tenía una foto de mi hermano conmigo y mi madre cuando éramos niños.

—Voy a dejar la caja aquí y tú decides con qué quieres quedarte.

—Gracias.

—Hoy te fue muy bien.

—Voy a tener que esforzarme mucho para convencer a esos viejos de que puedo con el trabajo.

—Estoy seguro de que lo lograrás.

—Con tu ayuda será más fácil.

Ella sonrió tímidamente y bajó la mirada mientras se acomodaba un mechón de cabello detrás de la oreja. Su aire dulce y amable hacía que fuera aún más fácil estar cerca de ella.

Extendí la mano para tocar su rostro otra vez, con la excusa de llamar su atención para seguir conversando.

—Voy a probarme el traje para la boda en la hora del almuerzo.

—¿Ah, sí? —Levantó las cejas.

—Sí. Fue mi madre quien hizo la cita.

—Kristen es un amor.

—Te tiene mucho cariño.

—Yo también la quiero. No todas las suegras son brujas malas.

Su comentario me hizo reír.

—Espero que tus madres me quieran.

—Lo harán cuando te conozcan mejor.

—Eso espero.

—Yo, en cambio, espero que en la empresa no vean un problema cuando sepan que nos vamos a casar.

—Eso no es problema de ellos.

—Pero siempre acaban pensando que lo es.

Me encogí de hombros y ella sonrió.

Estaba a punto de cambiar de tema cuando la asistente de Clare tocó la puerta de mi oficina y entró, saludándome para que llamara la atención de Clare hacia ella.

Las dos comenzaron a conversar en lenguaje de señas y yo me quedé sin entender de qué hablaban.

—Mandaron algunos informes, voy a revisarlos y luego te los envío. —Volvió su atención hacia mí.

—Gracias.

Ella dejó la caja con las cosas de mi hermano sobre un mueble y salió de la oficina, dejándome solo.

—Sí, Jonathan, aún me falta mucho para acostumbrarme. Solo espero que no tarde demasiado —me encontré suspirando y hablando solo.

El resto del día Clare hizo bien su trabajo como secretaria y yo me concentré en lo que más me necesitaba: la empresa.



Clare

Capítulo catorce

Era el día de mi boda con Jefferson. Además del nerviosismo por una vez más entrar en una unión de fachada, también tenía que lidiar con la indiscreción de los medios, que descubrieron que me casaría con el hermano de mi esposo menos de un mes después de su muerte.

De las revistas y portales de negocios, Jefferson Miller pasó a aparecer en las portadas de chismes. Si el heredero desaparecido por cinco años que regresaba a casa tras la muerte de su hermano ya daba para muchas especulaciones, cuando anunciaron nuestro matrimonio, aunque de manera discreta, con la publicación del edicto de proclamación, las suposiciones no pararon.

Dependiendo del periodista, yo iba de viuda seducida a interesada ambiciosa. La pobre joven de veinticuatro años que perdió a su marido por cáncer dejó de ser la víctima cuando se supo que me casaría con mi cuñado.

Dijeron cientos de cosas, pero ninguna se acercó a la verdad, hasta que se filtraron los datos del testamento y todos supieron que Jefferson se casaba conmigo para tener derecho a las acciones de la empresa que pertenecían a su hermano. Todavía no sabemos cómo pasó eso. Obviamente sospechamos del señor Thompson, el abogado responsable del testamento, o de alguien de su equipo, que

fue despedido de la empresa apenas empezó este lío, por sospechas de violación de confidencialidad, pero la cláusula con la exigencia extravagante de Jonathan llegó a los tabloides y nuestra vida se volvió un infierno.

Silicon Valley estaba lleno de grandes empresas con proyección mundial, pero los últimos acontecimientos hicieron que todas las miradas se volcaran hacia Athena, que ya estaba pasando por un momento complicado. Se especulaba sobre mi futuro, el de la empresa y el del matrimonio.

Durante el tiempo que estuve casada con Jonathan, tenía miedo de que descubrieran que él era gay y que toda nuestra farsa se derrumbara; sin embargo, en esta ocasión, me iba a casar con Jefferson con todos sabiendo que era mentira. Era nuestro deber, una obligación establecida en el testamento para que nos casáramos.

Pasé el dedo por la pantalla de mi celular y deslicé otra de las muchas notas que había leído sobre esto en los últimos días.

Sarah me quitó el celular de la mano y la miré con una expresión poco amistosa. *¿Cómo se atrevía?*

Guardó el celular en su bolsillo e hizo un gesto negativo.

—Solo estaba terminando de leer un artículo —me comuniqué usando señas.

—Ya te dije que no leas eso, te va a hacer mal.

—No están equivocados, mi matrimonio es una mentira.

—Pero tú estuviste de acuerdo.

—Sí, estuve de acuerdo. —Tragué saliva.

—Aún puedes echarte atrás.

Bajé la cabeza y apreté el anillo de compromiso que Jonathan me había dado. No era la primera vez que me metía en un matrimonio de apariencia, aunque los detalles del primero quedaron solo entre Jonathan y yo.

Al menos esta vez no tendría que fingir como la vez pasada. Nadie esperaría nada entre Jefferson y yo porque ya sabían que era un acuerdo de negocios impuesto por mi difunto esposo. Usé ese argumento para convencerme de que todo iba bien.

—Va a salir bien.

Levanté la mirada buscando la de Sarah y ella me encontró sonriendo.

—Estás hermosa como novia.

—Gracias.

—¡Aquí está la corona! —Mi madre entró acompañada de una peluquera y maquilladora que había venido para arreglarme.

Para evitar rumores, Kristen me sugirió que no fuera a un salón de belleza. Si ni siquiera el abogado de confianza era seguro, era mejor que no me expusiera hasta que todo ese huracán pasara.

—Gracias.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —Mi madre hizo señas para que la conversación quedara solo entre nosotras.

—Sí.

—Pero...

Noté que Sarah dijo algo que fue suficiente para que mi madre se echara atrás. Yo había pasado la noche leyendo una y otra vez la carta que Jonathan me dejó y estaba dispuesta a cumplir su voluntad. Durante mi convivencia con Jefferson, había notado que era un hombre bueno. No esperaba que me tratara mal ni que pasara algo malo, como temía mi madre.

Íbamos a llevar ese acuerdo hasta el final y tenía la esperanza de que pudiéramos construir una buena amistad. Sería tan bueno como lo había sido con Jonathan, aunque mi corazón se acelerara demasiado cuando Jefferson estuviera cerca.

La peluquera terminó los últimos detalles y puso una corona de flores alrededor de mi cabello.

Había optado por un estilo más simple y discreto que el que usé en mi boda con Jonathan, que él organizó para atraer toda la atención del mundo. En mi segundo matrimonio, si había algo que realmente no quería, era que todos me miraran.

Tenía que ser discreta, ya que los medios estaban haciendo más escándalo del necesario. Esperaba que, después del lanzamiento de la nueva tela de alto rendimiento y la renovación de los uniformes de los equipos patrocinados, hubiera algo más interesante y útil de qué hablar.

—Estoy lista. —Me levanté de la silla—. Mamá, chequea si el chofer que Kristen mandó ya llegó.

—Sí, está abajo desde hace unos quince minutos.

—Ustedes vienen conmigo, ¿verdad? —Alterné la mirada entre mis madres.

—Claro, querida —Sarah me acarició el hombro—. Ve a retocarte el labial, amor.

En cuanto mi madre salió del cuarto, Sarah me miró fijo y puso las manos sobre mis hombros.

—Sabes que si te pasa algo, cualquier cosa...

—Llamaré —la interrumpí.

—Muy bien. —Se inclinó y me dio un beso en la frente.

Las tres salimos juntas y bajamos hasta la puerta principal. No tenía idea del tamaño del escándalo hasta que mi mamá abrió la puerta y vi que había como cinco fotógrafos afuera tratando de conseguir una imagen de mi sencillo vestido de novia. No podía escuchar nada, pero notaba los movimientos bruscos de mis madres

intentando ahuyentarlos. No estaba preparada para eso. Ya había estado casada con el CEO de Athena antes; los reporteros casi no hablaban de mí, y Jonathan solo aparecía en notas de negocios o deportes. Pero la filtración del matrimonio tomó proporciones alarmantes.

El chofer abrió la puerta trasera del coche y me tendió la mano para que me acomodara. Con la ayuda de mi mamá, entré al asiento trasero de la limusina negra.

—¿Será que quieren asegurarse de que me voy a casar? —pregunté.

—No lo sé. —Mi mamá se inclinó sobre la ventana para ocultarme la vista.

El chofer arrancó y los *paparazzi* quedaron atrás. Yo aceptaba los términos de Jonathan, pero no me gustaba ni un poco el circo en que se había convertido todo. Me imagino que si él lo hubiera previsto, jamás habría hecho lo que hizo.

Mientras el chofer manejaba hacia la mansión donde solía vivir, tuve la curiosidad de ver qué estaban publicando, pero por suerte mi celular lo tenía Sarah. Mejor así, no todas las notas tenían un tono amable.

Al acercarnos a la puerta del garaje, había otros fotógrafos ahí. Intentaron rodear el vehículo, pero fueron alejados por los guardias que estaban en la entrada de la casa.

Mi mamá resopló y pude ver claramente su descontento. Ella ya no quería que me casara antes, y ahora que todos sabían que no había ni un ápice de amor, eso solo reforzaba su opinión contraria.

Honestamente, a mí no me importaba el amor ni su ausencia. Ya me había acostumbrado a la relación que tenía con Jonathan, no esperaba vivir un gran romance ni casarme con el amor de mi vida. Trabajar en Athena, convivir con mis madres y tener una amistad cómoda con Jefferson ya era suficiente.

Salí del coche y las dos me acompañaron hasta el jardín de la mansión. Había pocas sillas, porque los invitados no pasaban de mis madres y la madre de Jefferson, pero el altar también era hermoso, rodeado por un arco de flores, precioso, delicado y hasta romántico para una boda que todos decían que solo servía para asegurar el futuro de la empresa.

Delante del altar estaba Jefferson. Llevaba un traje blanco impecable, con una corbata gris sujeta por un adorno plateado como si fuera un pañuelo. Era un hombre atractivo, pero ese día lo estaba aún más. Fue imposible no mirarlo y esbozar una leve sonrisa. Aunque tenía diez años más que yo, había en él un aire joven y relajado.

Kristen me llamó la atención y me di cuenta de que era momento de empezar a caminar, y que probablemente había comenzado la marcha nupcial.

Di pasos hacia el altar y Jefferson tomó mis manos cuando me detuve frente a él.

—Estás hermosa.

—Gracias.

Jefferson hizo un gesto con la cabeza para que me girara a mirar al oficiante, un hombre bajo y calvo que debía tener cerca de cincuenta años. Comenzó la ceremonia y, mientras me miraba, pude leer sus labios y entender de qué hablaba.

Nuestros votos fueron rápidos y convencionales. Jefferson y yo ni siquiera nos conocíamos bien, pero escucharlo decir que me protegería y cuidaría me hizo creer en cada palabra.

—Puedes besar a la novia —dijo.

No esperaba esa parte y pensé que había leído mal las palabras del hombre.

Esa parte era una porción del rito de la boda, pero yo me había olvidado de ella, o al menos, creía que la suprimirían, ya que todos sabían el motivo real de aquella ceremonia.

Jefferson tomó mi cintura y me giró hacia él. En cuanto mis ojos se encontraron con el verde intenso de los suyos, mi corazón volvió a acelerarse.

—¿Puedo? —Solo movió los labios, sabiendo que eso bastaba para hacerse entender, y yo solo asentí.

Jefferson inclinó la cabeza hacia mí. Esperaba un beso rápido y casto, solo un roce leve en los labios, como Jonathan solía hacer conmigo. Pero cuando sus labios tocaron los míos, lo que sentí fue mucho más intenso. Sus manos apretaron mi cintura y el peso de su beso me quitó el aliento. Inclinó la cabeza y dejó que su boca encajara perfectamente con la mía. Jefferson tocó mis labios con la lengua y solté un suspiro suave, lista para apartar el beso. Sin embargo, antes de que su lengua entrara en mi boca, se apartó.

Por poco pierdo el equilibrio y tuve que apoyarme en el altar. Había dado algunos besos más intensos en la secundaria y la universidad, pero no recordaba que pudieran causar ese efecto.

Aunque fue una ceremonia sencilla, fue acogedora. Cuando terminó, al mirar el banco detrás de mí, vi a Kristen conteniendo las lágrimas. No sabía si estaba emocionada o molesta, pero la sonrisa que me dirigió después me hizo pensar que estaba feliz.



Jefferson

Capítulo quince

Levanté la copa y la choqué con la de Clare para que el fotógrafo pudiera captar el momento. Pensaba que mi madre había exagerado mucho para una boda que todos ya sabían que era solo una farsa. Sin embargo, la dejé encargarse de los detalles como quisiera y no podía quejarme. Ella me dijo que el fotógrafo era para que pudiéramos recordar ese instante. Seguro ella tenía más fe en que querríamos recordarlo que yo.

Delante de Clare, todavía sentía el sabor de su boca, pero luché contra esa sensación mientras tomaba otro sorbo de champaña. Había sido solo esa vez y formaba parte del ritual de la boda. No iba a repetirse, no necesitábamos que se repitiera.

—¿Trajiste la maleta con tu ropa? —Me detuve justo frente a Clare para que pudiera ver mi boca.

—Creo que mi mamá se la entregó al chofer. ¿Vamos a vivir aquí? Me llevé mis cosas, pero ni siquiera las he desempacado, así que será fácil simplemente traerlas de vuelta. Aunque estaba pensando que, ya que todos saben que nos casamos por el testamento de Jonathan, ni siquiera necesitamos vivir juntos.

La miré fijo mientras la última frase de ella resonaba en mi cabeza, *ni siquiera necesitábamos vivir juntos*... No había pensado

en esa posibilidad y yo había hecho otros planes para nosotros. Jonathan quería que yo la protegiera, pero ¿cómo iba a hacerlo si ni siquiera ella estaba cerca mío?

Confieso que odiaba que toda esa mierda se hubiera hecho pública. Todo ese lío, y sobre todo los fotógrafos, me tenían muy irritado. Si ya era bastante difícil establecerme en la presidencia de la empresa antes, la cosa no hacía más que empeorar.

—Compré un departamento cerca de Athena, será más fácil para ir a trabajar.

—¡Ah! —Clare se sorprendió con la noticia.

—Pensé que sería bueno tener un lugar nuestro, sin tantas cosas que nos recuerden a Jonathan. A mamá no le gustó mucho la idea al principio, pero al final lo entendió.

—Será bueno vivir cerca de Athena. Pierdo mucho tiempo en el autobús.

—Lo pensé.

—Pero los departamentos allá son carísimos.

—Sabes que el dinero no es un problema, pero veremos si la empresa sobrevive a este terremoto.

—Vas a poder con esto.

—Eso espero.

—En algún momento se inventarán otro tema y acabarán olvidándose del testamento y de nosotros.

—Eso espero. Pero mientras dure el lío, pensé que podríamos pasar unos días en Australia.

—¿Australia?

—Sí. —Me reí de su sorpresa.

—¿Qué vamos a hacer en Australia?

—Nuestra versión de luna de miel. Estuve ahí el año pasado y conocí varias islas hermosas. Será bueno salir un poco y despejarnos mientras encuentran otro tema de qué hablar.

—¿En serio me vas a llevar de viaje? —Ella seguía sorprendida.

—¿No quieres?

—¿Y Athena?

—Esos molestos directores pueden manejar todo por unos días. Además, puedo atender algunas llamadas y participar en reuniones a distancia. Solo serán unos días.

Ella miró hacia un lado, hacia arriba, hasta que finalmente volvió a mirarme y asintió con la cabeza.

—Nunca he ido a Australia.

—Me lo imaginaba. Ahora ve por tu maleta, cámbiate que nuestro vuelo sale en dos horas. —Miré mi reloj de pulsera.

—¿Ya?

—Soy un hombre más práctico de lo que crees.

Ella rió antes de hacer un gesto para que las madres la acompañaran al interior de la casa. Yo estaba a punto de seguirlas, también quería quitarme ese traje y ponerme algo más cómodo antes de ir al aeropuerto, pero mi madre se cruzó en mi camino y se paró frente a mí.

—¿De verdad no se van a quedar aquí? —Cruzó los brazos y me miró con una expresión decidida.

—Sabes muy bien lo del departamento.

—Pensé que podrías cambiar de opinión.

—Mamá...

—Está bien. Tener un lugar solo para ustedes les hará bien a los dos. Podrán tener más intimidad.

—Como si necesitáramos ese tipo de intimidad. —Rodé los ojos y me metí las manos en los bolsillos.

—Clare es una mujer hermosa.

—Pero fue la esposa de mi hermano.

—Olvida ese detalle, ahora es tu esposa. Pueden hacer que esto funcione.

—Sabes que ese deseo es utópico.

—Jeff...

—No tenemos que preocuparnos por eso, mamá. Todos ya saben que nos casamos por el testamento de Jon, no necesitamos esforzarnos en fingir nada. Odio todo ese acoso, pero al menos tiene un lado positivo.

—No te estoy pidiendo que finjas nada.

—Qué bueno. —Tomé su rostro y le di un beso en la mejilla antes de esquivarla y entrar a la casa a quitarme el traje.

El tiempo que pasaríamos fuera del país sería bueno para mí y para Clare. Sin todo ese acoso de los medios queriendo saber qué pasará con el acuerdo del matrimonio, sería mucho más fácil encontrar nuestro nuevo camino juntos. Al menos, eso era lo que yo ingenuamente creía.



Clare

Capítulo dieciséis

Mi madre nunca tuvo mucho dinero, vivíamos con lo justo y yo empecé a trabajar en Athena a los dieciocho años para pagar mi universidad. Allí conocí a Jonathan, y después de eso pude viajar y conocer un poco del mundo. No puedo negar que él me llevó a muchos lugares, ya fuera por trabajo o simplemente porque quería ir. Cuando nos casamos, los viajes se volvieron más frecuentes. Era algo que a él le encantaba hacer y terminaba arrastrándome con él. Fue genial y divertido.

Me di cuenta de que Jefferson tenía eso en común con su hermano: le gustaba conocer nuevos lugares. Debería ser obvio, ya que pasó cinco años haciéndolo, viajando. Sin embargo, admito que me sorprendió cuando dijo que íbamos a Australia.

La idea llegó en un buen momento, aunque yo estaba muy preocupada por Athena. Alejarnos podría ser la mejor opción para que los reporteros dejaran de hablar de nosotros, del testamento y del matrimonio. Esperaba que pronto los chismes tomaran otro rumbo y Athena volviera a aparecer solo en las secciones de negocios.

Después de horas de conexiones, bajamos en el aeropuerto de la Gran Barrera de Coral, en la Isla Hamilton, que pertenece a un archipiélago australiano, Queensland. El clima tropical con un cielo

muy azul y pocas nubes me recordó al Caribe, pero por el dolor en mis espaldas y el cansancio, sabía que estábamos mucho más lejos.

Volteé rápido el rostro cuando sentí la mano de Jefferson deslizarse sobre la mía y sus dedos cerrarse alrededor de los míos.

—¿Qué estás haciendo?

—Déjame cargar la maleta por ti.

—No hace falta.

—Insisto.

—¿Vas a cargar las dos?

—Sí.

—No sabía que eras tan caballero.

—Aún tienes mucho por descubrir de mí.

Me sentí un poco incómoda y me puse a su lado para caminar juntos, pero di por terminada la conversación.

Cruzamos la recepción del aeropuerto hacia la zona de desembarque. Era mucho más pequeño que los que había visitado en Estados Unidos, pero proporcional al flujo de personas que pasaban por ahí.

Cuando las puertas se abrieron, vi a un hombre con un cartel que decía señor y señora Miller. Estaba acostumbrada a que me llamaran así, pero en ese momento entendí que tenía otra

connotación: ya no era la esposa de fachada de mi mejor amigo, sino el peldaño para que Jefferson alcanzara la presidencia de Athena.

El chofer habló con Jefferson, pero no entendí porque ambos estaban de espaldas a mí; sin embargo, no parecía nada importante. El hombre abrió el maletero y mi esposo puso ahí nuestras maletas.

Mi esposo... Ese pensamiento sonó raro mientras miraba su espalda bien definida cubierta por una camisa polo blanca. Imaginaba que, como era la primera vez, me tomaría tiempo acostumbrarme a llamarlo así.

Jefferson me tendió la mano y me acompañó hasta el interior del coche que nos llevaría al hotel donde nos hospedaríamos los próximos días.

Me acerqué a la ventana y me puse a observar el paisaje. Por más que San Francisco tenga playas y yo vaya con cierta frecuencia a ver la bahía del Presidio, ese clima de lugar paradisíaco era muy distinto, con sus palmeras, la arena dorada y el cielo muy azul.

El coche se detuvo frente al hotel y estaba tan distraída que solo me di cuenta de que habíamos llegado cuando Jefferson me tocó el hombro con suavidad e hizo un gesto para que lo siguiera hacia la recepción.

El lugar era muy luminoso, con un mostrador blanco al fondo, decorado con rayas verticales azules, donde había dos recepcionistas

con uniformes del hotel. Nos acercamos y vi que Jefferson hablaba con ellas, porque le respondían, pero solo escuchaba parte de la conversación, ya que estábamos uno al lado del otro y no podía leer sus labios. Él les entregó nuestros pasaportes y llenó algunos documentos antes de recibir dos sobres.

Luego volvió a mirarme y movió la cabeza para que lo siguiera. Caminamos juntos por un largo pasillo hasta llegar a unas puertas. Jefferson me entregó uno de los sobres y luego señaló su boca para que prestara atención a lo que decía.

—Este es tu cuarto. Yo voy a estar justo al lado. Si necesitas algo, solo toca mi puerta.

—¡Okay!

—Imagino que estás cansada por el viaje, igual que yo. Pensé que podríamos descansar un poco y luego encontrarnos para cenar. —Sacó el celular del bolsillo y revisó algo en la pantalla—. ¿A las siete de la tarde aquí en el pasillo te parece bien?

—Sí.

—¡Perfecto! —Sonrió y se inclinó hacia mí.

Pensé que iba a besarme en los labios y se me secó la boca y la garganta. Pero solo me dio un beso rápido y casto en la mejilla. Después hizo un gesto para animarme a entrar al cuarto.

Con una sonrisa un poco forzada, abrí el sobre, saqué la tarjeta de la habitación y la pasé por encima de la cerradura. Miré a Jefferson, él también había abierto la puerta de su cuarto y me esperaba para que entrara. Asentí con la cabeza una vez más antes de meterme.

Mi maleta estaba al lado de un armario y probablemente la había traído un botones mientras Jefferson discutía los detalles de nuestra estancia. Observé la habitación y me encantó la vista al mar. Todos los muebles y las paredes eran claros, combinados con detalles en azul oscuro, como los marcos de un cuadro, las fundas de las almohadas y un cojín en un sillón. Faltaba una de las paredes, pero el espacio podía cerrarse con dos puertas de madera. Ese espacio daba a un pequeño jardín, con césped y arbustos, donde había una reposera para recostarme y admirar el mar frente a mí.

Había estado en muchos lugares bonitos en la vida, pero ese era simplemente increíble. Me tiré en la cama e inspiré la brisa fresca que venía del mar. Las horas de vuelo y las conexiones habían sido agotadoras, pero ese lugar recargaba las energías de cualquiera.

Sentí vibrar mi celular en la bolsa y lo saqué para atender una videollamada de mi madre.

—Clare, ¿cómo estás?

Me senté al borde de la cama y acerqué el teléfono a mi cara para que ella pudiera verme mejor.

—Estoy cansada, pero bien.

—¿Cansada?

—Sí, del vuelo.

—¿Acaban de llegar?

—Sí, hace muy pocos minutos. Apenas puse un pie en la habitación antes de que me llamaras. —Reí.

—¡Ah! —exclamó, un poco incómoda—. ¿Dónde está Jefferson?

—En la habitación de al lado. Vamos a encontrarnos en unas horas para cenar juntos.

—¿En la habitación de al lado? —repitió sorprendida.

—Sí.

—Mejor así.

—No tienes que desconfiar tanto de él, mamá.

—Ya veremos con el tiempo.

—Vamos a vivir juntos, es de esperar que nos llevemos bien.

—Estoy deseando que así sea, hija, pero no puedo evitar preocuparme. Eso es cosa de madres.

—Lo sé.

—Qué bueno. Espero tanto que seas feliz. Ese matrimonio falso no era lo que quería para ti. ¿En qué estaba pensando Jonathan?

—¡Mamá!

—Pensaba que era un buen hombre, pero tiene que ser muy celoso para no querer que conozcas a otra persona.

—Mamá, no es así... —Dudé. El hecho de que Jonathan fuera gay era un secreto nuestro, ni siquiera mis madres sabían que no teníamos un matrimonio real.

—Todavía eres tan joven, Clare. Deberías encontrar a alguien más y ser feliz, enamorarte y que te amen, no que te manipulen por el futuro de una empresa.

—Jefferson y yo vamos a ser amigos y todo va a salir bien, mamá.

Ella frunció los labios, mostrando su descontento. No quería explicarle mi relación con Jonathan en ese momento. Después de que él murió, no necesitaba contar a todo el mundo sobre su orientación sexual.

—Voy a estar bien, mamá.

—Estás tan lejos que me preocupo aún más, porque no puedo salir corriendo a ayudarte si me necesitas.

—No necesito que me rescates. —Reí.

—Espero que no. ¿Me prometes que no vas a desaparecer ni a preocuparme?

—Lo prometo.

—¡Perfecto! Te amo, Clare.

—Yo también te amo. —Le mandé muchos besos al teléfono antes de colgar.

El avance de la tecnología había ayudado mucho, la videollamada me permitía leer sus labios como en una conversación cara a cara.

Puse el celular sobre la mesa de noche y fui hacia mi maleta. Colgué la ropa en el armario y volví a la cama. Dormí por menos de una hora antes de ir a tomar una ducha.



Jefferson

Capítulo diecisiete

En el celular, leía uno de los muchos artículos que habían salido sobre mí durante la semana. Era como si no hubiera ningún otro escándalo del que hablar.

¿Será que el matrimonio del heredero de Athena garantizará el futuro de la empresa?

Esa era una pregunta que muchos se hacían mientras especulaban sobre mi unión arreglada con Clare.

En algunos sitios había fotos de ella saliendo de casa con un vestido modesto de novia; en otros incluso mostraban imágenes de la ceremonia, que ni siquiera sabía cómo habían conseguido. ¿Habría algún fotógrafo trepado en un árbol del vecino o usando un dron para capturar el momento?

Arrojé el celular a la cama y respiré hondo. No debería estar leyendo esos reportajes, pero era más fuerte que yo. Ellos especulaban sobre mi futuro, mi empresa y mi matrimonio.

Matrimonio...

Todavía me parecía una locura mirar mi mano y ver que llevaba una alianza. Me había convertido en un hombre comprometido en menos de un mes después de regresar a casa. Era algo que me estaba robando las noches de sueño y la cordura. Me había acostado para descansar un poco, pero solo podía pensar en mi esposa en el cuarto de al lado.

Clare no era solo una desconocida que de repente se había vuelto mi obligación, sino que también había sido la esposa de mi hermano. Había una historia con Jonathan que solo hacía todo aún más confuso.

Mi celular comenzó a sonar y lo tomé. Lo apagué antes de contestar cuando vi que era Briana. Ella me llamaba seguido desde que regresé y evitarla era todo lo que había hecho. Ya tenía suficientes problemas sin ella.

Dejé el teléfono en la cama y me quité la ropa, dejando la camisa y el pantalón sobre el sillón antes de entrar al baño. Me saqué la ropa interior y entré a la ducha. Apenas giré la llave, el agua tibia empezó a deslizarse por mi cuerpo.

Apoyé la cabeza en el azulejo mientras respiraba profundo.

Quería que la situación fuera más simple. Deseaba que mi hermano pudiera seguir vivo, y anhelaba estar perdiéndome en el Océano Índico dentro de mi barco, pero tal vez eso seguiría siendo demasiado fácil para mí. Jonathan decía que yo no podría huir para

siempre, y parecía que esa era su forma de, incluso después de la muerte, demostrar que tenía razón.

Me sequé con una toalla blanca que estaba doblada sobre la repisa del lavabo y salí sacudiendo el cabello como un perro mojado hasta alcanzar ropa limpia en mi maleta. Elegí un short blanco y una camisa gris. La ventaja de estar lejos de Athena era no tener que encerrarme en la rigidez del traje.

Tomé el celular de la cama para ver la hora y noté que Briana me había llamado cinco veces más, además de una llamada perdida de mi madre, a la que devolví la llamada.

—Hola.

—Jefferson, ¿estás bien?

—Sí, mamá.

—¿Ya llegaron al hotel?

—Hace unas horas.

—¿Cómo está Clare?

—La dejé en su cuarto para que descansara.

—¡Ah, está bien! ¿No van a hacer nada para aprovechar el lugar?

—Vamos a cenar en un rato.

—¡Perfecto! Disfruten mucho el viaje. Aléjense del celular.

—Va a ser difícil si sigues llamándome.

—¡Perdón! —Rió nerviosa—. Los dejaré disfrutar la luna de miel.

—Mamá...

—Nos vemos, Jeff. Cualquier cosa me llamas.

Colgó antes de darme chance para responder algo más.

Disfruten la luna de miel... esa frase retumbaba en mi cabeza.

—Como si fuera un matrimonio de verdad. —Bufé en voz alta.

Volví al baño y me paré frente al espejo, acomodándome el cabello con los dedos, peinándolo hacia atrás.

Tomé el celular otra vez y vi que faltaban solo unos minutos para la hora que había acordado con Clare. Metí el teléfono en un bolsillo y la billetera en el otro antes de salir del cuarto. Me apoyé contra la pared del otro lado del pasillo y esperé a que ella saliera.

Puntualmente, Clare salió. Llevaba un vestido floreado, con pequeñas rosas rojas, tan liviano que se movía con sus movimientos. Su cabello caía sobre los hombros y enmarcaba su rostro delicado y angelical.

—¿Llegué tarde?

Negué con la cabeza y mi primer impulso fue ofrecerle la mano. En el fondo, sentía un extraño y peligroso deseo de acercarla y besarla, tal como en nuestra ceremonia de matrimonio, pero

pronto recordaba que no podía y reprimía ese impulso, hundiéndolo bajo una serie de otros sentimientos, empezando por la culpa de no haber estado con Jonathan en sus últimos momentos.

—Vamos a cenar.

Ella asintió.

Señalé el pasillo e hice un gesto para que ella fuera delante. Caminamos hacia el restaurante del hotel, que estaba muy bien iluminado y tenía una hermosa vista hacia un muelle donde había varios yates.

—Este lugar es muy bonito —dijo Clare, mientras se acomodaba en una silla que yo había corrido para ella.

—Imaginé que te gustaría —respondí, cuando ya me había sentado frente a ella para que pudiera mirarme.

—¿Has venido aquí antes?

—Sí. Hace un año, anclé en ese muelle. —Señalé—. Estaba conociendo el archipiélago y pasé dos días en cada una de las islas.

—Debe haber sido un gran viaje. —Sus ojos azules brillaron con curiosidad.

—Ni te imaginas.

Un mesero se detuvo junto a nosotros con un dispositivo digital para tomar nuestra orden.

—¿Qué desean comer?

Toqué la mano de Clare, que tenía la cabeza baja y no había notado al mesero. Me miró a mí antes de voltear la cabeza para fijarse en el hombre.

—No hemos tenido tiempo de ver el menú, ¿podría darnos unos minutos? —le dije, mientras sacaba la carpeta de cuero donde me había apoyado. El enfoque principal era en mariscos, como en varios otros lugares similares que conocí durante mis viajes.

—Regreso en unos minutos.

—Gracias.

—¿Qué dijo? —Clare tocó mi mano para que volviera a mirarla. Cada vez que nuestros ojos se cruzaban así, sentía que me costaba un poco más respirar. De todas las mujeres del mundo, ella era la última que debería despertar en mí semejante atracción.

Discretamente retiré mi mano para que no notara cuánto me desestabilizaba.

—Quería saber qué vamos a comer —dije, sacando el menú, y ella hizo lo mismo, bajando la mirada para revisar las opciones—. Esta sopa de mejillones es muy sabrosa. Creo que es una buena opción para cenar.

Ella siguió mirando el menú y noté que no había entendido ni una palabra después de apartar su mirada de la mía. Por más que mi interior me alertaba para evitar el contacto, era casi imposible con su sordera, porque Clare necesitaba mirarme para saber lo que decía.

Deslicé mi mano suavemente sobre la suya, llamando su atención y al mismo tiempo disfrutando de la suavidad de su piel, antes de señalar mi sugerencia en el menú.

Clare me miró y usó el lenguaje de señas. Negué con la cabeza y ella rió al darse cuenta de que no había entendido nada.

—Te pregunté si ya la habías probado.

—Sí. Está muy buena.

—Entonces pediré una.

—Voy a pedir dos al mesero. —Hice un gesto para que el hombre se acercara y hablé con él mientras anotaba nuestro pedido.

Repetí algunas de sus preguntas para Clare, para que ella pudiera elegir su bebida y la entrada.

—Vas a tener que tener un poco de paciencia conmigo —dijo, justo cuando el mesero se alejó de nosotros.

—¿Por qué?

—En momentos como este, la gente me escucha hablar y no se da cuenta de que soy sorda. Algunos se molestan cuando les pido que repitan mirándome a mí.

—Puedo ser bastante paciente. —Extendí la mano y acaricié su rostro, deslizando los dedos por un lado de su cara y acomodando un mechón detrás de su oreja.

¿Qué estoy haciendo? Aparté la mano, alejándome lo más rápido posible cuando me di cuenta de lo que acababa de pasar.

—Perdón, solo quería decir que no me molesta repetir.

—Gracias. —Noté que sus mejillas se pusieron un poco rojas.

—Estoy aquí para cuidarte. Eso me pidió Jonathan.

—Sí.

El ambiente de nuestra conversación se volvió completamente extraño y estaba seguro de que la culpa era mía. De ninguna manera debería haber tocado su rostro, pero fue un acto involuntario que solo noté cuando ya era demasiado tarde. Jonathan me había pedido que la cuidara. Clare podía ser una mujer que necesitara protección, pero yo no la miraba con lástima. En realidad, la admiraba. No sabía si podría enfrentar la vida con tanta naturalidad si me hubiera quedado sordo.

El mesero trajo nuestros pedidos y me sentí agradecido, porque su presencia disipó un poco la incomodidad que había en nuestra mesa.

Clare comió la ensalada mientras tomaba un poco de jugo. Yo bebía un poco de vino y esperé a que ella me mirara antes de hablar.

—¿No quieres un poco de vino?

—No bebo.

—¿Por el accidente?

—No.

—¿Puedo saber o prefieres no hablar de eso?

Ella se movió en la silla y noté que el tema la incomodaba bastante. Pronto me arrepentí de haber preguntado, no quería causarle más situaciones incómodas.

—¡Olvídalo! Perdón por ser invasivo.

—No, está bien. Espero que seamos amigos, y para eso es normal compartir detalles de nuestras vidas.

—Sí, amigos... —Esa palabra me sonó rara en la boca. Jonathan debería conocerme mejor y saber que iba a fracasar miserablemente en esa misión.

No era el momento para que Jonathan se fuera. Athena y Clare estarían mucho mejor con él.

—Desde que era muy pequeña, al menos es todo lo que recuerdo, mi papá bebía mucho. Ya era desequilibrado cuando estaba sobrio, pero cuando se emborrachaba, llegaba a casa completamente fuera de sí, nos golpeaba a mí y a mi mamá. Yo tenía como nueve años cuando lo arrestaron una vez por violencia doméstica, lo denunció un vecino. Mamá pensó que mejoraría, pero volvió aún peor. Le costó mucho divorciarse, pero afortunadamente él se fue y nunca más volvió a nuestras vidas.

—Lo siento mucho. —Me sorprendió darme cuenta de que ella había sufrido mucho más de lo que imaginaba.

—Está bien, pero me prometí a mí misma que nunca me emborracharía como él.

—Después Jonathan se emborrachó y ocurrió el accidente...

—Fue una triste coincidencia. —Bajó la mirada, dejando clara su tristeza.

Le levanté la mano y ella se echó hacia atrás en la silla, extrañada por mi gesto repentino. Asentí y el mesero volvió a acercarse a nuestra mesa.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor?

—Llévate el vino y tráeme un jugo de naranja.

—¿No le gustó el vino, señor? Es una de nuestras mejores cosechas, pero puedo traerle otra botella.

—Prefiero un jugo, pero no te preocupes, puedes cobrar la bebida en la cuenta.

—¿Está seguro?

—Segurísimo.

—¿Qué hiciste? —preguntó Clare, al ver que el mesero retiraba la botella de vino y la copa que estaba medio llena.

—Le pedí que quitara el vino y que me trajera un jugo.

—No hacía falta.

—No quiero traerte malos recuerdos.

—No es para tanto. —Ella volvió a mover el cabello y noté que estaba inquieta—. No tienes que dejar de beber por mi culpa.

—No es un gran sacrificio. También me encanta el jugo de naranja. —Tomé el vaso de la mano del mesero y bebí un poco con el sorbete.

Clare volvió a sonreír, de un modo ligero y contagioso.

—Ahora cuéntame un poco de ti.

—¿De mí? —Señalé mi pecho y ella asintió—. Soy la oveja descarriada de la familia, el cobarde que huyó y del que todo el mundo habla en este momento.

—¿Y es cierto?

—Depende del punto de vista.

—Cuéntame el tuyo.

—A veces, que tu papá sea dueño de una gran empresa es un fastidio. —Hice una mueca y ella se rió—. Todos esperan que te involucres en los negocios familiares, como si fuera una obligación. Pero hay personas que solo quieren ser libres y hacer cualquier otra cosa que no sea seguir el camino de sus padres.

—¿Entonces no te gusta trabajar en Athena?

—¿Quieres que sea sincero?

Ella asintió.

—No sé. Cuando era más joven, sentía que Athena era solo el trabajo de mi papá y el legado de mi abuelo. Es complicado...

—Explícate.

—Pasé cinco años tratando de encontrar mi lugar, mi propósito. Incluso trabajé en misiones humanitarias en algunos lugares de África.

—¿Y lo encontraste?

—No. —Admití con cierta tristeza—. Tal vez mi lugar siempre haya estado en San Francisco y no me di cuenta.

—A veces necesitamos alejarnos para ver la situación desde otro ángulo.

—Es una forma de decirlo. Si me hubiera quedado, Jonathan...

—Si yo hubiera esperado un poco más ese día en el bar, el camión no nos habría chocado —me interrumpió—. No se puede cambiar lo que ya pasó, Jefferson.

—Tienes razón. —Tomé otro poco de jugo antes de volver a la sopa.

Dejé que Clare se concentrara en la comida e hice lo mismo. Cuando terminamos, nos levantamos y fuimos a nuestras

habitaciones. Nos detuvimos frente a las puertas y ella volvió a mirarme.

—Buenas noches.

—Buenas noches para ti también. —Sonreí—. Estaba pensando en hacer un paseo mañana temprano, ¿qué te parece?

—¿Paseo por dónde? Solo la vista desde la habitación ya es hermosa.

—¿Puedo darte una sorpresa?

Ella mordió el labio y me miró durante unos segundos.

—Sí, puedes...

—¡Genial! Nos vemos mañana. —Tomé la manija y esperé a que ella cerrara la puerta para yo cerrar la mía.

Me gustaba la compañía de Clare. Aunque era mucho más joven, no me sorprendía que Jonathan se hubiera enamorado de ella. No debería ser difícil mantener una relación saludable entre nosotros dos.



Clare

Capítulo dieciocho

Me desperté con el sol de la mañana entrando por las rendijas del cierre de madera que separaba la habitación del área verde con vista al mar. Había un muro alto de arbustos que cerraba ambos lados y aseguraba la privacidad entre una habitación y otra, haciendo el ambiente muy acogedor.

Elegí unos cómodos pantalones cortos y una camiseta para pasar el día, acomodé mi cabello y me cepillé los dientes antes de salir del cuarto. Jefferson salió de la suite justo en ese momento y terminamos chocando. Él sujetó mi brazo con una mano y con la otra mi cintura para que no me cayera hacia atrás.

Levanté la cabeza para leer sus labios por si decía algo, pero solo con eso bastó para que nuestras miradas se cruzaran y yo me sintiera aún más incómoda. Mi corazón se aceleró, los labios se me secaron y mi respiración se hizo más difícil mientras sentía que la suya se mezclaba con la mía.

—Clare... —Sus labios se movieron lentamente.

—¿Sí?

—¿Estás bien? —Se apartó y me apoyé contra la puerta del cuarto.

Solo afirmé con la cabeza.

—¿Vamos a desayunar?

—Sí.

—Mi mamá llamó y te manda saludos.

—Gracias.

—¿Dormiste bien? —Noté que intentaba sacar cualquier tema para romper el clima raro y se lo agradecí por dentro.

—Sí, la cama es muy cómoda.

—Me alegra. —Hizo un gesto con la mano para que yo pasara delante.

Caminé con Jefferson hasta llegar al restaurante del hotel. Él me corrió la silla y esperó a que me acomodara. Podrían hablar mal del hermano menor, pero evidentemente mi amigo Jonathan no era el único caballero.

Pedí frutas con un panqueque y él ya había elegido waffles con tocino, una comida fuerte que imaginé que era para prepararnos para el día que tendríamos. Estábamos en una isla paradisíaca, había mucho por hacer y explorar.

Jefferson se levantó cuando terminé de comer y me ofreció la mano. No lo pensé antes de aceptarla y solo me di cuenta de que íbamos tomados de la mano cuando caminábamos hacia la recepción del hotel. Mi primer impulso fue soltarla, pero estaba tan cómoda que traté de no preocuparme. No había nada de malo en que

estuviéramos así, Jonathan y yo lo hacíamos todo el tiempo. Me convencí con esa idea para no preocuparme por lo que, quizás, empezaba a nacer en mí y que iba mucho más allá de una simple amistad.

Llegamos al césped frente al hotel y seguimos caminando. Jefferson me llevó hasta un costado del edificio y nos encontramos con un pequeño helipuerto, donde un hombre esperaba junto a un helicóptero.

—¿Qué es eso? —Hice lenguaje de señas, olvidando que Jefferson no las entendía, pero siempre me pasaba cuando me asustaba o me ponía nerviosa. Y en ese momento, sentía ambas cosas.

Jefferson soltó mi mano y giró mis hombros para que quedáramos frente a frente.

—¿Por qué hay un helicóptero? —pregunté en voz alta para que entendiera.

—Es nuestro paseo de la mañana. ¿Tienes miedo?

—No, solo me sorprendí.

—Si es una buena sorpresa, entonces acerté.

Sonreí, con algo de timidez.

Volvió a tomarme de la mano y me llevó más cerca del helicóptero. Por sus gestos, noté que estaba conversando con el

piloto antes de que este abriera la puerta para que subiéramos al asiento trasero. Nos entregó dos protectores auditivos y me puse el mío al mismo tiempo que Jefferson hacía lo mismo. Me sorprendí cuando volvió a tomarme la mano, entrelazando sus dedos con los míos. Pensé que tal vez esta vez mi corazón no se desbocaría, pero me equivoqué. Aunque entendí que solo quería mostrarme cómo colocarme el cinturón de seguridad, y me lo puse después de conseguir sacudirme toda la vergüenza.

Jefferson se sentó a mi lado y noté que la aeronave comenzaba a elevarse. Las ventanas del helicóptero eran grandes y la parte frontal completamente de vidrio, lo que nos daba una vista privilegiada del lugar. Apenas comenzamos a subir, el helicóptero se dirigió hacia el mar y pudimos disfrutar de una vista impresionante.

Tomé la mano de Jefferson por reflejo y me incliné hacia la ventana. Desde esa altura, el océano no era para nada uniforme: había tonos verdes, azules claros y otros más oscuros en el agua. Una línea visible parecía dividirlo en dos y supuse que era una pared de coral. El paisaje era increíble, no había palabras para describir lo emocionada y maravillada que me sentía. Ya había conocido muchos lugares hermosos en el mundo, pero este tenía un significado muy especial.

Jefferson señaló los peces que podían verse desde arriba cuando sobrevolamos una piscina de corales. Parecía que estábamos tan cerca que, si abría la puerta, podría tocarlos... pero solo era una

ilusión. Jefferson seguía señalando cosas y yo me inclinaba más sobre él para ver.

Recordaba los helicópteros de antes de quedarme sorda y sabía que eran muy ruidosos. Sentía que dentro de esa aeronave, Jefferson y yo estábamos en igualdad de condiciones.

Mi mamá le tenía miedo y, admito, yo también. Pero con cada momento que pasábamos juntos, más me convencía de que Jefferson no era como lo pintaban los demás. Era un hombre divertido, atento y con muy buenas ideas para salir a pasear.

Si Athena no nos necesitara tanto, no tendría ninguna queja en quedarme en ese paraíso para siempre.

El helicóptero sobrevoló la isla, permitiéndome admirar muchísimas bellezas naturales antes de que regresáramos al helipuerto.

Jefferson me ayudó a bajar y le devolvió los protectores auditivos al piloto antes de que nos alejáramos un poco de las hélices.

—¿Qué te pareció? —preguntó, cuando nos detuvimos frente a frente.

—Me encantó. —Rodeé su cuello con los brazos y lo abracé por puro reflejo.

Jefferson me devolvió el abrazo Un brazo rodeó mi cintura y la otra mano subió hasta sostenerme la nuca.

Puede que no oyera ni un solo sonido que él emitiera, pero sentí con total claridad el calor de su piel contra la mía, los latidos de su corazón y su respiración suave cerca de mi oído mientras me abrazaba, como si no hubiera ninguna razón para soltarnos. Me sorprendió lo mucho que deseaba quedarme envuelta en sus brazos de esa forma.

Jefferson no se apartó, así que me tocó a mí separarme del abrazo que yo misma había iniciado.

—Perdón.

—¿Por qué? —Sonrió, y sus ojos verdes brillaron aún más.

—No debería...

—Solo fue un abrazo.

—Sí, solo un abrazo.

—Puedes abrazarme cuando quieras.

—Gracias.

—Ven, vamos a almorzar. —Volvió a tomarme de la mano y entramos al hotel.

Mi corazón seguía desbocado y traté de convencerme de que era solo por el paseo increíble que acabábamos de tener.



Jefferson

Capítulo diecinueve

Caminé de un lado a otro del cuarto mientras pensaba en el día que había pasado con Clare, el paseo en helicóptero y la tarde en la playa. Nos estábamos llevando muy bien y, al mismo tiempo, conociéndonos más.

Solo no entendía por qué me sentía tan asustado con el rumbo que estaba tomando nuestra luna de miel. Deberíamos cultivar una amistad, eso era bueno, pero algo que no estaba bien era mi deseo de tocarla cada vez que podía, de aprovechar el abrazo, su aroma, su calor. Incluso su voz arrastrada cuando dudaba sobre lo que decía.

Respiré hondo. Tendría que aprender a manejar todo esto si quería convivir con ella, no solo esos días en la isla, sino también los que pasaríamos casados.

Me apoyé sobre el lavabo del baño, abrí el grifo y me eché un poco de agua en el rostro. Tal vez al día siguiente sería mejor que cada uno se quedara en su respectiva habitación. Podría decir que tenía documentos de Athena por leer, porque realmente había mucho trabajo pendiente. Pero, ¿alejarla sería la mejor forma de protegerla? ¡Estaba tan confundido!

—Jonathan, ¿por qué hiciste eso? —Golpeé el lavabo de mármol y los dedos me dolieron.

Enfocarme en Athena y tener una relación cómoda y amigable con Clare no debería ser tan difícil como estaba siendo.

Escuché un golpe en la puerta y me sequé la cara con la toalla antes de ir a abrir.

Me encontré con Clare parada en medio del pasillo. Tenía los brazos cruzados frente al cuerpo y una sonrisa ingenua. Su expresión dulce me encantaba cada vez más, y eso no ayudaba.

—Dijiste que podía venir...

—Claro.

—Mi mamá solo dice que golpeo fuerte porque no puedo oír.

—Eso fue suficiente.

—Tengo hambre, ¿vienes a cenar?

—¡Vamos!

Ella dio un paso atrás y cerré la puerta de la habitación, siguiéndola hasta el restaurante.

—¿Hay alguna opción de plato principal hoy? —Ella tomó el menú, pero me miró esperando mi respuesta.

—Podemos probar algo juntos.

—¡Está bien! —Bajó la cabeza para ver las opciones.

Terminó eligiendo una langosta y pedimos el mismo plato. Mientras comíamos, ella señaló algo afuera.

—¿Qué es eso?

Negué con la cabeza, diciendo que no sabía.

Llamé al mesero, que se acercó rápido.

—¿Qué pasa afuera?

—Tenemos unos días de fiesta con presentaciones de artistas locales. Es para todos los huéspedes, están invitados a participar si quieren.

—Gracias.

El mesero asintió y se alejó.

Llamé a Clare, tomándola de la mano, y se lo repetí.

—¿Vamos? —preguntó ella.

—Es música —dije, comentando lo obvio—. ¿Qué sentido tiene ir allí si no puedes oírla?

—Pero puedo sentirla. El sonido provoca vibraciones y tú puedes mostrarme el ritmo.

—No soy un gran bailarín.

—Yo tampoco. —Ella hizo una mueca que me hizo reír.

No recuerdo otro momento en mi vida en que me haya sentido tan bien cerca de alguien. Había algo en ella que era

contagioso. Tal vez eran las vibraciones que solo ella percibía. Cuando tienes una visión general, es difícil ver lo que está justo frente a ti.

Terminamos la cena y salimos del hotel, dirigiéndonos al muelle donde había un pequeño escenario montado. Un artista cantaba mientras tocaba la guitarra. Era una canción sencilla, pero con un ritmo atrapante. Además de nosotros, había unos quince o veinte huéspedes más. Algunos bebían mientras veían la presentación y otros bailaban.

Jalé a Clare hacia mí y nos pusimos frente a frente. Puse sus manos sobre mis hombros y tomé su cintura. Empezamos a movernos lentamente mientras nos mirábamos. Mi deseo de acariciar su rostro creció cuando comenzó a sonreírme y a moverse más rápido.

—¿Así de lento es?

—Estoy esperando a que te acostumbres.

Menos mal que solo tenía que leer mis labios, porque con el volumen de la música era difícil oír bien.

—Ya me acostumbré.

—¿Ah, sí? —Dejé una mano en su cintura y con la otra la hice girar.

La sonrisa de Clare creció mientras la hacía girar en mis brazos al ritmo de la música. Pronto yo también sonreía mientras la guiaba con el compás, haciendo que la falda de su vestido girara conmigo.

Ella se detuvo con las manos en mi pecho después de otro giro y no pude evitar acariciar su rostro. Clare cerró los ojos y permitió mi toque mientras yo recorría su cara hasta el cuello.

Sostuve su nuca y ella volvió a mirarme. Esperaba que se apartara o, por sentido común, dijera que era mejor regresar a nuestras habitaciones. De repente, sentí una gota de lluvia caer sobre mi cabeza, seguida de otra, y pronto los huéspedes comenzaron a correr. Pero yo estaba como si me hubiera petrificado, porque aunque nos estábamos mojando, no podía pensar en otra cosa que no fuera mirarla.

Alguien corriendo chocó contra nosotros y me empujó. Volví a tomar la cintura de Clare para que no perdiera el equilibrio.

—Llueve... —Por fin dijo algo.

Asentí y tomé su mano. Dimos unos pasos hacia la entrada del hotel hasta que ella se puso a mi lado para esquivar un charco que se había formado rápidamente.

Volví a mirarla, pero la luz de las lámparas no alumbraba bien allí. Sin embargo, podía ver sus ojos y sus labios en la penumbra. Podría enumerar los motivos por los que no debía hacer eso, y eran

muchos, pero simplemente no pensé en nada. Estaba de acuerdo con mi padre cuando decía que yo era impulsivo, porque actué exactamente según mis instintos.

Atraje a Clare por la cintura, rodeé su nuca y la acerqué a mí. La lluvia caía fuerte sobre mis hombros y parecía que no había nadie más afuera cuando llevé su boca hasta la mía. A diferencia del beso que le di en nuestra boda, este estaba lejos de ser casto.

Tan pronto como nuestros labios se encontraron, pedí paso con la lengua y me sumergí en su boca sin pudor alguno. No me importó la lluvia mientras la besaba como un perro hambriento. Subí los dedos por su nuca y los enredé en su cabello, apretando más el beso.

La hice retroceder hasta que su espalda chocó contra una palmera. Las hojas del árbol atenuaban un poco la lluvia, pero aún nos mojaban.

Apreté su cuerpo contra el mío. Mi erección se notaba a través del pantalón mientras abría espacio entre sus piernas con una de las mías. Sus manos resbalaban por mis hombros y tiraban de mi cabello.

Quería más de su sabor, más de su boca, como si me hubiera vuelto adicto antes de probarla.

¿Qué estaba haciendo?

Detuve el beso en cuanto recibí un choque de realidad y me di cuenta de que la estaba apretando contra un árbol en medio de un beso que no debería ni haber empezado.

—Jefferson... —susurró mi nombre.

—Debería haberte protegido y no... —No terminé la frase, pero estaba demasiado oscuro, sospechaba que ni siquiera podía leer mis labios.

Como no obtuve respuesta, lo confirmé.

Tomé su mano y la arrastré dentro del hotel. Ambos mojados, dejamos la marca de nuestros pasos en el pasillo que llevaba a las habitaciones. Ni siquiera esperé a ver si entraba a su cuarto antes de encerrarme en el mío.

—¡Maldita sea, Jonathan! —grité con rabia, mientras maldecía a mi hermano. Lo amaba, pero ese día lo odié—. ¿Por qué me hiciste eso, desgraciado?

No pudo haber pensado en un plan mejor para arruinarme que ese. Debería haber hecho cualquier cosa con Athena, pero no hacer que me casara con una mujer que deseaba, pero que ya había sido suya.

Quería que fuera cualquiera otra, que pudiera mandarlo todo a la mierda, entrar en esa habitación y pasar la noche con ella.

Me acerqué a la pared que separaba nuestras habitaciones y escuché el sonido de la ducha. Por suerte, ella estaba bañándose. Esperaba que no se enfermara por mi culpa, por haberla retenido bajo la lluvia.

Me pasé la mano por los labios, recordando su sabor, y me sentí aún más culpable. Toda la prensa sabía que nuestro matrimonio era un montaje, no necesitaba fingir nada. O tal vez debía, y estaba fallando, porque ya no podía ocultar que me atraía. Probablemente, desde nuestra conversación en la cafetería, verla había trastocado algo dentro de mí, y esa confusión solo empeoraba cada momento juntos.

Golpeé la pared tratando de aliviar mi frustración.

Si Jonathan estuviera vivo, todavía estaría viajando solo de un lugar a otro, sin anillo en el dedo y con una esposa prohibida. Si ese acuerdo de matrimonio había sido hecho para volverme loco, estaba funcionando muy bien.

El sonido de la ducha se detuvo.

Clare...

No debería ser el único confundido con todo esto. Tenía que pedirle disculpas por lo que había hecho, pero no tenía valor para mirarla a los ojos o sospechaba que no haría otra cosa que besarla otra vez.

En ese momento, me di cuenta de que mi hermano no me había dejado un testamento, sino una venganza a la altura de todas las veces que escapé. Me había condenado a convivir con algo que deseaba, que en teoría era mío y que, al mismo tiempo, parecía completamente incorrecto.

Estornudé y me di cuenta de que yo también necesitaba una ducha. Me quité la ropa mojada, la dejé en el suelo y entré al baño.



Clare

Capítulo veinte

Salí del baño envuelta en una bata suave y me tiré en la cama.

Aún estaba sin aliento y confundida por el beso que Jefferson me había dado bajo la lluvia, mi corazón latía con fuerza y no era la única parte de mí que había perdido el control.

Admito que cuando me casé con él, por ser casi desconocidos y especialmente por toda la preocupación y nervios de mi madre, pensaba que ese matrimonio sería una carga pesada. Esperaba encontrar en Jefferson algo parecido a lo que tenía con Jonathan, porque la amistad, la comprensión y el apoyo me harían feliz. Sin embargo, después de esos días juntos, de la danza y de cómo me besó, ya no podía convencerme de que solo la amistad bastaba.

Kirsten dejó claro que quería que entre él y yo hubiera sentimientos de verdad. Conocía lo suficiente a Jonathan para saber que él querría lo que me hiciera feliz, y no me habría casado con su hermano si no esperara encontrar eso.

Dando vueltas en la cama, con el cabello mojado, me di cuenta de que no quería solo una amistad con Jefferson. Si podíamos ser una pareja de verdad, ¿por qué no? *No me habría besado así si no me quisiera también.*

Después de dos años casada con mi mejor amigo, ¿una artimaña suya podría llevarme a estar con un esposo de verdad?

Ya estábamos casados, y eso bastaba para que Jefferson tuviera el control de la empresa. Pero nos tocaba a los dos decidir qué haríamos a partir de ahí.

Toqué mis labios y suspiré, sintiendo el sabor de su beso, recordando cómo encendió mi cuerpo y calentó mi corazón. Pensaba que sería difícil fingir que ese beso no había pasado.

Podría estar equivocada, pero lo que sentía era intenso. Estaba ahí desde nuestra primera conversación. Tenía dos opciones: luchar para mantener una amistad con Jefferson y acabar encubriendo sus aventuras con otras mujeres mientras yo me quedaba sola, o intentar un matrimonio de verdad. Preferí fracasar en la segunda opción a ser solo la amiga de mi esposo otra vez. Jonathan y Jefferson no eran la misma persona, y nuestra relación tampoco sería igual.

Me levanté y fui hacia mi puerta. Agarré el picaporte y respiré profundo.

Un nudo en el estómago me consumió. Tenía miedo de dar el siguiente paso. Jefferson había salido corriendo después de besarme y no sabía qué significaba eso. Pero solo lo averiguaría si se lo preguntaba.

Necesito preguntarle...

Ese beso significaba mucho para mí, también debía querer decir algo para él. Recordé que me dijo que nuestro matrimonio era solo un acuerdo, lo mismo que todos los periódicos estarían diciendo sobre nosotros en ese momento. Pero no tenía que besarme así si fuera solo un acuerdo.

Sentí el pecho apretado y la garganta seca. Tenía miedo de que, además de no poder escuchar, no lograra hablar.

Me mordí la lengua, planté bien los pies y giré mi picaporte. Me armé de valor para pensar un poco en mí ante toda esa situación. Si él me decía que no, podría seguir viviendo con mis madres hasta que pasaran unos meses, él se estableciera en la presidencia de Athena y pudiéramos firmar el divorcio.

Caminé despacio por el pasillo, giré el cuerpo y me detuve frente a la puerta de su cuarto. Toqué, pero como no sentía la vibración de mi propio toque, volví a golpear.

Me quedé mirando la puerta. No poder escuchar nada, sobre todo los movimientos dentro de su cuarto, era angustiante. Estaba a punto de dar la vuelta y regresar a mi habitación cuando apareció.

Jefferson tenía el cabello mojado, con gotas que caían por su cuello, deslizándose por su pecho sin camisa hasta el comienzo de sus pantalones cortos blancos.

—Clare... —Sus labios pronunciaron mi nombre con suavidad.

—¿Puedo entrar? —Señalé hacia adentro del cuarto.

—Sí puedes. —Dio un paso atrás y me dejó pasar—. Perdón por hacerte mojar. —Notó mi cabello mojado y la bata que aún llevaba sobre la ropa interior.

—¿Por qué me besaste? —Fui directo al punto. Tenía la sensación de que si seguía guardando esa pregunta, mi corazón explotaría. Manejar esos sentimientos, y sobre todo ese deseo, no estaba siendo nada fácil.

Una cosa era estar casada con un hombre que jamás me miraría con deseo y siempre me vería como su amiga, pero la forma en que Jefferson me miraba era completamente distinta. El aire era tenso entre nosotros y sentía cierta resistencia de su parte, que se hizo aún más rígida cuando le pregunté.

—Perdón. —Movió la cabeza—. Sé que no debería haber hecho eso. Fue el calor del momento, actué sin pensar.

Fijé mis ojos en los suyos y noté que Jefferson evitaba todo, especialmente mirarme. Su lucha interna se hacía cada vez más evidente en su expresión y postura, pero no entendía por qué tanta resistencia.

—Entonces, vuelve a actuar sin pensar... —Me puse de puntitas de pie y levanté la cara hacia la suya. Era mi turno de decir lo primero que pasara por mi mente.

Mis labios estaban secos, deseando ser humedecidos por los de él.

Jefferson dio dos pasos hacia mí y eliminó la distancia entre nosotros. Una de sus manos rodeó mi cintura y la otra apoyó la palma en la puerta detrás de mí, presionándome contra ella. Bajó el rostro y su boca encontró la mía. Podía sentir el ritmo acelerado de su respiración y la urgencia de su acción. El beso fue aún más intenso y desesperado que el anterior.

Su lengua se adentró en mi boca y todo mi cuerpo tembló con el calor y la necesidad. Subí las manos y toqué su rostro, deslizando los dedos hacia su cabello, entrelazándolos entre sus mechones castaños y suaves.

Él movió la cabeza buscando el ajuste perfecto entre nuestras bocas y presionó mi cuerpo con el suyo contra la puerta. Una de mis manos bajó, recorriendo sus hombros y su espalda ancha.

El beso me llevó a un lugar que no imaginaba que viviría, había una magia que no quería que terminara.

Jefferson mordió mi labio inferior y yo me encogí mientras tomaba aire para que continuara el beso. La presión de su boca y su cuerpo me estaba volviendo loca. Era exactamente como imaginaba que un esposo de verdad debía besar a su esposa.

Su boca se deslizó de la mía, rodeó mi mandíbula y mordisqueó mi mentón hasta encontrar mi cuello. Estiré el cuerpo con el escalofrío que me recorrió. Cerré los ojos y me privé de otro sentido mientras lo único que me importaba era el tacto. Quería

sentir la presión de sus besos, su corazón latiendo contra mi pecho y la intensidad con la que me besaba.

Él quitó la mano de mi cintura y tuve que abrir los ojos por la curiosidad. Lo vi desatando el lazo de mi bata. Jefferson la tiró, deslizándola por mis brazos, y la bata terminó en el suelo. Empezó a besar y chupar mi cuello, haciendo que abriera la boca varias veces y emitiera gemidos que, aunque no escuchaba, sí sentía.

Sus manos pesadas subieron por mis muslos y hundió los dedos en mis glúteos. Yo apreté sus hombros, pero no lo alejé, sobre todo cuando sus labios regresaron a los míos. La necesidad y el calor de esos besos eran locos. Quería más en cada instante.

Jefferson acercó la boca a mi oído, y tuve la impresión de que dijo algo, pero lo único que sentí fue el calor de su aliento, cómo el sonido provocaba ondas en el aire y todos los efectos que esa cercanía me causaba.

Una de sus manos subió y apretó mi pecho por encima del sostén. Surgió una necesidad fuerte entre mis piernas, que latía, pidiendo más y deseando que nos conectáramos. Nunca había tenido sexo antes, pero estaba lista.

Agarré los hombros de Jefferson y lo empujé. Sin oponer resistencia, se apartó y sus manos se alejaron de mi cuerpo.

—Perdón, yo... —Me miró para que pudiera leer sus labios.

—Solo ve despacio. —Inspiré profundamente, porque con la falta de aire en mis pulmones se me hacía difícil hablar.

—Sé que estás de luto por mi hermano, no debería ni intentar algo así. No estoy en mis cabales, perdón. —Se apartó completamente y se inclinó para recoger la bata que había empujado al suelo.

—No es por tu hermano.

—¿No? —Abrió los ojos, y su expresión mostró que esa no era la respuesta que esperaba.

Negué con la cabeza.

—Solo quiero que vayas despacio porque nunca lo hice antes.

—¿Cómo que nunca lo hiciste?

—Yo... —Me contuve para no empezar a usar lenguaje de señas, que él no conocía—. Soy virgen, Jefferson.

—¿Es una broma? —Se pasó la mano por el cabello, empujando los mechones hacia atrás. Parecía completamente confundido.

Negué con la cabeza.

—No entiendo, Clare. ¿Cómo puedes ser virgen si estuviste casada con mi hermano dos años? ¿Vas a decir que no tuvieron sexo? ¿Solo se masturbaban o hacían sexo anal?

—¡No! No hicimos nada. —Me puse la bata. Jefferson estaba visiblemente desconcertado y yo me sentía en una situación incómoda, que empeoraba con cada frase que decía.

Se masajeó las sienes, intentando encontrar lógica donde claramente no la había. No quería dañar la imagen de Jonathan, pero no quedaba otra que contarle la verdad a Jefferson sobre mi matrimonio con su hermano mayor.

—Jonathan nunca me tocó.

—¿Por qué? —Frunció el ceño, aún sumido en sus pensamientos.

—Él era gay.

—¿Qué?

—A Jonathan nunca le gustaron las mujeres.

—Entonces, ¿por qué se casó contigo?

—Porque éramos mejores amigos. Jonathan y yo siempre nos hicimos bien el uno al otro, nos entendíamos, nos apoyábamos y él me cuidaba mucho.

—¿Entonces tu matrimonio era una farsa?

—En cierto modo, sí. Él me presentaba como esposa, mostraba una imagen, sobre todo para la prensa y los socios de la empresa, pero...

—¿De verdad él estaba con hombres?

Asentí.

—¿Y tú?

—Apoyaba sus relaciones.

—¿Pero no tenías las tuyas?

Moví la cabeza negativamente.

—¿Pero amabas a mi hermano?

—Amaba a Jonathan, pero no sexualmente. Él siempre será mi mejor amigo. Podía sobrellevar sus encuentros, pero yo era demasiado romántica como para conformarme con simples aventuras. No podía tener su misma vida.

—Jonathan no pudo haberte hecho eso. —Jefferson acarició mi rostro—. Solo para aparentar ante la sociedad.

—A mí me parecía bien. —Encogí los hombros.

—No... no estaba bien. —Negó con la cabeza. Jefferson aún mostraba señales de estar confundido y bastante impactado por mi revelación—. Mereces más que eso, Clare.

—¿Merezco? —Extendí la mano para tocar su rostro y Jefferson no se apartó.

—Sí. —Inclinó la cabeza y besó la palma de mi mano—. Descansa, mañana hablamos. —Me miró serio y decidí no insistir. Jefferson tenía mucho que procesar y yo también.

Mi corazón y cuerpo seguían completamente desestabilizados por lo que acabábamos de compartir junto a la puerta del cuarto. Lo peor era que no tenía idea de cómo sería todo a partir de ese momento.

Abrí la puerta y salí, regresando a mi habitación y dejando a Jefferson solo.



Jefferson

Capítulo veintiuno

No pude dormir. Pasé toda la noche dando vueltas de un lado a otro en la cama. No dejaba de pensar en lo que Clare me había dicho sobre mi hermano.

Gay...

Lo peor de todo era que no podía decir que fuera una gran sorpresa. La sospecha nos rondaba desde que éramos niños. Compañeros de la escuela se burlaban, y a mi papá le molestaba cuando alguien cercano lo insinuaba. Jonathan siempre pudo tener a la mujer que quisiera, al igual que yo. Las mujeres venían solas, siempre estaban disponibles. Pero mientras yo acumulaba aventuras, él no le prestaba atención a ninguna.

Yo estaba cegado, creía que mi hermano mayor simplemente tenía otras prioridades que no incluían a las mujeres. La mayoría del tiempo, ellas eran solo distracciones, como él mismo decía. Por vergüenza o por miedo a ser juzgado, Jonathan ocultó muy bien su orientación sexual, llegando tan lejos como casarse con una mujer a la que jamás tocó.

Saber que Jonathan y Clare nunca tuvieron nada solo me dejaba más desconcertado. Ella era su esposa y, al mismo tiempo, no lo era. ¿Será que él tenía idea de cuánto la desearía yo y de lo

confundido que iba a quedar sin entender el verdadero motivo de ese matrimonio? ¿O lo planeó para que yo descubriera toda la farsa?

Clare había sido la esposa de Jonathan, pero nunca su mujer de verdad. ¿Qué significaba eso sobre nosotros dos, sobre lo que yo estaba sintiendo?

Mi celular vibró en la mesa de noche. Vi que era otra de las tantas llamadas de Briana. Era lo último en lo que quería pensar en ese momento. Bloqueé su número y volví a dejar el teléfono en su sitio. No necesitaba que ella viniera a complicarme la vida, que ya estaba bastante jodida.

Si Clare nunca fue de Jonathan, ¿entonces podría ser mía?

Me revolví en la cama, saqué las piernas y me senté en el borde del colchón. Me froté las sienes y me pasé los dedos por el cabello hacia atrás.

—¿Por qué no me lo contaste? —grité al cuarto vacío, con la absurda esperanza de que mi hermano pudiera responderme.

Estaba confundido, rebelde y probablemente bastante perdido, pero creía que al menos habría podido entenderlo si me hubiera dicho que le gustaban los hombres. Viajar por el mundo me había mostrado muchas cosas, sobre todo que debía respetar el estilo de vida y las decisiones de los demás.

Yo pensaba que Jonathan solo me había metido en ese matrimonio por la chica, que se culpaba por el accidente que la dejó

sorda, pero cada día que pasaba con Clare me hacía ver lo encantadora y apasionante que era. Tal vez nunca se trató de su sordera, sino de una trampa para nuestros corazones.

No estaba seguro de si mi hermano era tan astuto, ni sabía si debía quererlo más u odiarlo, pero empezaba a creer que ese matrimonio era mucho más que una simple farsa, como pensé al principio.

Clare podía ser mi condición para asumir la dirección de Athena, pero era evidente que la deseaba mucho más que a la empresa. Esos ojos azules y esa sonrisa angelical estaban ganándome poco a poco.

Solo quedaba saber si ella me deseaba tanto como yo la deseaba a ella.

Me levanté de golpe de la cama y me preparé para salir del cuarto. Fui hacia el pasillo y esperé frente a la puerta de ella. Pensé en tocar, pero recordé que no serviría de nada. Tenía que esperar, y aprovecharía para tratar de procesar las emociones que todavía me atormentaban.

No sé cuánto tiempo me quedé allí afuera, tampoco presté atención a la hora, hasta que por fin ella abrió la puerta y se sorprendió al verme ahí, mirándola.

—Jefferson...

—Buenos días.

—Buenos días. —La sonrisa que iluminó su rostro me calentó el pecho.

—¿Vamos a desayunar?

Clare me miró, analizó mi cara por unos segundos y luego me extendió la mano. Besé el dorso de sus dedos antes de que camináramos por el largo pasillo hasta el restaurante del hotel. Solté su mano para acercarle la silla y luego di la vuelta para sentarme frente a ella.

—¿Tienes hambre?

Asintió.

Esperé a que se sirviera en el bufé del desayuno antes de hacer lo mismo. Cuando volvimos a la mesa, clavé una uva con el tenedor, la sumergí en el yogur natural y la llevé a la boca antes de volver a mirarla.

Mi esposa...

—Clare. —Le toqué la mano y levantó la cabeza para verme.

—¿Sí?

—Sobre lo de anoche...

—Sé que está siendo todo difícil para ti. No quería contarte sobre mi relación con Jonathan, ya que él mismo no te lo había dicho.

—No puedo echarle toda la culpa por no haberme contado sobre su orientación sexual. Yo nunca fui el mejor oyente. Además, acaparé todos los problemas que una familia podía tener.

—Tampoco eres tan problemático.

—Pero no era el hijo que hacía sentir orgullosos a mis padres. Esa siempre fue la posición de Jonathan. Tal vez nunca le di el derecho de ser algo distinto a lo que todos esperaban de él, y por eso pasó todo esto.

—Puede ser. Jonathan siempre tuvo muchas dificultades con el tema de la aceptación. Era más fácil estar casado.

—Sí... —Masticaba la uva, todavía ordenando mis pensamientos, especialmente los relacionados con mis sentimientos —. No hubiera querido que mi hermano tuviera que mentir, pero ya pasó y no puedo cambiarlo. Sin embargo, hay algo que no pienso esconder. Te quiero, Clare.

Abrió mucho los ojos y se recostó en la silla. Pareció sorprendida por lo directo que fui, pero no conocía otra forma de decirlo.

—Puede que haya entendido mal y tú no sientas nada por mí, pero como viniste a mi cuarto anoche, supongo que lo nuestro es algo que tú también deseas.

—Sí. —Soltó la cuchara y entrelazó sus dedos con los míos—. Yo también te quiero.

—Sé que aún hay muchas cosas que tenemos que descubrir el uno del otro, pero quiero intentarlo.

—¿Un matrimonio de verdad?

—Sí.

—Yo también quiero intentarlo. —Extendió la mano para tocarme la cara, y cerré los ojos, dejándome envolver por su caricia.

Tal vez Jonathan tenía razón. Ella era un buen motivo para que yo quisiera quedarme en San Francisco y asumir todas las responsabilidades que me correspondían.

—Nuestro vuelo de regreso es esta tarde.

—¿Ya tenemos que volver? —Parecía un poco decepcionada —. ¡Este lugar es tan lindo!

—Puedo cambiar los boletos si quieres.

—No. Athena nos necesita.

—Sí, Athena... —suspiré.

Nuestro matrimonio recién estrenado pronto estaría lidiando con expectativas del mercado, caídas en las acciones, directores desconfiados y una prensa desesperada por el próximo escándalo.

—¿Qué te parece si damos un paseo antes de volver a casa?

—Me encantaría.

Me concentré en terminar el desayuno y ella hizo lo mismo. Después, subimos rápidamente a nuestras habitaciones antes de bajar a la playa frente al hotel.

Me quité las sandalias cuando pisé la suave arena y Clare hizo lo mismo. Llevamos los zapatos en una mano y, con la otra mano libre, entrelazamos nuestros dedos mientras caminábamos lado a lado sobre la arena húmeda, donde rompían las olas que a veces nos mojaban los tobillos.

Cuando una ola más grande rompió, Clare se agachó, mojando la parte baja de su vestido solo para salpicarme agua. Me reí al lanzar mis sandalias hacia donde el agua no podía alcanzarlas y la levanté en brazos.

—¡Ey! —protestó, mientras me daba golpecitos en los hombros.

Dejé de girarla en el aire y la bajé al suelo, solo para tomar sus sandalias y también lanzarlas lejos.

—¿Y si se pierden?

—A menos que algún animal se los lleve, estarán bien. —Puse ambas manos sobre su cintura—. En el peor de los casos, volvemos descalzos al hotel.

—No suena tan terrible.

—Qué bueno que lo ves igual que yo. —Deslicé una de mis manos desde su cintura hasta su rostro.

Clare se puso de puntillas cuando otra ola nos alcanzó. Incliné la cabeza y uní nuestros labios. El beso empezó tímido, pero se hizo más intenso cuando vi que no había nadie cerca. La presioné contra mi cuerpo y saqué de ella deliciosos suspiros.

Esta vez mi lengua se metió en su boca sin reservas. Clare me quería tanto como yo a ella, y además no sentía culpa por robar algo que había sido de mi hermano. Lo que estaba dispuesto a construir con Clare sería completamente diferente.

Después del paseo por la playa, volvimos a las habitaciones, recogimos nuestras cosas, almorzamos y nos fuimos al aeropuerto.

Durante el viaje de regreso, en una de las conexiones, intercambié mensajes con mi madre, que tenía curiosidad por saber cómo estábamos, y le di algunas instrucciones sobre lo que quería que hiciera en el departamento antes de que Clare y yo llegáramos.



Clare

Capítulo veintidós

Llegamos al aeropuerto de San Francisco sin hacer ruido, y se lo agradecí mucho, no quería la atención de reporteros ni de otras personas que creían tener derecho a meterse en nuestras vidas. Sobre todo en ese momento.

Desde nuestra conversación durante el desayuno del último día en el hotel en Australia, estábamos cada vez más conectados. Yo estaba envuelta en él y llena de esperanza. Sentía que con cada instante me enamoraba más.

Solo los besos que Jefferson me daba, incluso cuando había gente mirando y especialmente cuando estábamos solos, mostraban que nuestra relación sería muy distinta a la que tenía con Jonathan. La complicidad era otra, no porque escondiéramos un secreto, sino porque compartíamos un deseo.

Caminamos tomados de la mano por el salón de desembarque del aeropuerto, que era mucho más grande y concurrido que el de la Isla Hamilton, hasta que encontramos un taxi.

Él ayudó al conductor a colocar el equipaje en el maletero antes de abrir la puerta trasera del vehículo y esperar a que yo me

sentara. En cuanto Jefferson se acomodó a mi lado, agarré el cuello de su camisa y lo hice mirarme.

—¿A dónde vamos?

—A nuestro apartamento.

Nuestro apartamento... Me hubiera gustado escuchar su voz al decir esas palabras, pero solo leer sus labios fue suficiente para que suspirara. Viviríamos juntos y por fin podría experimentar una relación de pareja de verdad.

El taxi se dirigió al barrio donde estaba la sede de Athena y se detuvo frente a un edificio residencial.

Jefferson tomó nuestras maletas y atravesamos la recepción hasta un pasillo donde estaban los elevadores.

Observé todo. La casa de la familia donde había vivido con Jonathan era bonita, pero rústica, una típica residencia de suburbio, pero ese edificio parecía tener toda la tecnología e innovación propia de Silicon Valley.

Avanzamos por un pasillo amplio con piso de granito y luces empotradas en el techo de yeso hasta que paramos frente a una puerta blanca.

Jefferson sacó una llave y me la entregó.

Lo miré sin entender. *¿Él me había dicho algo?*

—Es nuestro hogar, ábrela.

—Está bien. —Giré la llave y abrí, dándonos paso hacia el interior.

Jefferson entró conmigo y prendió la luz. Dejó las maletas en una esquina y cerró la puerta con llave.

La sala tenía una lámpara moderna y combinaba muy bien los colores claros con detalles en negro y madera.

—Este departamento es hermoso, Jefferson. —Me volteé hacia él y puse las manos en su pecho.

—Lo compré ya decorado. Nunca fui bueno con esas cosas, pero puedes cambiar lo que quieras.

—Para mí todo está perfecto.

—Es nuestra casa. —Me acarició el rostro y luché para no cerrar los ojos, porque así no podría leer sus labios—. Quiero que sea más que perfecta.

Jefferson parecía tener la habilidad increíble de hacer que mi corazón se detuviera y que yo caminara en las nubes.

Observé mejor el ambiente y vi que había un camino de pétalos de rosa.

—¿Qué es esto?

—Ven. —Me quitó el bolso del hombro y lo puso sobre un sillón de la sala.

Cruzamos la habitación y el camino de pétalos seguía hasta una puerta. Mi ansiedad se elevó a niveles increíbles y sentí un poco de nervios cuando la abrió. Me encontré con un cuarto que tenía una enorme cama matrimonial, cubierta con una sábana blanca y pétalos de rosa formando un corazón. Sobre la cabecera y los muebles había velas aromáticas que perfumaban el ambiente con olor a fresa.

—¿Cómo hiciste esto? —le pregunté.

—Confieso que le pedí a mi mamá que viniera y arreglara todo.

—¿Por qué?

—Dijiste que eras romántica. Pensé que debía preparar el ambiente como se debe para ti. No quiero apresurar nada, Clare. Si no quieres, está bien. Compré este apartamento antes de que pasara algo entre nosotros. Tiene dos suites, un cuarto donde podrías quedarte lejos de mí...

Le tomé el rostro y le hice mover los labios de otra manera. Estaba completamente encantada y emocionada. No esperaba llegar ahí y encontrar una habitación decorada con tanto romanticismo, demostrando cuánto se preocupaba por mis anhelos tontos. Podría haber perdido mi virginidad con cualquier tipo en alguna de las muchas discotecas donde Jonathan me llevaba y me animaba a relacionarme, pero estaba muy contenta de haber esperado hasta ese momento, y que Jefferson lo hiciera especial para mí.

Él rodeó mi cintura y nos besamos con más intensidad. Su lengua buscaba la mía, mezclando cariño y necesidad. Sentía todo su deseo y sabía que no era solo por el miembro que presionaba contra mí.

Jefferson pasó las manos por mi rostro y me apartó el cabello. Una ola de calor y frío recorrió mi cuerpo cuando mordisqueó mi cuello. Me dio unos besos suaves, alternándolos con chupadas profundas que me erizaban entera, junto con el roce caliente de su aliento.

Metió la mano por debajo de mi cabello y sostuvo mi nuca. Abrí los ojos para mirarlo y ver cómo movía la boca.

—Si no es lo que quieres, pídeme que pare.

—Sí quiero. —Sostuve sus hombros, con confianza.

Quería que Jefferson fuera mi esposo de verdad, con todo lo que eso implicaba, incluido el sexo.

Volvió a besarme. Sus manos acariciaron mi rostro, demostrando todo su cariño antes de deslizarse por mi cuello. Yo llevaba una camisa con botones, y los dedos de Jefferson empezaron a desabotonarla uno por uno, hasta que la deslizó de mis hombros y la dejó caer al suelo. Besó cada uno de mis pechos antes de volver a tomar mis labios.

Su lengua exploraba la mía, me rendía y excitaba, mientras sus manos bajaban por la línea de mi espalda hasta encontrar el

broche de mi sostén y abrirlo.

Tenía mariposas en el estómago, una ansiedad extraña y también un poco de miedo, pero la ansiedad y el deseo eran más fuertes y vibraban intensamente. Las puntas de sus dedos calentaban mi piel e invitaban a descubrir hasta dónde llegaríamos.

Él jaló de las tiras del sostén y dejé que cayera.

Sostuve su rostro y Jefferson se detuvo, dejándome mirarlo.

—¿Qué pasa? —Dejó de recorrer mi cuerpo con las manos y las posó en mi cintura.

—Me gusta mirarte.

—Entonces mantén tu mirada fija en la mía.

Sus manos bajaron un poco más y abrió la cremallera de mi pantalón de jean. Dejé que lo bajara hasta el suelo antes de permitirme quitarle la camisa. Levantó los brazos y movió los músculos, dejando caer la prenda en algún rincón de la habitación.

Jefferson volvió a rodear mi cintura y subió una de sus manos hasta el centro de mi espalda, presionándome contra su pecho. Yo solo llevaba la ropa interior y él aún estaba con el pantalón, pero pude sentir piel con piel, mis pezones tocando su pecho y el efecto que ese contacto provocaba en mí.

Me sentía segura con Jefferson y con cada momento en sus brazos quería que pasara más. Moví la cabeza buscando sus labios y

volvimos a besarnos. Mi cuerpo rozándose contra el suyo solo aumentaba el deseo entre mis piernas. La erección presionando en mi entrepierna también era una señal clara de que él me deseaba. Jefferson me veía como mujer, y eso me hacía feliz.

Antes esperaba encontrar una amistad con él y estaría contenta con eso, pero ahora había algo aún más especial para compartir, una conexión no solo de almas, sino física, que provocaba chispas en cada roce o contacto de su piel con la mía.

Jefferson me tomó en brazos y me recostó sobre la cama cubierta de pétalos de rosa. Lo vi quitándose los zapatos antes de hacer lo mismo con el pantalón, quedando solo con unos bóxers del mismo color de los pétalos rojos.

Sostuvo mi rostro con ambas manos y nos quedamos mirándonos unos segundos más. Toqué su cara, sintiendo los vellos de la barba que comenzaban a crecer, y delineé sus labios gruesos. El deseo en su mirada alimentaba algo en mí, sobre todo entre mis piernas y en mi corazón.

Saber que estaba ahí por mí, porque quería mis besos, mi compañía y deseaba poseer mi cuerpo, a pesar de que no tuviera todos los sentidos, provocaba en mí un tipo distinto de satisfacción y éxtasis. Imaginaba que después de esa noche mi vida sería diferente, más colorida, con más cariño. Extrañaría el afecto de amigo de Jonathan, pero él me había dejado la posibilidad de conocer lo que era el amor entre un hombre y una mujer.

Solté el rostro de Jefferson y él volvió a besar mi cuello. Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, entregándome por completo a las sensaciones. El calor de sus labios me calentaba entera, alimentando el fuego de mi deseo, y llegó hasta uno de mis pezones. Jefferson rodeó mi pecho con la lengua hasta envolverlo y empezar a succionar, mientras con la otra mano apretaba el que quedaba libre.

Me froté contra él, sintiendo que las ganas solo crecían.

Su boca fue bajando poco a poco, hasta mi vientre, y tiró de mi ropa interior, deslizándola por mis muslos hasta colocar la cabeza entre mis piernas. Las abrí lo más que pude cuando el simple roce de su respiración desencadenó una sensación placentera.

Con los ojos aún cerrados, todo mi cuerpo se concentraba solo en sentir. Cuando su boca tocó mi vulva, abrí la boca. Si estaba gritando o no, sería imposible saberlo si él no me lo dijera; sin embargo, Jefferson parecía completamente ocupado en darme placer.

Su lengua deslizó sobre los labios mayores vaginales, explorando mis curvas y texturas hasta encontrar mi clítoris. Enterré los dedos en las sábanas y los pétalos de rosa se acumularon entre ellos. Sus manos sostuvieron mis glúteos y volvieron aún más intenso el contacto de su lengua. En movimientos arriba, abajo y a veces con suaves golpecitos, Jefferson me iba envolviendo cada vez más y provocando una deliciosa tensión en ese lugar.

No me dio respiro y su lengua no dejó de jugar conmigo hasta que tuve un orgasmo. Ya conocía esa sensación que pulsaba en olas por todo mi cuerpo, la había experimentado sola varias veces, pero con él fue mucho más intenso. Jefferson introdujo un dedo y luego otro, y pude notar cómo los músculos de mi vagina se abrían para acomodarlos.

Se apartó y lo vi quitándose el bóxer. Pasó la mano por toda la extensión de su verga antes de acomodarse encima de mí nuevamente.

Sentí el peso y el calor de su cuerpo presionándome contra la cama. Dejé escapar un suspiro, estaba completamente entregada al momento, no había duda de que lo deseaba.

La verga de Jefferson tocó la entrada de mi canal y, por impulso, cerré las piernas contra un lado de su cuerpo.

Apoyó una mano en la cama y con la otra tomó mi mano para colocarla sobre su pecho, dejándome sentir el ritmo y los latidos de su corazón, que estaban tan agitados como los míos.

—¿Puedes sentirlo? —preguntó.

Moví la cabeza afirmativamente.

—Está acelerado.

—El mío también.

Volví a sentir su verga frotando mi entrada y me moví.

—¿Quieres que pare?

—No. —Hundí los dedos en su pecho.

—Iré despacio.

Asentí.

Jefferson sostuvo mi rostro con una mano y con la otra apretó mi cintura. La presión de él empezó a empujar hacia dentro de mí. Subí la mano de su pecho y agarré sus hombros. Clavé las uñas cuando empecé a sentir dolor.

—Clare... —murmuró con los labios.

Moví la cabeza afirmando que estaba bien.

Fue tan despacio como pudo, avanzando mínimamente dentro de mí, abriendo paso y rompiendo mi virginidad para acomodarse. Abracé su cuello y él esperó a que me acostumbrara a su presencia.

Jefferson tiró de mi rostro y volvió a besarme; el contacto de nuestras lenguas y labios disminuyó el dolor y me hizo relajar hasta que desapareció por completo. Abracé a Jefferson con las piernas y él comenzó a sacarla y a meterla.

Al principio hubo molestia, pero a medida que nos conectábamos, su penetración me resultaba cada vez más natural.

Me dejé llevar por el momento, por el vínculo que estábamos creando, y mi entrega total a Jefferson. La fricción de nuestras pieles y su aroma me envolvían aún más.

Con cada embestida él chocaba contra mí con más fuerza, y cada impacto reverberaba por todo mi cuerpo. No podía escuchar el ruido que hacíamos, pero lo sentía en cada una de mis moléculas.

Jefferson mordió mi labio inferior y apoyó su frente contra la mía cuando noté que sus músculos se paralizaron y él eyaculó.

Tan pronto como se recuperó, siguió moviéndose un poco más para que los dos pudiéramos disfrutar al máximo de nuestra primera vez.



Jefferson

Capítulo veintitrés

Me desperté con ella acomodada entre mis brazos. Clare dormía tranquila, con su cuerpo desnudo pegado al mío. Después del sexo de la noche anterior, me había levantado solo para limpiarme y luego volví a acostarme con ella en la cama.

Su perfume se mezclaba con los pétalos que aún quedaban sobre las sábanas, y me tentaba a hundir la nariz en su piel para disfrutarla. Había odiado a mi hermano por lo que hizo, pero en ese momento era imposible tenerle rencor. Parecía tan fácil enamorarme de ella, casi como si Jonathan lo hubiera previsto.

Clare se movió en la cama y abrió los ojos. Su sonrisa se volvió aún más intensa que los rayos de sol que entraban por la ventana.

—Buenos días, esposa —dije, dejando que viera mover mis labios antes de inclinarme para besarla.

—Buenos días. —Acarició mi rostro y volvió el beso más intenso.

Recorrí su cuerpo desnudo con la mano, recordando lo mucho más hermosa que era sin nada que la cubriera.

—Tenemos que levantarnos.

—¿En serio? —Hice un puchero, girándola y saliendo de nuestra posición para quedarme encima de ella. Mi erección era difícil de esconder. Habíamos tenido sexo la noche anterior, pero no era ninguna sorpresa que todavía estuviera caliente.

—Tenemos que ir a Athena —insistió ella.

—Estamos en luna de miel.

—Ya ha durado varios días.

—Yo creo que solo empezó de verdad cuando hablamos y ambos decidimos que queríamos este matrimonio. Así que creo que podemos extenderla al menos por hoy.

—La empresa está pasando por un momento difícil...

—Está bien, señora Miller. —La besé, frotando mi cuerpo contra el suyo, intentando un último acto para convencerla de quedarse en la cama.

Clare me empujó los hombros y yo caí de lado. La vi buscar algo en la almohada, pero cuando no encontró nada se levantó de la cama y salió del cuarto. Supuse que debía estar buscando el celular. Como yo había captado toda su atención la noche anterior, tal vez quería hablar con sus madres.

Me levanté y fui al baño. No había forma de evitar lo de la empresa. Abrí la llave de la ducha y dejé que el agua corriera.

Estaba encontrando mi lugar junto a Clare, también podía hacer lo mismo con Athena.

Sentí sus manos finas y delicadas rodear mi pecho y me volteé para encontrarme con mi esposa.

—¡Hola! —dije, sosteniendo su rostro—. Me gustan las entradas sorpresa en mi ducha.

—Fui a chequear mi celular.

—¿Y...?

—Aún es temprano. Faltan cinco minutos para que suene mi despertador, y encima antes yo vivía mucho más lejos de la empresa.

—¿Eso quiere decir que tenemos tiempo?

—Un poco.

Apenas terminó de hablar, la jalé hacia la ducha y la besé. Apoyé una mano en el azulejo y disfruté del sabor de su boca, al que me estaba volviendo adicto poco a poco. Aunque parecía que aún había mucho por descubrir de ella, era como si nos conociéramos de toda la vida. Nuestra conexión se hacía más fuerte cada minuto juntos.

Ya no la veía como la mujer de mi hermano, a quien debía proteger, sino como mi esposa, a quien daría lo mejor de mí para cuidar.

La presioné contra la pared del baño y Clare dejó escapar un gemido. Mordí su cuello y ella se estremeció, mientras una de mis manos bajaba por su abdomen hasta colocarse entre sus piernas. Ella separó un poco los muslos y mi dedo rozó su clítoris. Toqué su punto de placer y mi esposa me abrazó los hombros. Jugueteé y la estimulé hasta hacerla voltear los ojos. Me acordé de que había pasado menos de veinticuatro horas desde que la había penetrado por primera vez. Tenía que ser cuidadoso antes de penetrarla para que no sintiera dolor.

Besé su cuello y sus tetas antes de tomar una de sus piernas y colocarla alrededor de mi cintura.

Clare levantó la cabeza y buscó mis ojos con los suyos.

—¿Puedo? —Solo moví los labios.

Asintió con la cabeza.

Le metí la verga de inmediato, gimiendo al sentir el calor de su canal envolviéndome. Con una mano sostuve su pierna levantada y con la otra abracé su rostro para besarla.

Gemíamos entre las embestidas, interrumpiendo los besos con los sonidos de nuestro placer. Era una pena que ella no pudiera escucharlos, porque yo estaba alucinado con ellos y con la presión de su canal sobre mi verga.

La necesidad de que me mirara para poder comunicarnos nos conectaba aún más. Ya había tenido sexo con muchas otras mujeres,

pero con Clare no me limité a quitarme la ropa: mucho antes de que tuviéramos sexo, había bajado mis defensas y le había dejado ver mi alma.

Ella gritó más agudo cuando la penetré más profundo y su gemido fue suficiente para desencadenar mi orgasmo, pero seguí moviéndome hasta que ella acabó conmigo. La besé con cariño, capturando sus suspiros mientras se recomponía y lograba controlar su cuerpo.

Terminamos la ducha y nos vestimos con ropa formal para ir a la empresa. Después, fui a revisar la nevera y, afortunadamente, mi madre no solo había preparado la habitación para nuestra noche romántica, sino que también había hecho compras para que no pasáramos hambre. Había estado tanto tiempo fuera que me había olvidado de cómo era su comportamiento.

—¿Quieres huevos con tocino o prefieres algo más ligero? —dije con la cabeza dentro de la nevera.

Clare estaba hurgando en su bolso y siguió haciendo lo suyo.

Me reí de mí mismo antes de acercarme y tocarle el brazo suavemente para que me mirara. Repetí la pregunta, moviendo los labios para que pudiera leerlos.

—¿Algo más ligero?

—Frutas, yogur... Mi madre compró un montón de cosas.

—Kristen es un encanto.

—Sí, lo es...

Creía que el mejor destino para mí era ser libre, no tener ataduras y decidir mi propio futuro cada día. Pero después de la muerte de mi hermano, solo podía darme cuenta de lo equivocado que había estado. Estar cerca de mi familia y hacer lo que los demás esperaban no era tan malo.

Si me hubiera quedado, tal vez habría conocido a Clare antes, mi hermano podría haberse casado con cualquier hombre que realmente quisiera, y mi credibilidad en Athena no estaría tan baja. Sin embargo, ya era demasiado tarde para arrepentirme. Lo único con lo que podía lidiar era el futuro.

Tomé mi celular y fui a buscar la llave del coche. Miré el teléfono y encontré algunos mensajes de mi madre.

Kristen:

¿Buenos días! ¿Llegaron bien? ¿Cómo estuvo la noche?

Jefferson:

Buenos días, mamá. Estamos bien, yendo a la empresa.

Kristen:

¿Y cómo estuvo la noche?

Jefferson:

No voy a hablar de eso contigo, mamá.

Kristen:

Tú me pides favores, pero cuando te pido que me cuentes cómo va tu matrimonio, haces esto. Jefferson, así le vas a matar un poco más el corazón a tu madre.

Jefferson:

Clare y yo estamos felices.

Miré a mi esposa mientras escribía el mensaje para mi madre. La amplia y luminosa sonrisa que tenía era bastante radiante para mostrar que le había gustado tanto la noche pasada como a mí.

Kristen:

¿Felices? ¡Eso es muy bueno! ¡Perfecto! Quiero que sean felices, hijo mío.

Jefferson:

Gracias, mamá. Ahora tengo que ir a Athena.

Kristen:

Quiero que vengan a almorzar conmigo el domingo.

Jefferson:

Lo organizamos luego.

Kristen:

Está bien. Que te vaya bien en el trabajo, hijo.

Guardé el celular y me acerqué a Clare, que estaba acomodando su bolso. Toqué suavemente su hombro y ella se giró para mirarme.

—¿Lista?

Asintió con la cabeza.

Caminamos juntos hacia el estacionamiento del edificio donde estaba mi coche. Abrí la puerta para ella y esperé a que se acomodara antes de rodear y tomar el asiento del conductor.

El edificio de Athena quedaba a solo unas cuadras de nuestro departamento y tardamos pocos minutos en llegar. Cuando pasé con el coche frente a la entrada hacia el garage, me sorprendió ver a algunos reporteros que todavía estaban allí parados. No sabía cómo aguantaban ni entendía qué esperaban registrar. Aunque había nacido en un momento en que Athena ya era una empresa establecida, nunca fui fanático de los reflectores y ya empezaba a irritarme toda esa exposición. Esperaba que pronto encontraran otro tema y se olvidaran de mí y de Clare.

Bajamos del coche y fuimos a la planta de la dirección.

Algunos empleados que nos vieron en el camino nos miraban y cuchicheaban entre ellos. Por suerte, Clare no podía oír esos comentarios malintencionados. Algunos creían que ella había sido lo suficientemente astuta para manipular a mi hermano y hacerlo tomar esa decisión, pero no sabían nada. No fue Athena la que me hizo aceptar a Clare, sino Clare la que me abrió los ojos sobre mis responsabilidades con el legado familiar.

—Buenos días, señor Miller —dijo Felicitas, la asistente de mi esposa, que se detuvo frente a mí y me saludó con una sonrisa amable.

—Buenos días, Felicitas.

Ella y Clare empezaron a conversar en lenguaje de señas y me di cuenta de que era algo que necesitaba aprender con urgencia. Antes de conocer a Clare nunca me había molestado en pensar en eso, ni siquiera lo consideraba necesario, pero empecé a entender que actitudes como la mía podían terminar excluyendo a personas que no podían leer los labios, como mi esposa.

Clare se giró hacia mí, incluyéndome en la conversación.

—Se programó una reunión con los principales directores de todos los departamentos, incluyendo el de marketing, para dentro de dos horas. Supongo que será para informar sobre el avance de la campaña que pediste.

—Perfecto.

—Recibí algunos datos por correo electrónico. Los revisaré antes de enviártelos.

—Excelente.

No podía evitar sonreír cada vez que la miraba. Tenía ganas de besarla, pero no era apropiado hacerlo en el pasillo de la empresa. Lamentablemente, iba a extrañar mucho más nuestra pequeña luna de miel de lo que imaginaba.

—Voy a mi oficina. Nos vemos en un rato.

Ella asintió y yo me di la vuelta, dejándola con la asistente. Sería bueno leer algunos documentos y presentaciones que Clare me había enviado antes de la boda y que solo había hojeado. Cuanto más involucrado estuviera en la empresa, mejor sería para todos nosotros.



Clare

Capítulo veinticuatro

—¿Es cierto? —me preguntó Felicitas en lenguaje de señas, mientras yo estaba sentada en mi escritorio, revisando correos y pensando en todo tipo de trampas que podrían intentar para perjudicar la llegada de Jefferson al mando de Athena. Los miembros del consejo no estaban contentos con él, pero no tenían otra opción más que aceptarlo.

—¿Cierto? —Moví la cabeza, confundida. No sabía exactamente a dónde quería llegar con esa pregunta tan vaga.

—¿Te has casado con él? —Miró directamente hacia mi mano con la nueva alianza. Antes de casarme con Jefferson, yo había guardado la que Jonathan me había dado.

—Sí, me casé.

—Todavía todos hablan del testamento del señor Miller. ¡Qué locura! Casarse con el hermano del marido fallecido poco tiempo después. ¿Él te había dicho algo sobre ese testamento antes o fue una sorpresa?

Le hice un gesto para que se callara y Felicitas se recostó en el respaldo de la silla, dándose cuenta de mi evidente molestia con todas sus preguntas.

—Vamos a concentrarnos en el trabajo.

—Sí. Perdón.

Mi vida personal no era asunto de ninguno de ellos. En esa empresa, nuestros esfuerzos debían estar solo en hacerla prosperar. Además, no sabía bien cómo actuar. Todos sabían que Jefferson y yo teníamos un matrimonio falso solo para que él tuviera el control de la compañía. Bueno, así fue al principio, pero después, al conectar, descubrimos que queríamos estar juntos de verdad. No sabía cómo lidiar con la especulación de los empleados ni cómo proteger la imagen de Jonathan.

Si había algo que no quería era manchar o deshonrar la memoria de mi difunto esposo. Aunque no hubiéramos sido marido y mujer de verdad, ese no era un secreto que quisiera ver en la portada de alguna revista.

Saqué el celular, que vibraba con varios mensajes, y vi que eran de mi madre. Había estado tan distraída anoche que se me olvidó avisarle que llegué bien.

Olivia:

Clare, ¿dónde estás?

Clare:

En Athena, mamá. Llegué al trabajo hace unos minutos. Estoy bien, no te preocupes. Te llamo más tarde.

Olivia:

¡Ok! Que te vaya bien, hija.

Clare:

Gracias. ¡Besos!

Envié algunos correos a Jefferson y él me mandó dudas sobre los departamentos. Desde que empecé a trabajar allí, había sido la sombra y el brazo derecho de Jonathan, así que conocía cada rincón y detalle de todos los sectores. Esperaba ser igual de útil para Jefferson y ayudarlo a alejar de una vez la inestabilidad que rondaba Athena.

Unas horas después, sentí una mano firme tocar mi hombro. Estaba tan concentrada en la pantalla que tardé en darme vuelta y ver que él estaba detrás de mí.

—Jeff...

—¿Vamos a la reunión?

Asentí y llamé la atención de Felicitas para que se levantara conmigo y nos acompañara a la sala de conferencias.

El lugar ya estaba lleno con los principales nombres de la empresa, hombres y mujeres que dirigían departamentos enteros con decenas de empleados. Apenas entramos, todos se voltearon hacia nosotros. La curiosidad en sus ojos era más evidente que el

día en que se enteraron del testamento. De cierto modo, habíamos escapado de ese ambiente unos días durante nuestra breve luna de miel, pero ya no podíamos evitar esas miradas.

Una mujer, directora de recursos humanos, se acercó a Jefferson y le extendió la mano.

Di un paso adelante para poder leer sus labios; quería saber qué tenía que decirle a mi esposo, aunque parecía que solo hablarían de negocios.

—¿Debo felicitarlo o darle el pésame, señor Miller?

Levanté una ceja ante su pregunta. Al final, no me equivoqué en mi sospecha.

—No entendí.

—Por su matrimonio con la secretaria sorda.

—Mi vida personal no es asunto de ustedes. No tienen por qué preocuparse por eso.

—Deberíamos preocuparnos porque eso influye en el futuro de la empresa, y está en miles de sitios de internet y en columnas de chismes. —Vi que los labios del director financiero se movían cuando se acercó. Era claramente uno de los que menos apoyaba la presencia de Jefferson en la empresa.

Moví la cabeza para ver qué respondería Jefferson.

—Pronto los sitios y periódicos se olvidarán de esto. Ahora, ¿vamos a trabajar o están más interesados en los chismes y en mi vida personal y la de la señora Miller?

Volví la mirada hacia los directores. El financiero no dijo nada, pero la directora de recursos humanos movió los labios.

—Pobre, demasiado guapo para haberse metido en un matrimonio falso —dijo, antes de sentarse a la mesa.

Como Jefferson apretó los dientes, imagino que lo dijo lo suficientemente alto para que él escuchara, pero decidió no darle importancia. Teníamos que trabajar, el futuro de Athena dependía de nosotros y de aquellos que nos daban la espalda, pensando que yo había manipulado a Jonathan para que todo esto pasara.

En el fondo, no importaba lo que pensaran. Yo estaba feliz, viviendo un matrimonio real por primera vez, y no dejaría que sus malas vibras arruinaran el momento.

Después de quedarme sorda, me acostumbré a que la gente me mirara con lástima y juicio, pensando que no lograría mantener un trabajo o incluso de comunicarme con otras personas. Pero los sorprendí, llevando mi vida tan cerca de la normalidad como pude.

Jefferson acercó una silla a la cabecera de la mesa y yo me senté a su lado. Me giré para leer sus labios sin tener que depender de Felicitas para que me repitiera todo.

—Estamos aquí para hablar de Athena y el futuro de la empresa. Ahora que soy el CEO, sé que muchos están preocupados, pero les aseguro que nada cambiará mucho. Mi hermano hizo un buen trabajo mientras estuvo a cargo, y yo planeo seguir ese camino.

—Tanto quiere seguirlo que hasta se casó con su mujer. —La directora de recursos humanos estaba justo frente a mí y creo que no se dio cuenta de que estaba en mi línea de visión para leer sus labios llenos de comentarios maliciosos.

Como Jefferson no dijo nada, supuse que no se había dado cuenta. Sería bastante difícil lidiar con algunos comentarios hasta que todos se acostumbraran a que estábamos casados.

Me giré hacia Felicitas y la toqué para que comenzara a traducirme la reunión en lenguaje de señas. Era mejor concentrarme en ella e ignorar los posibles comentarios malintencionados, porque no solo los medios me juzgaban por lo que había pasado.

Según mi asistente, Jefferson empezó la reunión hablando del lanzamiento de una nueva tela, que se presentaría en una gran fiesta el viernes. En el evento estaría presente el equipo de baloncesto de San Francisco. Sería una ocasión para hablar de la novedad, de otros productos menores y probablemente anunciar algunos nuevos patrocinios a equipos deportivos en Estados Unidos y en el mundo. Todos estaban nerviosos, pero no podían negar que era una gran idea.

Después de la reunión, los directores fueron los primeros en irse, y yo acompañé a Jefferson de regreso a su oficina porque me pidió ayuda con algunos asuntos. O no le importaba lo que dijeran de nosotros, o hacía un gran esfuerzo para no demostrarlo. Al menos, eso me tranquilizaba un poco.

Pensaran lo que pensaran los demás, nunca se lo habría pedido a Jonathan. Fue una sorpresa tan grande para mí como para ellos, aparte del miedo a casarme con un desconocido, porque cuando empecé a trabajar en Athena, hacía ya unos meses que Jefferson se había alejado de su familia y había empezado a navegar por el mundo.

Estaba parada en medio de la sala cuando Jefferson se acercó por detrás y rodeó mi cintura, empujándome unos pasos hacia adelante. Estaba a punto de protestar cuando me mordisqueó la oreja y me tomó completamente desprevenida con un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo.

—¡Eh! —Intenté alejarlo, aunque en realidad quería que siguiera abrazándome así.

Subió una mano y la puso cerca de mis ojos. En la palma tenía escrito con bolígrafo la palabra *falso...* Lo había visto garabatear en la mano durante la reunión, pero no me había dado cuenta de que podía ser eso.

Me giré para enfrentarlo y apoyé los brazos sobre sus hombros, haciendo que moviera la cara para mirarme bien. Solo negué con la cabeza. No era falso, para mí era muy real. Cada día que pasábamos juntos me sentía más enamorada. Era como vivir un sueño del que no quería despertar.

Él subió la mano por mi espalda y tomó mi nuca. Me puse de puntillas y le permití que me besara. Empezó tranquilo, pero cuando su lengua entró en mi boca, sentí que me incendiaba.

—Aquí no. —Lo aparté cuando sus manos empezaron a bajar de mi cintura.

—Quería besarte frente a todos esos idiotas.

—Déjalos, te está yendo muy bien con los directores. Pronto los tendrás con la correa puesta.

Jefferson se rió. Pensé que volvería a besarme, pero rápidamente retiró las manos de mi cintura y se dirigió a la puerta. Seguí su movimiento con la mirada y me encontré con Felicitas.

—Disculpe, señor. Olvidé tocar antes de entrar, estoy acostumbrada a la señora Miller, que no puede oír. —Vi cómo sus labios se movían y un poco de vergüenza apareció en su rostro.

No sabía exactamente lo que Felicitas podría haber presenciado de mi momento con mi marido, pero era suficiente para hacerme sentir avergonzada.

—Estaré allí en breve. —Le informé con lenguaje de señas.

Mi asistente solo asintió y salió de la oficina, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Sabes? Mejor que ella nos haya visto así.

—Jefferson...

—No hay nada falso ya. Te quiero a ti.

No pude evitar sonreír, pero intenté mantener la cabeza fría ante la situación, por más extraña e improbable que fuera.

—Creo que eso les va a costar más entenderlo.

—No tienen que entender nada, solo trabajar. Nuestra vida personal no es asunto de ningún empleado de Athena.

—Todos están comentando.

—Voy a organizar una clase de yoga para calmarlos a todos y que sigan trabajando en sus tareas. —Su comentario me hizo reír a carcajadas.

—No son solo ellos los que tienen que calmarse y trabajar. —Señalé la computadora.

—Está bien. —Dejó caer los hombros—. Necesito preguntarte algo. Estaba revisando los informes de ventas y, que yo recuerde, los calzados deportivos eran unos de los productos estrella de la empresa.

—Han tenido una caída en los últimos dos años.

—¿Por qué?

—Otra empresa destacó en el mercado y terminó llevándose a muchos de nuestros clientes.

—Eso es algo que tenemos que revertir.

—Sí, Jonathan ya estaba pensando en eso. Puedo buscar los archivos que dejó y compartirlos contigo.

—¡Perfecto! Voy a poner eso como una de mis prioridades. Sabes que los calzados son muy importantes para una empresa de artículos deportivos. Vendemos no solo a atletas, sino también a amateurs y personas que no practican deportes.

—Sí, es muy importante. Te ayudaré con eso y revisaré lo que Jonathan estaba haciendo. Limpiaron su computadora, pero pedí que guardaran sus archivos en la nube.

—Gracias. —Se acercó de nuevo y rozó mis labios con los suyos rápidamente.

Mi corazón latía con fuerza en cada contacto. Me parecía extraño enamorarme tan rápido, pero conociendo bien a Jonathan, supuse que él sabía que esto pasaría y por eso me pidió en esa carta que le diera una oportunidad. También sabía mucho más de mí que probablemente yo misma.

—¿Me llamas si necesitas algo? —le pregunté a mi esposo.

Jefferson asintió y yo salí de su oficina.



Jefferson

Capítulo veinticinco

Estaba concentrado en hojas de cálculo, gráficos y reportes cuando recibí un correo con el acceso a los archivos de mi hermano. Antes estaban en la computadora que estaba usando, pero el equipo informático los había movido cuando asumí el cargo.

Hice clic en el enlace y vi varias carpetas con muchísimos archivos. Para mi sorpresa, no solo había documentos relacionados con la empresa, sino también cosas de su vida personal. No pude contener la curiosidad y empecé a revisar.

Encontré una carpeta con fotos. Me sorprendí al ver varias conmigo, en diferentes momentos de la vida. Jonathan siempre fue muy sentimental y pensé que esa era su forma de mantenerme cerca, aunque estuviera lejos. También había fotos de nuestros padres y muchas de él con Clare. No era el único que disfrutaba viajar; vi los muchos lugares a los que la había llevado. La mayoría de las imágenes eran de Europa, pero también había otras en varias ciudades de América Latina.

Entre las carpetas de fotos, había una protegida con contraseña. Intenté abrirla con la fecha de su cumpleaños, el nombre de nuestra madre, el mío y otras palabras que me parecían lógicas, hasta que volví a mirar las fotos con Clare y una palabra me vino a la mente: *amor*.

Probé algunas variantes hasta que finalmente pude entrar.

Había algunas fotos de él con otros chicos, pero uno en particular aparecía más veces y supuse que debía ser su última pareja. Clare me había comentado que él tenía aventuras mientras estaban casados.

Era casi gracioso pensar que vivimos casi treinta años lado a lado todos los días y él nunca tuvo el valor de decirme que las mujeres no eran lo suyo. Pero no podía recriminarle eso. Si Clare y yo ya estábamos siendo juzgados, siendo adultos, libres y sin impedimentos para hacer lo que quisiéramos, no quería imaginar cómo sería para él.

Dejé de husmear en las fotos y en la intimidad de mi hermano mayor y me fui a los archivos que realmente debía revisar, los que contenían información sobre la empresa. Encontré una carpeta que hablaba de los calzados deportivos, con una proyección mucho más detallada que la que me había pasado el departamento de ventas. Jonathan había puesto algunos planes en marcha, pero ninguno había tenido un impacto real para detener la caída en las ventas del producto.

Necesitaría estudiar a la competencia y pensar en algo realmente increíble e innovador para recuperar a nuestros clientes.

No sería nada fácil, pero con un poco más de tiempo y perseverancia, iba a lograr demostrar mi valía dentro de Athena.

Empecé a trazar una estrategia y pensé en agendar una reunión con el departamento de desarrollo para ver qué estaban planeando para los nuevos modelos. En una búsqueda rápida, comencé a analizar las tendencias, qué buscaban los clientes, las nuevas tecnologías, para intentar anticipar algo, porque en ese momento necesitábamos algo verdaderamente innovador que nos diera un giro importante, además de ofrecer el producto a un precio accesible, cercano al del mercado.

Estaba distraído con la computadora cuando el teléfono sobre mi escritorio empezó a sonar.

Tomé el aparato por reflejo.

—Hola.

—Señor Miller, le transfiero una llamada de la asesoría de prensa —Felicitas ni esperó que respondiera antes de redirigir la llamada.

—¿Señor Miller? —La voz grave de un hombre mayor se escuchó del otro lado.

—¿Sí?

—Ahora que ha regresado de viaje, me gustaría agendar una entrevista con la prensa. Están llamando seguido, haciendo preguntas sobre usted, el matrimonio con la esposa de su hermano y su momento frente a la empresa.

—No voy a hablar con nadie.

—Señor...

—Ocúpese de hacer un comunicado sobre la nueva tecnología en telas para uniformes deportivos que vamos a lanzar el viernes. Olvídese de mí y de mi vida personal.

—Pero señor...

—Ya estoy cansado de esos reportajes sobre mí, el testamento y mi matrimonio con Clare.

—Todos quieren saber detalles.

—Estamos casados. ¿Eso responde su pregunta?

—Imagino que es por el testamento. ¿Hay una fecha para un posible divorcio? El contenido del testamento no especificaba cuánto tiempo debían permanecer casados; supongo que unos meses son suficientes. ¿Ella seguirá trabajando en la empresa después de la disolución del matrimonio? ¿Cómo es estar casado con la esposa de su hermano mayor? ¿Cómo es la convivencia…?

Colgué el teléfono sin tomarme la molestia de responder alguna de sus preguntas. El tipo trabajaba para Athena, debería preocuparse por la imagen de la empresa y no alimentar rumores y chismes.

¿Hay una fecha para un posible divorcio?, una de sus preguntas resonaba en mi cabeza. ¿De verdad estaban esperando

que mi matrimonio terminara antes de empezar? Sabía que los curiosos no sabían que me había enamorado de Clare, pero no necesitaban hacer esas preguntas.

Pensé si debería llamarlo y decirle que no habría divorcio, al menos yo esperaba que no. Pero volví a concentrarme en el trabajo, necesitaba enfocarme en Athena, en su posición en el mercado y en mi imagen como CEO. Tenía claro que después del lanzamiento del viernes, y sobre todo si lograba revertir la situación de los calzados deportivos, empezarían a verme de otra manera.



Clare

Capítulo veintiséis

Jefferson me tendió la mano para que bajara del coche y besó el dorso antes de acercarme a su pecho, mientras todavía estábamos en el estacionamiento de nuestro edificio.

Él soltó los hombros, pero noté que la preocupación en su rostro no desaparecía.

—¿Qué pasa? —Masajeé la pequeña arruga que se había formado en su frente.

—Me están poniendo a prueba los nervios.

—Estoy seguro de que no eres el único que pasa por esto.

—Estoy recordando las razones que me hicieron querer irme. La vida es mucho más fácil cuando solo tienes un barco y un tripulante que manejar.

—¿Estás pensando en desaparecer de nuevo? —Sostuve su rostro mientras nuestras miradas se conectaban y yo encontraba el camino hacia su alma.

—Encontré un motivo muy fuerte para querer quedarme. —Sonrió al levantar una mano y acariciar mi rostro.

Jonathan quería que fuera el ancla de su hermano y parecía que lo había logrado.

Jefferson tomó el control del coche para cerrarlo, luego me agarró con ambas manos y me atrajo para besarme. Nuestras bocas se unieron y me dejé llevar por el sabor mágico de su lengua mientras él me cargaba en brazos y me levantaba del suelo.

Reí al rodear su cuello para mantener el equilibrio y volví a besarlo, moviendo la cabeza en busca del encaje perfecto mientras él me llevaba hacia el ascensor.

Mi marido me inclinó y extendí la mano solo para presionar el botón de nuestro piso antes de seguir besándolo.

Me puso en el suelo frente a la entrada del departamento mientras buscaba algo en sus bolsillos.

—¡No puedo creerlo! Creo que dejé la llave en mi oficina.

—La tengo yo. —Abrí el bolso para sacarla y él se rió, como si se hubiera sentido demasiado tonto por no darse cuenta antes.

En cuanto abrimos la puerta, él tomó mi bolso y lo dejó caer al suelo antes de que sus manos volvieran a apretar mi cintura. No estaba acostumbrada a llegar a casa en medio de tanta calentura. Tampoco es que me quejara, por supuesto.

Era bueno tener un mejor amigo, pero un esposo de verdad era otra cuestión, muy diferente y mucho mejor.

Jefferson me presionó contra la pared del pasillo. Su beso se deslizó de mi boca hasta mi cuello. Cerré los ojos por el calor, la

presión, la deliciosa experiencia de su aliento, sus dientes rozando mi piel hasta la base de la garganta, mostrándome lo sensible que era.

Levantó la cabeza y sostuvo mi rostro, haciendo que lo mirara. Apoyé una mano en cada una de sus mejillas mientras esperaba lo que tenía para decir.

—Estoy muy feliz de estar contigo.

—Yo también.

Entendía el miedo de mi madre, pero si había algo de lo que me estaba alejando cada vez más era de arrepentirme de haber aceptado ese matrimonio. Mi conexión con Jefferson y toda la alegría no hacía más que fortalecerse e intensificarse.

Él deslizó las manos por mi espalda y abrió la cremallera de mi falda, bajándola hasta el suelo. Mi interior se revolvió. La expectativa de convertirnos en uno solo se volvió más fuerte que todo.

Había un poco menos de cuidado en la forma en que me tocaba que la primera vez, pero sabía que era proporcional a la necesidad. Me estaba acostumbrando a compartir ese deseo y tampoco quería esperar mucho.

Lo tiré del cabello y lo obligué a mirarme de nuevo. Sus ojos, profundamente verdes, se oscurecían más por las pupilas dilatadas. Jadeaba levemente, evidenciando la necesidad que tenía.

Jefferson presionó su cuerpo contra el mío, su erección palpitaba contra mi entrepierna y abrí la boca. Sabía que gemía, aunque no podía oír mis propios sonidos.

Era difícil describir cuánto quería cada uno de sus toques. Despertaban una parte de mí que no sabía que existía hasta que Jefferson me la mostró. Fue relativamente fácil sobrevivir a una relación sin ese tipo de contacto hasta descubrir lo bueno que era.

Mi marido apoyó la frente contra la mía. Veía sus labios moverse, pero no formaban palabras, solo acompañaban su respiración dificultosa, que yo notaba por la forma en que se movía su pecho. Mi pecho hacía el mismo movimiento.

Deslicé los dedos por el cuello de su camisa hasta llegar al primer botón. Jefferson sonrió, alentándome a seguir. Aflojé la corbata antes de continuar desabotonando.

Llegué hasta la base de su pantalón, cerca del cinturón y la bragueta, pero antes de que mis manos subieran para quitarle la camisa y el saco, Jefferson tomó una de ellas y me la colocó sobre su verga.

Mis mejillas se sonrojaron, pero no evité el contacto ni aparté la mirada para poder ver el placer en sus ojos.

—¿Puedo abrirlo? —Llevé la otra mano hacia el cinturón.

—Sí...

Bajé su pantalón y dejé al descubierto su bóxer negro mientras Jefferson se movía para que la camisa y el saco cayeran al suelo.

Luego fue él quien abrió mi camisa. Jefferson besó mi cuello mientras desabrochaba el primer botón. Moví la cabeza para seguirlo con la mirada y vi cómo mi pecho subía y bajaba rápido por la respiración agitada. El corazón latía fuerte, pero no era lo único que pulsaba en mí.

Froté los muslos para calmar la necesidad, pero solo aumentaba.

Jefferson agarró la nuca y yo eché la cabeza hacia atrás, mientras con la otra mano él tiraba de mi blusa, dejándome solo con la ropa interior. Me quité los tacones cuando él volvió a cargarme en brazos.

Con una mano me sostenía, y con la otra buscaba la manija de la puerta.

Entramos a nuestro cuarto y tiré de su rostro para besarlo más. Era como si mis labios estuvieran secos y esa fuera la única forma de humedecerlos. Un beso caliente, lleno de deseo que me dejaba sin aliento y sin equilibrio.

Solo me di cuenta de que nos habíamos sentado al borde de la cama cuando tuve que doblar las rodillas para acomodarme en el

regazo de Jefferson. No dejamos de besarnos mientras su mano bajaba por mi espalda hasta encontrar el cierre de mi sostén.

Me moví en su regazo, sintiendo su erección separada de mí solo por la tela delgada de mi tanga y su bóxer. La temperatura aumentaba con el contacto.

Jefferson sostuvo mi rostro con el pulgar y me pasó los dedos por la nuca, enredándolos en mi cabello. Luego, me hizo mirarlo.

—¿Está todo bien? —Movió los labios.

—Sí. —No supe si respondí a su pregunta o si acababa de gemir cuando sentí otra de las pulsaciones debajo mío.

Me guió apoyando mis manos sobre sus hombros mientras bajaba mi tanga. Después de quitarme la última prenda íntima, él hizo lo mismo y pude sentirlo directamente, mi intimidad sobre la suya. Su verga estaba muy dura, pero aún no me penetraba.

Lentamente, Jefferson agarró mi cintura y me levantó. Sostuvo su miembro con la otra mano y lo colocó en mi entrada antes de metérmela.

Involuntariamente, eché la cabeza hacia atrás al sentirlo acomodarse dentro de mí. A diferencia de la primera vez y el inicio de la segunda, no hubo dolor, como si mi cuerpo ya se hubiera acostumbrado a su presencia.

Mi cabello se movió salvajemente cuando me lancé sobre él de nuevo y empecé a moverme en un ritmo tan armónico como nuestra respiración. La sensación era como si hubiéramos nacido para hacer eso. De cierta forma, el sexo era algo natural para todas las especies.

Con una mano en mi cintura, ayudándome a subir y bajar sobre su verga, Jefferson puso la otra en mi nuca, moviendo mi cabeza para que nuestros ojos se volvieran a encontrar.

Acaricié su rostro antes de volver a besarlo.

Jefferson rodeó mis piernas con su cintura y nos levantó. Todavía dentro de mí, me sostuvo contra la pared del cuarto. Entró más profundo y enterré las uñas en su espalda.

Abrí la boca en medio de una profunda ola de placer, aunque no tenía idea de los sonidos que estaba produciendo. Cuanto más rápido me penetraba, más rápido quería que se moviera.

El impacto de su cuerpo contra el mío era cada vez más intenso; el choque, la presión y la fricción solo aumentaban mi placer.

Subí las manos por su cabello y agarré los mechones mientras alcanzaba el clímax. En medio de mi orgasmo, Jefferson siguió sosteniéndome y embistiéndome hasta unirse a mí y dejarme sentir su semen llenándome.

Permanecimos en esa posición, yo suspendida, hasta que Jefferson recuperó el control de sus músculos y me dejó en el suelo.

Me apoyé en la pared al sentir las piernas temblar y el corazón acelerado. Necesité un momento hasta poder caminar, pero igual fui al baño del cuarto tambaleándome y sin ningún equilibrio.

Era paralizante y, al mismo tiempo, la mejor sensación del mundo.

Empecé a darme una ducha y Jefferson se unió a mí bajo el agua.

Apoyó una mano en el azulejo para llamar mi atención y movió la cabeza para mirarme fijamente.

—¿Cómo te sientes?

—Como si no pudiera ponerme de pie nunca más.

—Eso suena mal.

—Pero es espléndido.

Se rió antes de besarme.

Pasamos un rato bajo la ducha hasta que salí envuelta en una toalla y él vino justo detrás.

Me puse uno de mis pijamas y Jefferson solo se puso un calzoncillo y la bermuda, sin camiseta. No me quejé ni un poco, me encantaba ver su cuerpo.

Me senté en el sofá y agarré el celular. Tenía varias videollamadas perdidas de mi mamá y muchos mensajes. No había hablado bien con ella y no era sorpresa que estuviera preocupada y ansiosa.

Me acomodé en el asiento, tomé una almohada negra en mi regazo y respondí a una de las videollamadas.

—Clare.

—Hola, mamá.

—¿Llegaste hace poco del trabajo?

—Llegué hace rato.

—¿Por qué no me llamaste antes?

Me sonrojé y no supe qué responder, entonces Sarah apareció al lado de mi mamá y me ayudó a salir del apuro.

—Dale un respiro, Olivia. Ya te está llamando. ¿Todo bien con el viaje, Clare?

—Sí. El lugar era hermoso. Hasta dimos un paseo en helicóptero por la isla. Una de las vistas más bonitas que he visto.

—Eso es increíble.

Jefferson me sorprendió con un beso en la mejilla y bajé el celular para mirarlo.

—¡Te quiero hacer una preguntita! —Leí en sus labios.

—¿Qué pasa? —dije riendo.

—¿Pido una pizza para cenar, o prefieres otra cosa?

—Me encanta la comida japonesa.

—Entonces pido comida japonesa.

—Gracias.

Sacó el celular del bolsillo y se alejó caminando hacia la cocina.

—¿Qué fue eso? —preguntó mi mamá con el ceño fruncido. No podía oír bien sus palabras, pero su expresión de preocupación y recelo era clara.

—Jefferson solo me estaba preguntando qué vamos a cenar.

—Eso ya lo escuché.

—¿Entonces cuál es el problema?

—Te besó en la cara, están muy juntos. Parece que están aprendiendo a convivir.

—Ay, mamá... —Volví a ponerme incómoda.

Jefferson estaba en la cocina, pero después de tres años sin oír, había perdido la noción de la distancia necesaria para que alguien pueda escuchar o no.

—Besó mucho más que la cara. —Rió Sarah, antes de que pudiera decir otra cosa.

Me puse aún más roja, porque antes de pensar en los muchos besos en la boca que Jefferson ya me había dado, recordé la imagen de su cabeza entre mis piernas la noche anterior.

—¿No crees que van muy rápido? —Su rostro no escondía la preocupación.

—Ay, Olivia, déjalos. Son jóvenes y están casados. Mejor que aprovechen el momento.

Por más preocupada que estuviera mi mamá con mi relación con Jefferson, ella y Sarah eran las personas en las que más confiaba en el mundo. En la ausencia de Jonathan, ellas eran las únicas con las que me sentía segura para abrirme.

Apoyé el celular en la almohada y aparté las manos para comunicarme con ellas en lenguaje de señas.

—Me estoy enamorando de él —confesé, antes de voltear y ver a Jefferson inclinado sobre la barra de la cocina, mirando su celular.

—Ten cuidado. —Movió las manos mi mamá.

—Disfruta tu matrimonio, querida. Sé feliz —Sarah me animó más—. Si él te hace bien, disfruta eso.

—Gracias.

—Que tengan buenas noches.

Mi mamá no parecía muy contenta, pero igual colgó la llamada.

Dejé el celular en el sofá y me levanté para ir hacia Jefferson. Puse la mano en su espalda y él se giró para mirarme.

—Hola. ¿Extrañaste a tus madres?

—Creo que solo las extrañaré de verdad cuando no las vea por un buen tiempo.

—Mi mamá quiere que almorcemos con ella el domingo. ¿Qué te parece si reunimos a toda la familia?

—Me parece una gran idea. Las llamaré después.

—Qué bien, porque tu mamá no parece ser mi mayor fan.

Levanté la mano y recorrí su rostro, desde la ceja hasta la mandíbula. *Es tan atractivo...*

—Con el tiempo se acostumbrará a ti, solo tiene miedo de que algo me pase. Ella cree que puede protegerme de todos.

—No la juzgo.

—¿Por qué?

—Yo también quiero protegerte de todo. —Tocó mis labios con el dedo índice y suspiré—. Ven aquí. —Extendió los brazos y esperó a que me acomodara en su pecho.

Apoyé la cabeza en él. Aunque no podía escuchar los latidos de su corazón, los sentía. Eran tranquilos.

Jefferson enterró la nariz en la parte superior de mi cabeza y sentí su respiración contra el cuero cabelludo mientras me envolvía por completo.

Gracias, Jonathan..., ese pensamiento resonó solo en mi cabeza. No había otro sentimiento que tener hacia mi mejor amigo que no fuera gratitud. Se había ido, pero no sin antes entregarme un gran amor.

Jefferson se apartó de repente y me asusté.

—¿Qué pasa? —Extendí la mano para buscar su rostro.

—Está sonando el intercomunicador. Debe ser la comida. Voy a buscarla.

Lo seguí con la mirada y lo vi tomar el teléfono, decir algo, volver a colocar el auricular en su sitio y dirigirse al dormitorio. En el camino hacia la puerta, se puso una camisa tipo polo. Sostuvo el picaporte, me lanzó un beso y entendí que eso significaba un "vuelvo pronto". Le hice un gesto con la mano antes de que desapareciera por el pasillo.

Abrí los armarios en busca de platos, los coloqué sobre la mesa junto con unos vasos y un jugo de uva 100% natural. Poco después, Jefferson regresó con la comida y puso una bandeja de

madera en el centro de la mesa. Me entregó los palillos antes de arrastrar una silla y sentarse frente a mí.

Tomé una pieza de salmón y la extendí hacia él. Jefferson se rió antes de abrir la boca y dejar que se la colocara sobre la lengua.

Él sirvió el jugo mientras comíamos.

—¿Encontraste algo interesante en los archivos de Jonathan?

—Muchas cosas interesantes, pero no sobre los calzados deportivos. En realidad, encontré documentación que hablaba de varios intentos para revertir la situación, pero ninguno funcionó, así que tengo claro todo lo que no debo hacer.

—¿Te sirvió de algo?

—Sí.

—Vamos a pensar en una solución.

—Estoy seguro.

—No todo lo que Jonathan intentó fue un fracaso.

—Justo estaba pensando en eso.

—¿Sí?

Asintió.

—Yo me alejé, pero mientras más tiempo paso aquí y más cerca estoy de ti, me doy cuenta de que estoy exactamente donde debería estar.

—Sí, lo estás. —Entrelacé mis dedos con los suyos.

Él tomó mi mano y me besó el dorso.

Después de la cena, nos sentamos frente al televisor y vimos una película juntos. Jefferson tendría que acostumbrarse a los subtítulos y a la audiodescripción.



Jefferson

Capítulo veintisiete

Arreglé mi corbata mientras me miraba en el espejo. Durante los últimos cinco años, había evitado a toda costa los eventos de gala y todo el glamour que conlleva tener dinero. Sin embargo, frente a Athena sería imposible, porque la gente suele adorar las fiestas, los cócteles y cualquier tipo de celebración.

Me miré al espejo y esbocé una sonrisa; estaba esforzándome para eso, había aceptado el reto y no pensaba retroceder. En el peor de los casos, llevaría a Clare conmigo y desapareceríamos de nuevo. Pero sabía que ese no era el futuro que ella esperaba, y no iba a decepcionarla.

Sentí sus delicadas manos subir por mi hombro y me volteé para que pudiéramos comunicarnos.

—Estás hermoso. —Acarició mi rostro.

—Tenía que estar a tu altura.

Ella desvió la mirada, con las mejillas más rojas que el efecto del rubor.

Clare llevaba un vestido largo negro que marcaba las curvas de su cuerpo y caía en una falda de encaje con un patrón de flores. El escote era profundo y dejaba entrever el contorno entre sus senos, pero estaba cubierto por una tela que unía las dos partes

delanteras. Las mangas eran delgadas y dejaban al descubierto parte de sus hombros. Su cabello rubio estaba recogido hacia un lado y caía en rizos sobre el otro hombro. Estaba tan arreglada como el día de nuestra boda.

Tomé su rostro entre mis manos e incliné la cabeza hacia ella.

—Te vas a manchar de labial —me dijo.

Uní mi boca a la suya como única respuesta, suficiente para que Clare supiera que no me importaba.

Profundicé el beso, saboreé su boca y su lengua, y me separé solo cuando ya no podía respirar.

Riendo, pasó el pulgar por mis labios para quitar cualquier rastro de labial que pudiera haber quedado. Luego fue a retocarlo.

Estiré la manga de mi saco y miré la hora en el reloj antes de volver a mirar a mi esposa.

—¿Podemos irnos?

—Sí.

—Si el chofer llegó a la hora acordada, ya debe estar esperándonos en el garaje.

Ella asintió.

Entrelacé mis dedos con los suyos y la guié fuera de nuestro apartamento. Caminamos hasta el ascensor al final del pasillo y me

contuve para no abrazarla ahí mismo. Por suerte, podría hacerlo apenas regresáramos de la fiesta.

Habíamos ido a la empresa durante el día y, al finalizar la jornada, ella salió para ir al salón de belleza mientras yo volví a casa para arreglarme. Era un evento importante para Athena y esperaba que fuera suficiente para acallar los rumores y los temores respecto a mi capacidad -o la falta de ella- para dirigir la compañía.

Clare y yo asistiríamos como pareja, y también deseaba que eso pusiera fin a las preguntas sobre una posible disolución de nuestro matrimonio.

Apenas salimos del ascensor, nos encontramos con la limusina que nos aguardaba. El chofer bajó y abrió la puerta para que subiéramos. Dejé que Clare se acomodara antes de sentarme a su lado.

Ella parecía bastante tranquila. Imaginé que su tiempo casada con Jonathan la había preparado para ese tipo de exposición. La diferencia entre su unión con él y la nuestra era que Clare se había convertido en mi esposa tanto frente como detrás de las cámaras.

Fui observando los edificios de otras compañías mientras nos dirigíamos a la sede de Athena. El cóctel tendría lugar en la recepción y el auditorio de la empresa. Yo había acompañado de cerca todos los preparativos para que todo saliera como estaba

planeado. Si había algo que no necesitaba esa noche, eran sorpresas desagradables.

La limusina se detuvo frente al edificio y torcí la boca en cuanto vi a los fotógrafos y reporteros. Me incomodaba su presencia. Creía que ya habían hablado lo suficiente sobre mi matrimonio, pero tuve que recordarme que no estaban allí solo por mí. El evento reuniría a varias estrellas del deporte patrocinadas por la empresa.

El chofer abrió la puerta y yo fui el primero en bajar. Me acomodé el saco mientras escuchaba el sonido de los clics de las cámaras y los destellos de los flashes.

—Señor Miller... Jefferson Miller... —me llamaban, pero no me molesté en responder ni en mirar de dónde venían las voces.

Tomé la mano de Clare y la ayudé a bajar. Entrelacé mis dedos con los suyos y caminamos juntos hasta la entrada principal. Solo dejé de escuchar los gritos de los reporteros cuando cruzamos las puertas de vidrio.

—Son insoportables —bufé.

—¿Qué estaban diciendo? —Clare alzó las cejas.

—Nada importante. —Negué con la cabeza.

—Señora Miller. —Felicitas se acercó a nosotros y comenzó a comunicarse con Clare en lenguaje de señas.

Yo había empezado a aprender por mi cuenta, pero no iba a decirle nada a Clare hasta que pudiera entender bien lo que comunicaba.

El director de marketing se acercó a mí, acompañado por una mujer que no conocía, aunque imaginé que sería su esposa.

—Señor Miller.

—Señor Harrison —lo saludé con un leve movimiento de cabeza.

—La fiesta está siendo un gran éxito.

—Esa es una excelente noticia.

—La mayoría de los atletas aceptó nuestra invitación y están ansiosos por conocer más sobre la nueva tela con la que se fabricarán los uniformes.

—Estoy seguro de que el departamento de desarrollo e innovación hizo un trabajo excelente.

—Así es. —Se giró hacia mi esposa—. Señora Miller.

Clare solo asintió con la cabeza antes de dirigirse a la acompañante del hombre.

—Es un placer volver a verla, señora Harrison.

—Igualmente.

—Vamos a saludar a los demás directores —me indicó Clare, y yo simplemente asentí, dejándome guiar hasta las personas con las que consideraba necesario hablar.

Intercambié algunas palabras con muchos colaboradores de la empresa y fui presentado a estrellas del deporte de distintas disciplinas: baloncesto, béisbol, fútbol, voleibol, hockey y muchas más.

Imaginé que sería por estar en un evento público con tantas personas distintas, pero noté a los directores mucho más cordiales conmigo. Tal vez finalmente habían comprendido que lo mejor era aceptarme. Athena era mía por derecho y tendrían que reconocerme como el CEO de la compañía, o podrían irse buscando otro empleo.

Nos dirigimos al auditorio, donde se presentaría la nueva tela. Acompañé a Clare hasta la primera fila y la dejé acomodarse antes de subir al escenario y situarme tras un pequeño atril.

—Quiero agradecer la presencia de todos los que están reunidos aquí esta noche. Es un enorme placer recibirlos en mi nombre y en nombre de toda Athena. Hoy presentamos otra gran innovación de nuestro equipo, que siempre ha estado un paso adelante cuando se trata de deporte. El T-Zeus es una tela de alta tecnología pensada para el mejor rendimiento de nuestros atletas. Ligera, con protección contra el clima, tanto el sol como el frío, y con microporos responsables de absorber y eliminar el sudor. Fue diseñada para no generar fricción con el aire y evitar que los

competidores de velocidad se vean perjudicados. T-Zeus es lo mejor de Athena para nuestros atletas, y pronto estará disponible en el mercado.

Mientras hablaba, iba señalando las imágenes que se proyectaban en la pantalla detrás de mí.

Apenas terminé, los jugadores de baloncesto subieron al escenario e hicieron una pequeña performance con balones. Luego se acercaron a mí y posaron alineados para mostrar al público los uniformes confeccionados con la nueva tecnología.

Alguien comenzó a aplaudir, y pronto todos lo imitaron.

—Ha estado muy bien, señor —dijo el director de marketing al acercarse a mí, antes de tomar la palabra para hablar sobre futuros proyectos e inversiones de la empresa.

—Gracias.

Cuando bajé del escenario, varias personas me rodearon. Algunas lo hacían por adular, pero otras se acercaron con preguntas realmente interesantes. Me dejé llevar por la conversación y respondí a sus expectativas.

—¿Cuál es la proyección de crecimiento de Athena para los próximos seis meses? —preguntó una mujer que representaba a un periódico local. Como era una cuestión empresarial, no me incomodó tanto responderla.

—Entre diez y veinte por ciento.

—¿Invertirán en otros sectores?

—¿Habrá programas filantrópicos?

—¿Cuál es la fecha en la que los nuevos uniformes estarán disponibles?

—¿Será posible para cualquier persona comprar uniformes con esa misma tecnología en las tiendas de Athena?

Pronto me vi rodeado de preguntas que necesitaban algo de reflexión antes de dar una respuesta.

Cuando la pequeña multitud se dispersó, respiré aliviado y di un paso hacia mi esposa, que seguía esperándome en la silla donde la había dejado. Sin embargo, antes de que pudiera llegar hasta ella, otra persona se interpuso en mi camino.

—Jeff...

—¿Briana? —dije sorprendido, al ver ese rostro que creía no volver a encontrar jamás—. No deberías estar aquí.

—Necesitaba verte y me estaba quedando sin opciones.

—¿No pensaste que si no respondía tus llamadas era porque no quería verte?

—Me sorprendí tanto cuando regresaste, pero ahora todo tiene sentido.

Di un paso atrás y levanté una ceja, sin entender a qué se refería exactamente.

—Te obligaron a casarte.

—No es lo que piensas.

—Lo siento mucho, me enteré de todo por los periódicos. Deberías haberme contado. Podríamos haber encontrado una solución, pero no te preocupes, vamos a arreglar esta situación. —Intentó tomar mi mano, pero retrocedí, apartándola con rapidez.

—No sé cómo entraste en esta fiesta ni por qué estás aquí, pero no hay nada que resolver. Todo está, por fin, como yo quiero que esté.

—Sé que estás confundido, pero pronto te vas a divorciar.

—No. No voy a divorciarme. Si hay alguien confundida aquí, claramente no soy yo.

—Nos amamos.

—¿Te volviste loca, Briana?

—Todo está siendo difícil, Jefferson, pero no tienes que enfrentarlo solo. —Puso su mano sobre mi pecho, pero la aparté.

—No me toques.

—Jefferson, merecemos estar juntos. Ya te esperé cinco años, puedo esperar un poco más. Vamos a arreglar todo y seremos una pareja feliz.

—Briana, escucha. Te lo voy a decir con total claridad: soy un hombre casado ahora, y no tengo ninguna intención de divorciarme, mucho menos de volver contigo.

—Señor Miller, ¿puede acompañarme para tomarnos unas fotos con el equipo de baloncesto? Zac Jones, la estrella de la temporada de béisbol, también está aquí. —Un hombre del equipo de marketing se me acercó, captando mi atención.

—Briana, con permiso, tengo que irme.

—Jeff...

La aparté con cuidado y pasé por su lado sin responder más a sus preguntas ni a sus insinuaciones fuera de lugar. No sentía ningún vínculo con ella antes, y ahora, estando enamorado de Clare, eso era imposible.

Caminé hasta donde el fotógrafo estaba organizando a los jugadores del equipo frente a la estatua de la diosa Athena, que se encontraba en nuestra recepción, y posé junto a ellos para algunas fotos. Después, me llevaron a posar junto a otros atletas. Esperaba que nuestro equipo de prensa aprovechara esas imágenes para promocionar la compañía, en lugar de seguir respondiendo a artículos sobre mi matrimonio.

Luego de las fotos, fui en busca de mi esposa, que conversaba con otros empleados de la empresa.

—Hoy estás muy solicitado. —Se giró hacia mí cuando puse la mano en su cintura y me situé a su lado.

—Lamentablemente.

—Es parte del trabajo. Como ya habías previsto, este momento será muy importante para Athena. Esta tela traerá nuevas inversiones y negocios.

—Eso es lo que espero.

—Ten fe. —Sonrió.

—La tengo.

—Parece que se están manejando muy bien con este matrimonio falso —comentó una de las mujeres que estaba conversando con Clare.

—Nos estamos manejando muy bien con el matrimonio —corregí, intentando mantener la compostura ante tanta lengua afilada.

Con la aparición repentina de Briana ya tenía suficiente. No necesitaba a nadie más agobiándome.

—Las perspectivas para Athena son excelentes —dijo la mujer, cambiando de tema, mientras yo tomaba a Clare de la cintura y la acercaba a mí.

—El mercado no tiene por qué sentir inseguridad, la empresa no dejará de crecer.

—Eso es lo que todos esperamos.

El fotógrafo nos llamó a Clare y a mí para tomarnos una foto juntos.

Después de algunos anuncios más, la atención de todos se desvió hacia el bufé y el champán que se ofrecían.

Por suerte, no volví a ver a Briana. Esperaba que todo hubiera sido solo un mal sueño y que ese fantasma no regresara para perseguirnos.



Clare

Capítulo veintiocho

Ya era tarde en la noche cuando salimos de la fiesta. Jefferson estaba emocionado con el resultado del evento, y yo también. Para alguien que había estado tanto tiempo alejado de los reflectores y de las responsabilidades de la empresa, él se estaba desempeñando muy bien. No me sorprendía; su presencia desmentía muchos rumores que habían circulado durante su ausencia. Jefferson era muy decidido en todo lo que hacía, incluso en estar conmigo.

A pesar de todos los retos que estábamos enfrentando y que todavía enfrentaríamos con el cambio de gestión, no tenía dudas de que él lo lograría. Además, cuando estábamos juntos, envueltos en nuestra burbuja, era como si nada ni nadie pudiera interrumpir nuestra felicidad.

Yo estaba distraída cuando me tomó del brazo y me acomodó en su regazo.

—Jefferson...

Él hizo un gesto de silencio, poniendo el dedo índice sobre mis labios. Seguíamos en la limusina en movimiento, pero pronto llegaríamos a casa.

Sonrió antes de subir la mano por mi nuca y jalar mi cabeza hacia abajo, uniendo nuestros labios. No resistí el beso, sobre todo porque parecía imposible hacerlo, aunque quisiera. Me acomodé mejor en su regazo y subí las manos por su pecho hasta rodear su cuello. Jefferson hundió la lengua en mi boca con más intensidad y el beso se volvió más profundo.

Sentí que mi peinado se deshacía mientras él enredaba los dedos y tiraba de mi cabello. Jefferson mordió suavemente mi labio inferior antes de presionar más fuerte sus labios contra los míos. El beso se transformó en fuego y pasión. Era como si tuviéramos un hambre infinita el uno del otro. Lo que sentía con Jefferson era increíble y único. La primera vez que lo vi jamás imaginé que llegaríamos a algo tan especial.

Sus manos bajaron por mi espalda y me rodearon hasta alcanzar mis tetas, cubiertas solo por la tela del vestido. Me contuve para no gemir contra sus labios, porque no podía controlar el volumen de mis propios sonidos. Firmes, sus manos deslizaron hasta mis muslos, apretando mi piel y subiendo el vestido.

Sostuve su rostro con ambas manos y me separé, encontrando la inmensidad verde que mostraban las farolas de la calle. Sus labios estaban entreabiertos, el deseo era evidente. Mientras me miraba, me subía el vestido hasta mi cintura.

—Jefferson...

—Nadie nos va a ver.

—¿Y el chofer?

—Va a esperar a que salgamos del coche a nuestro ritmo.

Negué con la cabeza, dudosa.

—Igualmente, no necesitamos tardar mucho —dijo, levantando la mano para sostener mi rostro, mientras presionaba su erección contra mí y mi sentido común se fue completamente al diablo.

Mi cuerpo lo quería, cada célula imploraba por más de su contacto, de sus besos y todo el calor que me incendiaba cada vez más. Mi intimidad latía con fuerza y se intensificaba con cada roce.

Asentí, moviendo la cabeza afirmativamente, y lo vi abrir la cremallera de su pantalón. Me levanté un poco, apoyándome en sus hombros, y sentí la punta de su verga rozar mi ropa interior, que estaba húmeda por toda la necesidad que él despertaba en mí. Jefferson la corrió hacia un lado, deslizando un dedo entre mis labios vaginales mayores, y me penetró con él.

Solté un gemido y él se rió antes de cambiar el dedo por su verga y jalarme para que me acomodara en su regazo.

Si había algo que nunca imaginé era tener sexo en una limusina, de regreso de una fiesta de la empresa. Dejé de pensar cuando él me la metió bien adentro y todos mis instintos me

impulsaron a comenzar a moverme. Apreté sus hombros con las manos y empecé a balancearme en su regazo.

Era natural, instintivo, y me movía sobre él sin necesidad de indicaciones. Cada vez que subía y bajaba, las paredes de mi vagina lo abrazaban, como queriendo retenerlo dentro de mí.

Mis ojos buscaron los de Jefferson, y él acarició mi rostro con una mano, mientras con la otra sujetaba mi cintura para ayudar a controlar mis movimientos. Lo besé, con el deseo y la pasión hablando más alto que todo.

Estaba cada vez más entregada a él.

Mi respiración se volvió pesada mientras el placer crecía. Los movimientos se aceleraron y me dominó una búsqueda loca del éxtasis.

Me recosté en el respaldo del asiento y esperé que él volviera a moverse. El deseo y la necesidad seguían latentes en mí, así que aumenté la velocidad intentando aplacarlos.

Su boca dominaba la mía mientras él entraba cada vez más profundo. Jefferson puso una mano entre nosotros, deslizó los dedos dentro de mi ropa interior, hasta que el dedo medio presionó mi clítoris y comenzó a hacer círculos.

Me agarré a su chaqueta y eché la cabeza hacia atrás en medio de una profunda ola de placer. Él siguió moviendo el dedo hasta que fui completamente dominada por el éxtasis. La explosión

empezó donde me tocaba y se irradiaba por todo mi cuerpo, dejándome sin aliento y sin racionalidad.

Él apartó la mano al darse cuenta de que llegué al orgasmo y yo recosté la cabeza en su hombro mientras me recuperaba y sentía cómo él eyaculaba dentro de mí.

Sostuve su rostro y lo miré a los ojos. La luz era tenue, pero me esforcé para leer sus labios.

—Este viaje fue largo.

—¿Tú crees? —Rió—. Estamos en el garaje desde hace unos cinco minutos.

Llena de vergüenza, escondí la cabeza en su pecho. Jefferson tomó mi rostro y volvió a mirarme antes de que intercambiáramos un beso mucho más delicado y lleno de cariño que los que tuvimos durante el sexo.

Cuando se apartó, me entregó su pañuelo. Me apuré para levantar la falda del vestido y limpiarme antes de bajar de la limusina. Por suerte ni vi al chofer, porque si lo hubiera visto, mi vergüenza habría confirmado lo que acabábamos de hacer.



Jefferson

Capítulo veintinueve

Me di vuelta en la cama, quedando encima de ella, y desperté a Clare con besos. Habíamos pasado todo el día anterior ahí y no me importaría que nuestra rutina se repitiera hoy, pero había quedado en almorzar con mi madre.

Clare sonrió al abrir los ojos y me rodeó con sus brazos.

—¿Qué hora es? —Acarició mi rostro, deteniéndose en la zona de la ceja mientras la recorría, sintiendo la textura de los pelos gruesos.

—Nueve de la mañana.

—¿Tan tarde?

—Pero es domingo.

—¡Ah! —Se estiró.

—¿Qué te parece si desayunamos y nos arreglamos? Tenemos que almorzar con nuestras madres, ¿lo recuerdas? Ellas nos están esperando.

—No sabía que te preocuparas tanto por eso.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño mientras la miraba.

—Por la familia.

—Mis ideas cambiaron.

Clare rió.

—Me alegra ser parte de eso.

—Tú tienes toda la culpa. —Froté mi cuerpo contra el suyo y bajé la cabeza hasta su cuello, soplando su piel antes de darle un mordisco.

Clare se estiró y jaló mi cabello, atrayendo mi mirada hacia la suya y haciéndome detener.

—¿No íbamos a ir a la casa de tu mamá?

—Podemos llegar un poco más tarde.

—Jefferson...

—¡Está bien! Vamos a ver a nuestras madres. —Me levanté de encima de ella y le ofrecí la mano para que se pusiera de pie.

Fui al baño y me cepillé los dientes. Dejé atrás a Clare en la habitación y fui a la cocina, donde abrí la nevera buscando algo para el desayuno. No era ni de cerca el mejor cocinero del mundo, pero había aprendido a arreglármelas bien pasando tanto tiempo solo. Aunque siempre tenía dinero a la mano, había estado en lugares donde era prácticamente imposible que me dieran todo servido. Con el tiempo y un poco de dificultad, había aprendido lo que una persona necesita para sobrevivir, incluso a limpiar mi propio barco.

Clare apareció a mi lado y puse el plato con panqueques frente a ella. Mi esposa me dio un beso en la mejilla antes de tomarlo y sentarse en la mesa de la sala. Agarré mermelada, miel y frutos rojos antes de acomodarme frente a ella.

Había aprendido cómo era vivir solo, y por mucho tiempo disfruté la soledad, pero había personas que estaban ahí para hacernos más felices.

Tomé un poco de miel y la rocié sobre los labios de Clare.

—¡Oye! —Se asustó.

—Creo que tienes algo aquí. —Me acerqué para limpiar su boca con un beso.

Clare rió antes de darme unos besitos y volver a comer.

Después del desayuno, nos arreglamos y conduje hasta el barrio donde estaba la casa de mi madre. Era un lugar más tranquilo, lleno de mansiones y jardines, muy diferente a la zona con tantos rascacielos donde vivíamos.

Estacioné el coche en el garaje y bajamos. Juntos entramos a la sala, y vi a mi madre conversando con las de Clare.

—Por fin llegaron.

—Ni que fuera la hora de cenar. —Encogí los hombros.

—Pero llegaron justo cuando estábamos sirviendo el almuerzo.

—¿No era esa la idea?

Ella negó con la cabeza y yo me reí. Pero antes de que la charla se pusiera tensa, mi madre se levantó y vino a abrazarnos a Clare y a mí.

—¿Cómo están los dos?

—Bien —respondí sin extenderme.

Las madres de Clare también se levantaron y nos saludaron. Después fuimos al comedor donde ya servían el almuerzo.

—¿Cómo fue el viaje, Clare?

Mi esposa no respondió, así que toqué su hombro para llamar su atención. Señalé a mi madre, que repitió la pregunta.

—¡Fue increíble! El lugar era maravilloso.

—Me imagino. Seguro conociste muchos sitios increíbles en el viaje, hijo.

—Claro que sí. —Tomé mi plato y me preparé para servirme.

—¿Cómo te está yendo en Athena?

—Me las arreglo. —Tomé un filete de pescado y lo puse en mi plato.

—Eso no me entusiasma mucho.

—No tienes que preocuparte por eso, mamá, voy a manejarlo. Además, Clare es una secretaria increíble, conoce la empresa como

la palma de la mano y me ha ayudado mucho.

—Eso no lo dudo.

Bebí un poco de limonada antes de masticar un pedazo de pescado. No sabía si la cocinera que trabajaba en esa casa seguía siendo la misma de hace años, pero me di cuenta de que la comida mantenía el mismo sabor.

Después del almuerzo, Clare se fue con sus madres al jardín y yo me senté con la mía en el sofá de la sala.

—Ustedes dos parecen radiantes.

—¿De verdad?

—Jonathan tenía razón cuando pensó que tú y Clare serían perfectos juntos.

—¿No habría sido más fácil que me la hubiera presentado antes de armar todo este circo? Tampoco tendría que haberse casado con ella.

—¿Cómo iba a presentártela si no estabas aquí?

Para esa pregunta no tenía respuesta, así que la evité.

—Amo a mi hermano la mayor parte del tiempo, pero a veces me dan ganas de traerlo de vuelta solo para estrangularlo.

—Jonathan se esforzó.

—Por momentos no parece...

—¡Basta Jefferson!

—¿Era necesario que ocultara que era gay? No fue justo para él, para Clare ni para los demás.

—Tú conocías bien a tu padre...

—Era un idiota. Jonathan no le hacía caso en muchas cosas, ¿por qué preocuparse justo por eso?

—Tu padre no era el mayor problema. La empresa, los socios y la imagen que la prensa iba a hacer de él no iban a ser fáciles de manejar.

—De cualquier forma, ya es demasiado tarde para que él salga del closet. —Desvié la mirada y tomé un cojín, llevándolo a mi regazo.

—Tu hermano hizo lo que pudo. Ahora tú estás aquí, asumiste todo y estás haciendo lo que tu padre no creía que lograrías.

—Estoy intentando. Todavía hay muchas luchas internas que tengo que ganar dentro de la empresa para que crean y acepten que soy el CEO y que voy a quedarme en el puesto.

—No tengo dudas de que lo vas a lograr.

—Gracias, mamá.

—¿Y tú y Clare? Parecen felices, así que voy a suponer que están bien de verdad.

—Me enamoro más de ella cada día. —No me dio pena admitirlo frente a mi madre. Los sentimientos estuvieron confusos al principio, pero pronto se hicieron más claros.

—Eso me hace muy feliz. Me gusta mucho esa chica. Los dos años que vivió aquí me mostraron que es una persona amable, cariñosa y muy valiente. No es casualidad que siempre olvide que es sorda. Supo manejar esa dificultad muy bien.

—Sí, la admiro.

—Es mucho mejor que esa chica con la que estabas saliendo antes de viajar.

—Pensé que te gustaba, después de todo es hija de una de tus amigas.

—Ser hija de una amiga mía no significa que sea buena para ti.

—Ni hablemos de Briana. —Bufé al recordar el incómodo encuentro que tuve con ella.

—¿Qué pasó? —Mi madre notó rápido que estaba molesto por algo.

—El viernes apareció en la fiesta de la empresa, dijo un montón de tonterías y piensa que estoy con Clare solo por el testamento de mi hermano.

—¿Y qué hiciste?

—La mandé a la mierda, claro.

Mi madre se inclinó hacia mí y tomó mis manos entre las suyas.

—No permitas que esa mujer se interponga entre ustedes, hijo mío.

—No lo haré.

—Tú y Clare merecen ser muy felices. Ya quiero tener nietos.

—Cálmate un poco, mamá.

—Solo dime que están trabajando en eso.

—Sí, lo estamos —dije, algo incómodo. No tenía la costumbre de hablar de sexo con mi madre, aunque ya había dejado la vergüenza de lado y le había pedido que me ayudara a preparar mi primera noche con Clare.

—Qué pena que no vivan conmigo. Soñaba con niños corriendo por esta casa.

—Mamá, el hecho de que vivamos en otro lugar no significa que mis hijos no puedan venir aquí. Seguro hay mucho más espacio para que jueguen en esta mansión que en nuestro apartamento.

—¿Eso es una promesa?

—Sí. —Sonreí y ella me abrazó.

—Estoy muy triste porque Jonathan ya no está aquí. Una madre nunca está preparada para ver a sus hijos partir primero, pero estoy inmensamente feliz de tenerte de vuelta y ver esa alegría en tu rostro.

—Me tomó tiempo darme cuenta de que mi lugar está aquí.

—Al menos no fue demasiado tarde.

—Sí. Conté con un empujoncito de Jonathan.

Reímos juntos, mi madre volvió a abrazarme y apoyé la cabeza en su hombro, como cuando era niño.



Clare

Capítulo treinta

—Es una casa demasiado grande para que una mujer viva sola. —Mi mamá se comunicaba conmigo usando lenguaje de señas.

—A Kristen le gusta estar aquí. Y no solía estar tan vacía, porque Jonathan y yo vivíamos aquí, y él era bastante expansivo. Él solo valía como diez personas. —Reí.

—Era un buen hombre, me caía bien.

—A todas nos caía bien —respondió Sarah con señas, sumándose a la conversación.

—¿Y cómo te va con Jefferson?

—Bien, muy bien —suspiré, mientras movía los pies. Estaba sentada en un viejo banco de metal frente a la bonita fuente que decoraba el jardín de la casa—. Me estoy enamorando de él.

—¿No crees que…?

Sarah le tocó el hombro a mi mamá y negó con la cabeza, como regañándola, y mi mamá se encogió de hombros.

—Me preocupa Clare —dijo mi mamá, y pude leer sus labios.

—A mí también —respondió Sarah—, pero tenemos que dejarla vivir. Sigue conviviendo con las mismas personas, lo único que cambió fue el hombre con quien está casada.

—Acaba de perder a un marido, hay un tiempo de duelo. Puede que se esté apresurando al enamorarse y andar con otro.

Moví las manos para llamar su atención. Mi acción inmediatamente después fue precipitada. Había ocultado todo esto por más de dos años, no quería sentir que traicionaba la confianza de Jonathan, pero la situación había cambiado.

—Jefferson fue el primer hombre con el que me acosté, mamá.

La sonrisa de Sarah fue suficiente para que entendiera que ella ya lo sabía. Tal vez por eso defendía tanto mi nuevo matrimonio, porque se dio cuenta de que mi relación con mi nuevo esposo era muy diferente.

—¿Qué estás diciendo? —Mi mamá me miraba con el ceño fruncido y una expresión de asombro.

—Jonathan y yo nunca tuvimos relaciones…

—¿Nunca?

Asentí con la cabeza antes de empezar a contarle los detalles de mi relación con mi mejor amigo.

—¿Y por qué nunca me lo contaste? —No podía escuchar su voz, pero su expresión dejaba claro que estaba molesta.

—Era complicado, mamá.

—¿Complicado cómo? ¿Acaso era gay?

—Lo era, pero nuestro matrimonio funcionó para los dos.

—Oh, Clare…

—Yo era feliz, mamá.

—Me alegra oír eso, pero ahora la loca actitud de Jonathan tiene mucho más sentido.

—Él pensó que su hermano y yo estaríamos juntos y está funcionando.

—Es mucha información para mi cabeza. —Mi mamá se masajeó las sienes.

—El matrimonio que se suponía que iba a ser solo de mentira está siendo el verdadero. —Rió Sarah.

—Básicamente eso —confirmé.

—Lo importante es que eres feliz. —Mi mamá suspiró mientras me acariciaba los hombros.

—Lo soy.

—Ojalá que Jefferson sea un buen hombre para ti.

—Lo será —respondió Sarah, y abracé a las dos.



Jefferson

Capítulo treinta y uno

Miraba la pantalla de la computadora mientras intentaba imitar los movimientos de una clase de lenguaje de señas que veía en un video. Era más difícil de lo que imaginaba, no se trataba solo de gestos, sino de un idioma nuevo con su propia gramática.

Movía los dedos tratando de copiar lo que hacía el hombre. Tenía que volver atrás y repetir varias veces hasta memorizar los movimientos.

Me asusté cuando escuché que abrían la puerta de mi oficina y rápidamente cambié la ventana para mostrar un informe.

—¡Hola! —La miré.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Estás pálido, como si hubieras visto un fantasma.

—Solo estaba distraído, no es nada. Estoy revisando unos informes y pensando en una propuesta para intentar recuperar el mercado de calzados deportivos.

—¿Viste las noticias hoy? —Ella puso unas revistas sobre la mesa.

—¿Noticias? No. —Tomé una, esperando que fuera sobre nuestro matrimonio, pero me sorprendí al ver fotos mías en el evento de Athena y que hablaban de la empresa.

—Las acciones de la empresa están subiendo de nuevo. Los accionistas y directores están recuperando la confianza. Te fue muy bien, Jefferson.

—¿Me fue?

Ella asintió con la cabeza.

—Entonces quiere decir que merezco un premio.

—¿Premio? —Frunció el ceño.

—Sí, un premio. —Me levanté y fui hacia la puerta, la cerré con llave por dentro para asegurarnos de que nadie nos interrumpiera.

—Jefferson... —Ella retrocedió y terminó apoyada frente a mi escritorio.

Me acerqué a Clare y tomé su nuca. Ella levantó un poco la cabeza antes de que mis labios encontraran los suyos. Tenía un deseo enorme de protegerla, pero al mismo tiempo una ganas latentes de hacerla mía todas las veces que pudiera.

La tomé por la cintura y la hice sentar en el escritorio. Separé sus piernas y me acomodé entre ellas, subiendo su falda para facilitar el acceso a su parte más íntima.

Apoyé una mano sobre el escritorio mientras con la otra sostenía su nuca. Nuestro beso era intenso, sabroso y adictivo. Clare correspondía cada movimiento de mi lengua, entrelazándola con la suya. Puso una mano sobre mi pecho, deslizó los dedos por mi corbata hasta rodear mi cuello, atrayéndome más cerca. Su cabeza se movía buscando el ajuste perfecto de nuestros labios.

Subí la mano desde el escritorio hasta su pierna y levanté más la falda, dejando su ropa interior completamente visible. Deslicé mi toque por la parte interna de su muslo y la hice soltar un gemido cuando mis dedos subieron hasta su entrepierna. Capturé sus sonidos con los labios y pasé la punta del dedo sobre la fina tela de encaje.

Rompí el beso y mantuve la mano en su nuca, haciéndola mirarme.

—Me vuelvo más loco por ti cada día. —Solo moví los labios, porque era todo lo que necesitaba para que entendiera.

—Yo también... —interrumpió cuando tiré de su ropa interior y toqué su vulva directamente.

Solté su nuca, haciendo que su cabello cayera sobre su espalda, y metí ambas manos bajo su falda, manteniendo la mirada fija en la suya mientras deslizaba la prenda hasta sacarla por los tacones de sus zapatos.

Clare tocó mi mentón y atrajo mi rostro de vuelta al suyo, envolviéndome con el calor de sus labios. En medio del beso, me desabroché el cinturón y la cremallera de mi pantalón, saqué mi verga de la ropa interior y la penetré con un empujón firme, sosteniéndola por la cintura y jalándola hacia el borde del escritorio para entrar lo más profundo posible.

Clare gimió fuerte, igual que cuando estábamos en la privacidad de nuestro cuarto, pero en la oficina, por más que quisiera acabar con los comentarios de que vivíamos un matrimonio falso, eso era inapropiado, y no quería que nadie supiera que estábamos teniendo sexo en mi oficina.

Interrumpí el beso y puse el dedo índice sobre sus labios.

—Silencio, o nos van a escuchar.

Clare asintió, entendiendo lo que quería decir. La vi morderse los labios, reprimiendo los gemidos mientras rodaba los ojos con cada embestida mía.

Incliné la cabeza y besé su cuello, disfrutando de su aroma, de la suavidad y el sabor de su piel, antes de deslizar la boca hasta el cuello de su camisa. Subí una mano para desabrochar los botones y así alcanzar la elevación de sus tetas, que quedaban fuera del sostén. Lamí el espacio entre ellas mientras profundizaba y Clare se retorcía. Escuché un gemido bajo, contenido entre sus labios

apretados. Aunque no se oía, mi esposa hacía un esfuerzo por no hacer demasiado ruido.

Volví a sostener su cabello y besar su cuello. Sus reacciones dejaban claro que iba por buen camino. La intensidad con que sus músculos me apretaban también aumentó. Me estaba controlando para no eyacular. Quería que Clare llegara primero, pero me estaba costando mucho aguantarme.

Puse la mano entre nosotros y toqué su clítoris. En el momento en que lo hice, tuve que cubrir su boca con la otra mano porque Clare no pudo controlar sus gemidos. Seguí adelante hasta sentir sus espasmos que me indicaron que llegó al orgasmo, y entonces me permití llegar también, derramándome dentro de ella.

—¿Crees que hice mucho ruido? —preguntó, sin aliento, cuando saqué la mano de su boca.

—Solo un poco.

—Ah, qué vergüenza. —Apoyó la cabeza contra mi pecho.

Le levanté el mentón y la hice mirarme de nuevo.

—No te preocupes por eso. —La besé.

Imaginaba que, en el peor de los casos, Felicitas, sentada en una mesa cerca de la puerta, habría sido la única que escuchó. Solo serviría para que la asistente estuviera más segura de que Clare y yo realmente estábamos juntos.

Mi celular empezó a sonar, pero ignoré la llamada porque estaba besando a Clare y seguía con mi verga dentro de ella. Luego, el teléfono fijo se sumó al ruido.

—¡Maldita sea! —Dejé de besarla.

—¿Qué pasa? —Me miró sin entender, porque obviamente no estaba escuchando.

—Parece que todos los teléfonos decidieron sonar al mismo tiempo.

—Contesta.

—Sí, tendré que hacerlo. —Saqué mi verga de ella a regañadientes. Tomé un pañuelo de papel de la mesa para limpiarme antes de acomodarme el pantalón.

Clare bajó del mueble y se fue al baño que había en mi oficina para lavarse, mientras yo opté por contestar el teléfono fijo primero.

—¿Qué pasa?

—Señor, le están pidiendo una declaración sobre el testimonio que dio su novia en la televisión.

—¿Novia?

—Sí, Briana Silver. Acaba de dar una entrevista para el Canal Cinco sobre su relación y lo que pasó después de que se vio obligado a casarse con su cuñada.

—¿Qué mierda estás diciendo? —Elevé la voz. Sabía que hablaba con un empleado de la empresa, pero no pude contenerme.

—Todos están tratando de entender.

Giré la pantalla de mi computadora y busqué la entrevista. Navegué en internet hasta que encontré un video con miles de reproducciones que mostraba el rostro de mi ex.

—*Recurrí a ustedes porque no sabía con quién hablar* —decía ella a la entrevistadora del programa—. *Jefferson y yo nos amamos y ese testamento nos cambió todo, arrebatándomelo de mis manos.* —Briana empezó a llorar, la farsa era tan evidente que hasta sus sollozos me enfurecían.

El hecho de que no estuviéramos juntos no tenía nada que ver con el testamento ni con Clare. Nunca había sentido algo tan fuerte por Briana como para querer estar con ella.

Escuché un ruido detrás de mí y me volteé, viendo a Clare parada, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Es verdad?

—¿Pudiste leer sus labios?

Asintió y una lágrima se deslizó por su rostro suave.

—¿Tenías una novia antes de casarte conmigo?

—Clare... —Me acerqué a ella, pero retrocedió unos pasos.

—Yo... Nosotros... —No pudo terminar la frase.

—Estamos juntos, y Briana no tiene nada que ver con esto. —Tomé sus manos y entrelazó sus dedos con los míos—. Mírame.

Ella respiró profundo. La tristeza era clara en su mirada y eso solo me hizo enojar aún más por la declaración absurda que dio Briana.

—Ella...

—No significa nada para mí. —Solté una mano para sostener su rostro.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí. Me involucré con ella un tiempo antes de viajar, pero Briana nunca fue importante para mí.

Clare me miró, pero no dijo nada. Su silencio me enojó y me angustié.

—Quiero estar contigo. Solo contigo.

—Entonces, ¿por qué hizo eso?

—Porque está loca.

Mis teléfonos volvieron a sonar, pero ni siquiera me molesté en contestarlos. Fingí que no los escuchaba, al igual que Clare, y la abracé contra mi pecho. Respiré el aroma de su cabello, inhalé su nuca antes de acariciar su mentón y traer su mirada de vuelta a la mía.

—¿Qué te parece si dejamos todo esto atrás y nos vamos a casa?

—Tienes una reunión en media hora.

—Voy a mandar un correo para reprogramarla para mañana.

—Jeff...

—Vamos a casa, Clare.

Ella finalmente asintió.

Me aparté solo para enviar un correo al área de desarrollo, avisando que no podría asistir a la reunión y que la reprogramaba para el día siguiente. Iban a pensar que era por el escándalo que provocó Briana, pero no me importaba lo que pensaran, mientras Clare estuviera bien.

Afortunadamente, dejamos atrás el edificio de la empresa y accedimos al que habitábamos a través de los garajes, donde los molestos fotógrafos no podrían seguirnos. Justo cuando pensaba que nos darían un respiro, Briana armaba otro escándalo. Estaba tan molesto que no respondería por mis actos si la veía en persona.

Llevé a Clare a casa y pasamos el resto del día viendo películas que ella eligió, todas románticas y cómicas, sin preocuparnos por lo que decían de nosotros en los periódicos o en las páginas de internet.



Clare

Capítulo treinta y dos

Me desperté acurrucada en los brazos de Jefferson. Después de la declaración de su ex, admito que sentí celos y que me sentía amenazada. Mientras estuve casada con Jonathan, estaba acostumbrada a que él se involucrara con otros hombres y no me importaba, pero con Jefferson la relación era diferente. Lo amaba cada día más y creía que nuestro matrimonio era real. La forma en que me tocaba, me abrazaba, me besaba y cuidaba de mí me hacía sentir la persona más protegida y especial del mundo.

Pensar en perder la mayor razón de felicidad en tu vida asustaría a cualquiera. Sin embargo, él se esforzó por mostrarme que quería estar conmigo, pura y exclusivamente conmigo, y eso alivió mi corazón.

Me senté en la cama sintiendo el estómago revuelto y un ligero mareo. Miré el reloj sobre la mesa de noche y vi que todavía era temprano. El despertador no debería haber sonado, porque mi esposo seguía profundamente dormido.

Me tambaleé hasta el baño y choqué la mano contra el interruptor. Todo giraba cuando levanté la tapa del inodoro y vomité. No recordaba haber comido nada diferente la noche anterior, y mi cabeza intentaba entender qué podría estar causándome ese malestar.

Sentí las manos de Jefferson tocar mi hombro y me giré para verlo detrás de mí; su preocupación era evidente.

Fui al lavabo para enjuagarme la boca antes de girarme hacia él y leer sus labios.

—¿Qué te pasa?

—Es solo un malestar.

—¿Comiste algo que pudo haberte caído mal?

Negué con la cabeza.

—Entonces, ¿qué crees que es? ¿Nervios por el estrés de ayer?

—Tal vez...

—¿Qué más podría ser?

—Necesito revisar algo. —Me aparté de él y fui al cuarto. Tomé mi celular y verifiqué qué día del mes y de la semana era.

Hice algunos cálculos mentales, procesando la información, antes de sentir de nuevo su mano tocándome para llamar mi atención.

—Estoy con un retraso menstrual.

Jefferson no movió los labios, así que supuse que se quedó en silencio, solo mirándome.

Abrí la boca, pero antes de que pudiera decir algo, él preguntó:

—¿Estás embarazada?

—Es posible. Las náuseas y el retraso son síntomas.

—Quédate quieta aquí. —Me llevó a la cama y me acomodó —. Voy a la farmacia por un test y vuelvo enseguida.

Asentí con un movimiento de cabeza antes de verlo ponerse un short, una camiseta y unas gafas de sol.

Tan pronto como Jefferson salió del cuarto, puse las dos manos sobre mi barriga y pensé en el niño que podría estar formándose dentro de mí. Después de haber aceptado la propuesta de matrimonio de Jonathan, no pensaba en ser madre, aunque había otras opciones. Había creído que viviría para siempre con un amigo, pero entonces llegó Jefferson y todo cambió, desde los besos apasionados hasta el sexo, y la posibilidad de tener una parte de él creciendo dentro de mí.

Estaba sorprendida, en shock en realidad, pero al mismo tiempo muy feliz con esa posibilidad. Jefferson y yo no solo teníamos un matrimonio de verdad, sino que también tendríamos un hijo y formaríamos nuestra familia.

No sé cuánto tiempo pasó antes de que él volviera, pero cuando entró al cuarto, estaba visiblemente molesto y bufaba como un toro.

—¿No encontraste una farmacia?

—Sí, la encontré.

—Entonces, ¿qué pasa?

—¿Puedes creer que había un montón de periodistas en la entrada y me siguieron hasta la farmacia?

—¡Qué molestos!

—Ni me lo digas. —Exhaló fuerte—. Pero olvídalos. —Sacó una caja con test rápido de embarazo y me la entregó.

Lo miré y Jefferson acarició mi rostro antes de darme un beso rápido. Luego me levanté de la cama y me encerré en el baño para hacer el test. Seguí las instrucciones y esperé unos segundos, hasta que vi dos líneas rosas aparecer en la pantalla. Lo llamé y abrí la puerta.

Jefferson estaba sentado en la cama, con la cabeza gacha, parecía nervioso por la forma en que movía los pies.

Me miró, y el interrogante estaba claro en su expresión.

—¿Positivo?

Asentí.

Sonrió como si el mundo fuera suyo, me envolvió en sus brazos, me giró en el aire y me dio muchos besos rápidos. Cuando me volvió a poner en el suelo, Jefferson se arrodilló frente a mí y besó mi barriga. Acaricié su cabeza, todavía aturdida.

Embarazada... Iba a necesitar tiempo para asimilar esa noticia.

Jefferson se puso de pie y sostuvo mi rostro entre sus manos.

—Mi mamá se va a poner muy feliz cuando se entere.

—La mía también.

Volvió a abrazarme antes de besarme, esta vez con un beso mucho más intenso y profundo.

La alegría que sentía por saber que iba a ser madre y ver a Jefferson compartir esa felicidad conmigo no me cabía en el pecho.



Jefferson

Capítulo treinta y tres

¡Voy a ser papá!

Estaba tan emocionado con esa noticia que apenas podía esperar para contárselo a todo el mundo. No imaginaba que estar anclado en un matrimonio y a punto de formar una familia me haría sentir tan bien. Clare era mi puerto seguro y me demostraba cada día que el hecho de que Jonathan me obligara a casarme con ella era la mejor decisión que mi hermano podía haber tomado.

Después de revelar el resultado del test, nos vestimos para ir a trabajar. El día anterior habíamos salido temprano y, aunque quería pasar un día entero más con mi esposa, no podía seguir escapando de la empresa ni de mis responsabilidades, sobre todo porque muy pronto tendría un heredero para todo ese imperio.

Clare y yo salimos del elevador de la compañía tomados de la mano y besé el dorso de su mano antes de soltarla y dejar que ella fuera a su escritorio. Saludé a Felicitas con un movimiento de cabeza y entré a mi oficina.

Me dejé caer en la silla y abrí la pantalla de la computadora. Tenía una reunión que había reprogramado, además de otras dos que me esperaban durante el día. Por suerte, después de la fiesta y la visible recuperación de Athena en el mercado de acciones, los

colaboradores y los inversionistas estaban un poco más entusiasmados con verme al frente de la empresa. Había demostrado mi valor y que podía dirigirla, aunque me hubiera mantenido alejado algunos años.

Fue la primera vez que tomé el celular para revisar los mensajes después de la declaración de Briana. Había muchos, algunos con enlaces a reportajes. Algunos me los habían enviado conocidos, pero la mayoría venían del directorio de Athena, todos queriendo saber qué era eso y temiendo otra ola de repercusiones negativas para la empresa.

Las únicas que abrí para leer fueron las de mi madre.

Kristen:

Intenté llamarte y no contestaste. ¿Cómo estás? ¿Por qué hizo eso Briana?

Si hasta mi madre había visto la entrevista, era señal de que la declaración de esa loca se había difundido por todos lados.

Jefferson:

Briana está loca. Estoy bien, solo con la rabia que siento hacia ella.

Kristen:

Hijo, por fin. Desapareciste y me preocupé.

Jefferson:

Estoy bien, mamá. Después que Clare vio la declaración, preferí tomarme el resto del día para estar con ella. No quería que se pusiera mal sin motivo.

Kristen:

Hiciste bien. Te llamaré para que hablemos mejor.

Antes de que me diera tiempo de responder si podía o no llamarme, mi madre llamó y yo contesté.

—Hola.

—¿Clare está bien?

—Se molestó, pero ya está bien.

—Me preocupé mucho por el daño que esa chica mentirosa podría causar. En internet todos la están apoyando. Tienes que ver las cosas horribles que dicen de Clare y de tu hermano.

—Deja de leer esas cosas, mamá. ¡No saben nada!

—Pero tienen que saberlo. Ni quiero pensar en Clare leyendo esos comentarios difamatorios que publican sobre ella. Deben saber que la estafadora es esa Briana.

—Deja esas noticias, mamá. Acabamos de descubrir que Clare está embarazada, solo queremos disfrutar el momento.

—¿Embarazada? —Mi madre gritó del otro lado de la línea.

—Sí, pero aún no se lo hemos contado a nadie.

—Qué noticia tan maravillosa, Jefferson.

—Estoy muy feliz.

—Ah, hijo, tienes que desmentir esa historia de Briana cuanto antes.

—Deja en paz a esos periodistas, mamá.

—Mientras no sepan tu versión, seguirán creyendo las mentiras que dice Briana. Tienes que decirles que tú y Clare se aman y que pronto tendrán un hijo.

—Mamá…

—Tienes que hacerlo, Jefferson.

—Está bien.

—¿Puedo hablar con ella? ¿Puedo felicitarla? ¡Ah, voy a ser abuela!

—Espera un poco. Deja que Clare hable primero con sus madres.

—¡Está bien!

—Tengo que colgar ahora. Tengo mucho trabajo.

—Jefferson, no huyas de los periodistas, tienes que hablar con ellos.

—Veré qué hago. Hablamos después, mamá. —No le di oportunidad de seguir con el tema antes de colgar.

Abrí el correo. Entre algunos asuntos de la empresa, había muchísimos mensajes de periodistas preguntando sobre la declaración de Briana. Me puse aún más molesto. Lo último que quería era ese tipo de exposición para mi esposa, y lo que decían de ella en las notas era terrible. Era como si Clare hubiera convencido a mi hermano para que me casara con ella, algo muy distinto a lo que realmente pasó.

El teléfono sobre la mesa empezó a sonar, pero esta vez, en lugar de dejar que se cortara, contesté sin pensarlo mucho.

—¿Qué pasa?

—Señor, sé que está molesto con este asunto, pero el equipo de prensa necesita hablar con usted para saber cómo responder a este escándalo, si va a hacer alguna declaración sobre lo que dijo su exnovia o si nos dejará emitir un comunicado aclaratorio...

—Lo que todos están pensando es mentira —la interrumpí antes de que siguiera con su discurso sin fundamento—. Mi relación con Briana terminó hace años, no tiene nada que ver con mi hermano, con el testamento ni mucho menos con mi matrimonio.

—Van a seguir insistiendo.

Apreté los dientes al escuchar la voz de mi madre resonando en mi cabeza, recordándome su consejo sobre la importancia de mostrar mi versión de los hechos.

—Está bien. —Terminé cediendo—. Pídele al equipo que organice una conferencia de prensa. Yo daré mi versión de la historia.

—¿Puede ser esta tarde?

—Sí.

—Perfecto, señor, muchas gracias. —Colgó antes de darme tiempo para arrepentirme.

Volví a colocar el teléfono en el gancho y borré todos los correos sobre el tema, concentrándome en lo que realmente importaba para Athena.

Pronto tuve que levantarme para ir a una reunión. Almorcé con Clare en la cafetería de la empresa y después seguí en otra reunión, antes de bajar a la entrada de la compañía, donde una pequeña multitud de periodistas me esperaba. Junto al responsable de prensa de Athena, me coloqué frente a ellos.

Ajusté mi saco y los miré con cara de pocos amigos.

—Señor Miller, ¿cómo es vivir sin el amor de su vida? —gritó alguien entre la multitud.

—¿Piensa divorciarse para casarse con la señorita Briana Silver?

—¿Cómo está manejando toda esta situación?

Las preguntas caían como un torrente y cada vez sentía más miedo de estar ahí. Pero mi madre tenía razón, necesitaban escuchar mi versión de esa historia.

—Lo que dijo Briana es mentira —finalmente hablé.

—¿Ustedes no se amaron y fueron separados por el testamento? —preguntó alguien. No sabía de dónde había salido la pregunta, pero por la voz parecía una mujer.

—De ninguna manera. Tuvimos una pequeña relación, eso es cierto, pero fue antes de que me alejara de San Francisco. Cualquier vínculo que tuve con Briana no fue suficiente para hacerme quedar, ni para traerme de regreso. Nos vimos después del funeral de mi hermano, tuvimos un momento, pero eso fue todo.

—¿Entonces no piensa divorciarse para casarse con la señorita Silver?

—¡Claro que no! —Levanté la voz varios tonos—. Dejen de preguntarme si me voy a divorciar, porque no lo haré.

—Pero su matrimonio con la viuda de su hermano...

—Fue lo mejor que me ha pasado. —Mi voz sonó más fuerte que las preguntas—. Nunca imaginé que Jonathan pudiera

conocerme mejor que yo mismo. Mi hermano fue muy sabio al unirnos con Clare. Estoy seguro de que la mejor parte de la herencia que me dejó fue ella. El matrimonio pudo haber empezado como un contrato, pero se volvió mi refugio, mi ancla y mi paraíso. No nos divorciaremos, seremos una familia. Clare está embarazada y pronto tendremos a nuestro primer hijo. —Decirlo me quitó un peso de encima. Era la verdad de todo lo que sentía.

La prensa seguro seguiría inventando cosas porque no sabían la verdad sobre el matrimonio de Clare y mi hermano. Siempre habría chismes. Pero yo había confesado mis sentimientos, diciendo que nuestro matrimonio era real, y sobre eso no mentirían más.

Por el reflejo en la carrocería de uno de los coches estacionados en la calle, vi que Clare estaba detrás de mí. Ella se había acercado y solo lo noté en ese instante.

Era el momento de sacar todo lo que sentía y había algo que aún no le había dicho.

Me giré para mirarla y Clare sonrió.

Subí las mangas de mi saco y le declaré mi amor con el lenguaje de señas, que estaba aprendiendo por ella. No me importó estar de espaldas a los periodistas ni que no pudieran entender.



Clare se llevó la mano a la boca y sus ojos se llenaron de lágrimas, justo antes de correr hacia mí. La abracé y tomé su rostro para besarla. Escuché los clics y el brillo de los flashes, sabía que nos estaban fotografiando, pero no dejé que eso arruinara nuestro momento.

—Yo también te amo, Jeff —Clare tomó mi rostro y me lo dijo antes de que volviéramos a besarnos.

—¿Nos vamos ya de aquí? —le pregunté en lenguaje de señas y Clare me respondió igual.

—¿Cuándo aprendiste?

—Todavía estoy aprendiendo, pero voy a ser un buen alumno. —La tomé de la cintura y la arrastré conmigo al elevador.

Esa misma tarde, los titulares cambiaron por completo y las mismas fuentes que antes especulaban sobre la fecha de mi divorcio, ahora mostraban fotos de Clare y yo besándonos, mientras hablaban de la pareja más enamorada de *Silicon Valley*. Mi declaración en lenguaje de señas se volvió viral, pero lo único importante para mí era que Clare me había entendido.



Clare

Capítulo treinta y cuatro

Mamá:

¿Estás embarazada y no me dijiste nada?

Clare:

Es reciente, mamá. No lo supe hasta esta mañana.

Mamá:

Imagínate mi sorpresa al enterarme por una clienta de la tienda, que lo leyó en una revista de chismes.

Clare:

Perdón, mamá.

Estaba a punto de seguir escribiendo mi relato y de enumerar los motivos por los que mi madre no había descubierto de mi boca que iba a ser abuela, pero Jefferson me quitó el celular y llamó mi atención, haciéndome mirarlo.

—Deja el celular un rato.

—Creo que mi mamá no se va a enojar más de lo que ya está. —Dejé caer el celular sobre el sofá de la sala.

Acabábamos de llegar a casa después de un día agitado, lleno de periodistas y declaraciones de amor. No sabía cómo poner en palabras lo que sentí al ver a Jefferson decir que me amaba delante de tanta gente usando el lenguaje de señas. Ni siquiera sabía que él estaba intentando aprenderlo, y descubrirlo en ese momento fue increíble.

Jefferson me rodeó la cintura con el brazo y me levantó del sofá. Apoyé las manos en sus hombros y dejé que me llevara hasta el cuarto. Con cuidado, me dejó sobre el colchón y se acercó a mí.

Sentí mis ojos llenarse de lágrimas otra vez al encontrar los suyos, pero era pura emoción, como si después de ese día no quedara espacio para la tristeza. Acaricié su rostro, sintiendo que le empezaba a crecer la barba, y tiré de su cabeza hacia la mía, permitiéndome besarlo.

Sus manos firmes me acomodaron en la cama mientras Jefferson quedaba entre mis piernas. Él sujetó mi cuello, subió la mano por mi nuca y enredó los dedos en mi cabello, intensificando el beso, tan delicioso como podía ser. Cerré los ojos y me dejé llevar por la avalancha de sensaciones, disfrutando la presión de su boca en mis labios, la fuerza de su toque y el calor de sus manos recorriendo cada curva de mi cuerpo.

Jefferson levantó mi falda y la apartó. No vi a dónde fue a parar en el cuarto y no me importó ese detalle.

Volví a abrir los ojos y vi sus labios moverse diciendo un "te amo", mientras desabrochaba los botones de mi camisa.

—Yo también te amo —dejé escapar, antes de que él empezara a besar mi cuello y yo dejara de pensar o ver con claridad.

El roce de su boca y de la barba en la piel sensible me provocaba escalofríos y me hacía querer retorcerme entera.

Llevé las manos al nudo de su corbata y lo desaté, antes de comenzar a desabotonar su camisa y quitarme la parte de arriba de mi ropa. Jefferson se quitó el pantalón y la ropa interior antes de girarnos en la cama y dejarme encima de él.

Lo miré y mi esposo me sonrió antes de que yo me inclinara para besarlo por completo. Mordí su piel fina y subí la lengua hasta su oreja, haciendo que se retorciera y agarrara mi cabello, pero no interrumpió mi momento, permitiéndome seguir explorando su torso, bajando con los besos hasta el inicio de su entrepierna.

Acerqué mi rostro a su verga, y el simple roce de mi respiración lo hizo palpitar.

Jefferson corrió los dedos por mi rostro y lo levantó por el mentón, juntando nuestras miradas.

—¿Puedo?

Él solo asintió con la cabeza antes de soltar mi cara.

El deseo fue más fuerte y, sin pensarlo, envolví su miembro con los dedos, por puro instinto. Jefferson se movió en la cama, pero no protestó mis caricias, dejándome claro que iba por buen camino. Acerqué mi boca y disfruté la suavidad de la punta de su verga con los labios. La curiosidad me ganó y lo deslicé hasta mi garganta.

Jefferson sujetó mi cabello y levanté los ojos buscando los suyos. Encontré una sonrisa que solo me animó a seguir. Deslicé mi boca hacia arriba y hacia abajo, disfrutando más con cada movimiento. El deseo por Jefferson crecía. La necesidad entre mis piernas latía con más fuerza y él me parecía aún más irresistible.

Jefferson tiró de mi cabello y aparté los labios.

—Siéntate encima mío. —Vi moverse sus labios antes de que pudiera preguntar qué había pasado.

Me quité la tanga y la tiré al suelo antes de subir sobre su pelvis. Sujeté su verga y me la metí adentro, sentándome poco a poco. Abrí la boca por placer y no tengo idea del volumen de los sonidos que emitía. Por suerte, estábamos en nuestro apartamento y era un piso por nivel, no tenía que contenerme.

Jefferson me agarró por la cintura y empujó su cuerpo hacia adelante, sentándose en el centro de la cama mientras me acomodaba mejor en su regazo. Pasó las manos por mi espalda, abrió mi sostén, me lo quitó y lo dejó sobre la cabecera de la cama. Después, sujetó la base de mi cabeza y me atrajo para un beso,

mientras yo me movía en su regazo. En medio de ese beso apasionado, el sexo se volvía aún más placentero.

Con las manos en sus hombros, aumenté la velocidad con que me movía en su regazo. Sabía que gemía por la vibración de mis cuerdas vocales, pero a diferencia de lo que pasó en la oficina, Jefferson no intentó callarme.

Me mordió el labio inferior antes de inclinar la cabeza y deslizar la lengua de nuevo en mi boca. Cada vez que encontraba el verde de sus ojos, el momento se volvía más mágico. Nos amábamos y no necesitaba oírlo para estar segura.

Jefferson me tomó por los muslos y me acostó en la cama. No salió de entre mis piernas ni de adentro mío. Quité las manos de sus hombros y sostuve su rostro.

No dejamos de mirarnos hasta que vi que el orgasmo lo dominaba. El placer llenó sus ojos antes de que su líquido se derramara dentro de mí. Con una mano apoyada en la cama, usó la otra para tocar mi clítoris y estimularme hasta que me uní a él.

Menos mal que estaba acostada, porque después del orgasmo quedé completamente débil.

Jefferson me dio varios besitos antes de recostarse en la cama, agotado, pero no era el único con el pecho subiendo y bajando aceleradamente.

Nos habíamos conectado de una forma intensa y hermosa. Finalmente, empezaba a creer que mi vida se llenaría de buenos momentos y dejaría de preocuparme por los sufrimientos y las pérdidas.



Jefferson

Capítulo treinta y cinco

—¿Cómo va el avance del proyecto del nuevo calzado deportivo? —pregunté, al entrar en la sala del equipo de desarrollo de Athena. En los últimos días, había estado enfocado en esa meta, que era recuperar una parte muy importante del mercado para la empresa. Y si lograba eso durante mi gestión, mi posición en la cadena de mando sería indiscutible.

—Creo que en dos meses ya podríamos presentarlo al mercado. —Uno de los diseñadores se apartó del ordenador para mirarme.

—¿Dos meses? ¿Tanto tiempo?

—Estamos trabajando en el mejor sistema de amortiguación, lleva tiempo, señor.

—¡Está bien! ¿Puedes presentarme un prototipo a fin de mes para comenzar las pruebas?

—Sí, señor. Ese es el plan.

—Perfecto, no me decepciones. Este proyecto es crucial para el futuro de la empresa.

—Lo sé.

—Cuento con eso —le respondí con un gesto, antes de salir de la sala de proyectos y subir en el elevador de regreso al piso de gerencia.

Respondí al saludo del director de marketing con un movimiento de cabeza y avancé hasta el final del pasillo, donde estaba mi esposa, sentada en su escritorio conversando por señas con su asistente. Desde que empecé a estudiar ese lenguaje, ya no me sentía tan ajeno cuando Clare se comunicaba así con otras personas.

Pasé junto a ella y le di un beso en la cabeza antes de dirigirme a mi oficina. Tenía muchos informes que leer y algunas hojas de cálculo que analizar antes de preparar una presentación sobre la proyección de crecimiento para los accionistas.

No se lo había admitido, pero mi madre tenía razón: necesitaban conocer mi versión de los hechos. Después de que descubrieron que estaba enamorado de Clare y que ella estaba embarazada, el acoso de la prensa se volvió mucho menor. Imaginaba que pronto no tendrían más qué decir sobre nuestra vida privada y cambiarían de tema. En San Francisco vivía mucha gente, y grandes celebridades formaban parte de esa población, así que pronto cambiarían el foco.

Encendí la computadora y me concentré en mi trabajo. Durante mi juventud, odiaba toda esa burocracia en la que mi padre siempre estaba inmerso, pero poco a poco aprendía que podíamos

lidiar bien con esas obligaciones si encontrábamos lo positivo en ellas.



Clare

Capítulo treinta y seis

Salí del baño y regresé a mi escritorio. Felicitas no estaba allí, así que supuse que ya se había ido a almorzar. Sonreí al encontrarme con una nota. Jefferson no tenía la costumbre de escribirme, solo recordaba aquella vez en que había garabateado la palabra "falso" en la palma de su mano para referirse a nuestro matrimonio cuando todos hablaban de eso.

Encuéntrame a la hora del almuerzo en mi barco.

Preparé algo especial para los dos.

Jefferson.

Fue imposible contener la sonrisa al leerlo. Justo cuando pensaba que mi esposo no podía ser más increíble, me sorprendía. Eché un vistazo rápido a su oficina y vi que no estaba, supuse que ya se había ido al barco.

En otro momento habría pensado que era una locura, que deberíamos dejar un encuentro así para el fin de semana, pero si no tardábamos mucho, no habría problema.

Tomé mi bolso y salí de la empresa, llamando a un taxi para que me llevara al muelle donde estaba anclado el yate de Jefferson.

Era alrededor del mediodía y el cielo estaba muy claro, de un azul brillante con pocas nubes que parecían cortadas por el vuelo de las gaviotas. Caminé por el muelle de madera hasta llegar al barco. Blanco, grande y lujoso, el yate había sido la casa de mi esposo durante cinco años, aunque Jefferson había cambiado el mar por tierra firme para quedarse conmigo.

La puerta estaba abierta y me equilibré para subir a la popa y caminar hacia la entrada. Entré a la sala y vi un hermoso ramo de flores sobre la mesa central.

Lo tomé y llevé a la nariz para disfrutar el aroma.

—¿Jefferson? —llamé a mi esposo, pero no respondió. ¿Tal vez él estaría arriba y habría preparado nuestro almuerzo en la cubierta?

Me di la vuelta, pero justo antes de pensar en subir, me encontré con Briana. La mujer que solo había visto en un video y que me había dejado muy enojada apareció de repente y me puso un trapo empapado en algún químico directamente sobre la nariz.

Antes de que pudiera gritar o protestar, perdí el conocimiento por completo y todo se volvió oscuro.



Jefferson

Capítulo treinta y siete

Salí apurado de una reunión con el director financiero sobre algunas inversiones que quería hacer en patrocinio de atletas, y fui directo a mi oficina. Quería encontrarme cuanto antes con Clare y llevarla a almorzar. Estando embarazada, no podía bajo ninguna circunstancia esperar hasta tarde para comer. Tendría que controlar mejor mis horarios o dejarla ir a almorzar sola, aunque no quería renunciar a ese momento juntos.

—Felicitas, ¿dónde está mi esposa? —pregunté, sorprendido al llegar a mi escritorio y no ver a Clare.

—Se fue a reunirse con usted.

—¿Cómo que se fue a reunirse conmigo? —Fruncí el ceño—. Estaba en la sala de reuniones y no la vi de regreso por aquí.

—¿Usted no la citó para almorzar en su barco? —Felicitas me entregó una nota que estaba sobre la mesa.

Leí rápidamente lo que estaba escrito. No era mi letra, pero reconocí esa caligrafía y fue suficiente para que un escalofrío recorriera mi espalda.

—Briana...

—¿Algo anda mal, señor? —Felicitas me miró sin comprender la sorpresa que dominaba mi rostro.

—¿Hace cuánto tiempo se fue Clare?

—No sé. Yo estaba comiendo, me tomé una hora para almorzar, y cuando volví, la señora Miller ya no estaba aquí.

Saqué un bolígrafo de la mesa y di vuelta la nota, escribiendo una dirección en el reverso.

—Llama a la policía y pídeles que me busquen en esta dirección.

—¿Policía? —Ella abrió los ojos—. ¿Qué está pasando, señor?

No me quedé a explicarle. Salí tan rápido como mis piernas me permitieron hacia el elevador.

Mi mente se llenaba con las peores imágenes posibles y no ayudaba en nada a mi tranquilidad. Después de lo que Briana ya había hecho, ¿qué querría con Clare? ¿Y por qué la había citado en mi barco? No lograba calmarme.

Desbloqueé mi coche y me metí en él. Arranqué y conduje tan rápido como pude para llegar al muelle donde estaba anclado mi barco. Dejé el coche en cualquier lado y salí corriendo. Pasé por varias embarcaciones hasta el lugar donde debería estar el mío, pero no estaba.

En lugar de mi yate, solo estaba el bote salvavidas, que queda en la embarcación por si hay un naufragio o si quiero llegar a alguna isla, porque un barco de ese tamaño no puede acercarse a la playa.

—¡Mierda!

Pocas veces en mi vida he sentido tanta desesperación. El miedo me quemaba por dentro y me estaba volviendo loco. Me agarré el cabello hacia atrás y no pude evitar el grito que solté. Debería proteger a Clare de todo, especialmente estando embarazada, pero algo dentro de mí me decía que ella estaba en mi barco, en algún lugar en alta mar.

Era difícil manejar esa desesperación así.

—¡Clare!

Escuché el sonido de sirenas y me di vuelta justo a tiempo para ver a la policía parar cerca de donde estaba mi coche.

—¿Señor Miller? —Un sargento se acercó.

—Mi esposa... —Me mordí los labios. No sabía si hablar o dejar que las lágrimas de desesperación que ardían en mis ojos cayeran—. Está embarazada.

—¿Qué pasó?

—Creo que la secuestraron y usaron mi barco para eso.

—¿El barco no está aquí?

—¡No!

—¿Dónde cree que pueda estar?

—No tengo idea, en cualquier lugar. —Volví a pasar la mano por mi cabello, irritado. Parecía casi imposible lidiar con toda esa angustia.

—Calma, señor. —Me puso la mano en el hombro—. Intente pensar un poco. La desesperación no lo ayudará en nada ahora.

¿Cómo pensar racionalmente cuando el miedo de perder a Clare era más grande que todo? Había pasado suficiente tiempo en alta mar para saber que era mucho más peligroso de lo que se pensaba. No es casualidad que haya tragado tantas embarcaciones y se haya cobrado millones de vidas a lo largo de la historia.



Clare

Capítulo treinta y ocho

Me desperté con la cabeza latiendo y la nariz ardiendo. Estaba mareada y me tomó un rato volver a pensar con claridad. No sé cuánto tiempo pasó hasta que empecé a recordar lo que me había pasado y que la exnovia de Jefferson me había dejado inconsciente.

—¿Briana? —grité con todo el aire que tenía en los pulmones, aunque sabía que no iba a escuchar respuesta, ni siquiera si ella intentaba contestarme.

Me senté y me masajeé las sienes. Me di cuenta de que estaba en el sofá de la sala del barco. Moví la cabeza de un lado a otro buscando a Briana, pero no vi nada, solo el ramo tirado en el suelo con los pétalos aplastados, como si alguien los hubiera pisoteado.

Me levanté y fui hacia la popa. Me asusté mucho porque casi pierdo el equilibrio por el movimiento del barco. Si fuera un poco más rápido, me habría caído al mar. No sabía dónde estaba, solo veía agua a mi alrededor, azul, inmensa y profunda.

Miré mejor la puerta y vi que la cerradura había sido forzada. Si lo hubiera notado antes, tal vez no habría entrado y no me habría topado con Briana. Fui demasiado ingenua, no pensé que fuera una

trampa. ¿Por qué Jefferson me dejaría una nota en la mesa en lugar de llamarme directamente?

No pude evitar desesperarme, sobre todo porque sabía que no iba a escuchar ni ver a nadie acercarse, y parecía que nadie podría oír mis gritos, no importaba cuánto esfuerzo pusiera.

Volví dentro del barco y subí corriendo las escaleras que llevan a la cubierta. Esperaba encontrar a alguien ahí, tal vez a la exnovia de Jefferson pilotando, pero estaba vacía.

Me acerqué a la barandilla y vi que el barco se movía sobre el agua. No tenía idea de la velocidad de una embarcación ni ningún punto de referencia porque solo había agua a mi alrededor, pero sentí que se movía demasiado rápido.

Fui hacia el timón y traté de moverlo, pero estaba bloqueado. No podía cambiar la dirección del barco, aunque pensé que tal vez podría apagarlo. No debería ser tan difícil, o al menos eso creía, hasta que vi los cables expuestos fuera del compartimento de encendido. Briana había forzado el yate de Jefferson y hecho alguna conexión directa para ponerlo en marcha.

Acerqué la mano para apagar el motor, pero al tocar los cables recibí una descarga que me hizo retroceder. Alejé la mano adolorida, sin saber cómo iba a apagar el barco que navegaba hacia ningún lado.

El pánico crecía dentro de mí de forma insana, y con cada minuto que pasaba sin solución, aumentaba el miedo a mi destino. Había sobrevivido al accidente y a muchas otras cosas difíciles en mi vida, pero no imaginaba morir a la deriva en un yate.

Volví al interior de la embarcación intentando calmarme. Todo ese terror no me ayudaba en nada. Me dejé caer en el sofá otra vez. Si seguía mirando hacia afuera, sería mucho más difícil mantener el equilibrio y la cordura.

Mi estómago gruñó, ya era hora de comer. Mi bebé y yo teníamos hambre.

Respiré profundo, masajeándome las rodillas antes de levantarme para ir a la pequeña cocina.

Abrí una pequeña nevera. No había nada de comida, estaba completamente vacía. Los armarios también estaban vacíos. Jefferson había vivido allí un buen tiempo y pensaba que habría dejado algo, pero Briana había planeado todo para mí, incluso en hacerme morir de hambre y sed.

No quise quedarme pensando en eso, tenía que salir de ahí.

Al menos intenté tener fe.

Pensé en llamar a Jefferson o a alguien más, pero no encontré mi bolso. Debería estar en la sala, pero había desaparecido. Dudaba que lo hubiera dejado en el taxi. Briana realmente había pensado en todo.

Pensar que no tenía agua solo me hizo quererla aún más y mi boca se secó. El hambre creció y mi estómago se revolvía por dentro. Por mí y por mi bebé, necesitaba comer.



Jefferson

Capítulo treinta y nueve

—¿Cuántos datos más voy a tener que pasar para que me den las coordenadas de mi barco? —grité por teléfono a una operadora que me estaba sacando de quicio y solo aumentaba mi desesperación.

—Tenga paciencia, señor. Es solo una cuestión de seguridad.

—¿Paciencia? ¿Qué parte de "mi mujer embarazada está en el barco" no entiendes aún?

El tiempo pasaba y yo me ponía cada vez más nervioso. Si para mí era angustiante, no quería imaginar cómo estaría Clare. Seguramente estaba sola y asustada. Si quedarse encerrado en una casa en tierra firme ya era duro, en un barco a la deriva era mucho peor.

—Listo, señor. Vamos a enviarle un mensaje a su celular con las coordenadas. ¿Hay algo más en lo que pueda ayudarlo?

—Solo envíe las coordenadas.

—Ya fueron enviadas, señor.

Colgué y fui a revisar los datos que me había enviado la aseguradora.

—¿Tiene las coordenadas? —preguntó un policía, y asentí.

—Voy a tomar una lancha...

—Mejor vaya con la guardia costera, señor Miller.

—Prefiero manejar yo.

—Entiendo que esté preocupado por su esposa, pero para su seguridad es mejor que vaya un piloto experimentado que no esté emocionalmente alterado.

Quise protestar, me creía el mejor piloto para encontrar a Clare, pero por un momento de sensatez acepté y subí a la lancha de la guardia costera con un piloto y dos rescatistas.

—¿Me puede dar las coordenadas, por favor?

—Debe estar en movimiento, porque me las están actualizando todo el tiempo. —Le mostré el celular, y él puso la última posición antes de encender la lancha y acelerar.

Quería pedir que fueran más rápido, pero sabía que ya iban a la máxima velocidad posible. Por más que no pudiera controlar a Briana, nunca me perdonaría si le pasara algo a Clare. Tenía que protegerla. Cuidar a mi esposa era mi misión desde el principio, pero con una ex loca solo había logrado ponerla en más peligro.

—La vamos a encontrar, señor. —Intentó tranquilizarme uno de los rescatistas.

—Ella es sorda, no tiene experiencia en el mar y debe estar completamente aterrorizada.

—Ya hemos hecho rescates así antes. Solo hay que mantener la calma.

—Calma es lo único que no me pueden pedir ahora. —Me masajeé las sienes.

Quise levantarme y hacer algo yo mismo. Nadaría hasta ella si tuviera alguna forma de moverme más rápido.

—¡Allá está! —Apuntó el piloto a un punto blanco muy lejos.

—Debe ser él.

—Calma, todavía estamos muy lejos.

—Necesitan ir más rápido. —Bufé, irritado.

—Vamos lo más rápido que podemos, señor.

Miré la hora en mi reloj. Clare llevaba al menos tres horas sola en ese barco, tiempo suficiente para que algo terrible le hubiera pasado. No quería pensar en eso, pero mi mente se llenaba de imágenes horribles. Cuanto más pensaba en ella, más crecía mi desesperación.

Me incliné hacia adelante, tratando de ver mejor mi yate. Todavía parecía muy lejos, casi como una ilusión. Quería que nos acercáramos más, pero la diferencia de velocidad no ayudaba.

—Parece que está reduciendo la velocidad —comentó uno de los rescatistas, y empecé a pensar en eso.

—No llené el tanque desde que llegué.

Parecía que el hecho de no haber pensado en escapar, y dejar el barco con poco combustible, había sido a mi favor.

Lo que pudo haber tomado minutos me pareció una eternidad hasta que la lancha se acercó lo suficiente para emparejarse con mi barco.

—¡Clare! —grité, aunque sabía que no podía oírme, pero era para asegurarme a mí mismo que pronto ella vería mis labios diciendo su nombre.

Me lancé al agua sin pensarlo, tan rápido que uno de los rescatistas no pudo detenerme.

Nadé con todas mis fuerzas, impulsado por la necesidad de estar con ella cuanto antes, hasta la proa del yate, que afortunadamente estaba frenando.

Subí al barco y de inmediato noté que la puerta estaba forzada. Entré mojando todo con agua salada en la pequeña sala.

Mi pecho subía y bajaba rápido por el esfuerzo de nadar tan rápido y el estrés acumulado.

Clare estaba acostada en el sofá, encogida en posición fetal. Se levantó apenas me vio dentro de su campo visual.

—¡Jefferson!

Corrí hacia ella y la abracé, sin importarme mojarla con la ropa empapada de agua de mar. Le acaricié el cabello y respiré su

olor, calmándome un poco con su perfume.

Después de unos segundos me separé de ella para mirarla. Sus ojos estaban muy abiertos y sus labios secos. Por más que mi presencia pudiera haberla calmado, era evidente que había pasado momentos terribles sola.

—Briana...

—Sí, ya sé. —Le acaricié el rostro antes de darle un beso rápido.

—Pensé que iba a morir aquí sola.

—Jamás permitiría que eso pasara. —La apreté más contra mi pecho para que supiera que nunca más la dejaría sola.

—¿Ella está bien? —Nuestro momento de consuelo se rompió cuando vi que uno de los rescatistas había subido al barco y estaba detrás mío.

Le repetí la pregunta a Clare.

—Estoy exhausta, con sed y hambre, pero estoy bien.

Volví a abrazarla.

—Vamos a la lancha —dijo el rescatista—. Luego enviaremos una grúa para llevar el yate de vuelta al muelle.

Miré a Clare y ella asintió antes de que yo la guiara fuera del barco. El otro rescatista había colocado una tabla para hacer un puente del yate a la lancha. Dejé que él pasara primero para ayudar

a mi esposa y fui el último, acomodándome junto a ella en la pequeña embarcación.

Quería tener a Clare en mi regazo y no soltarla nunca más. La posibilidad de perderla, aunque fuera por unas horas, me había destrozado más de lo que esperaba.

Uno de los rescatistas me entregó una toalla para secarme y le dio a Clare una botella de agua, que aceptó agradecida.

La abracé cerca mío y Clare apoyó la cabeza en mi hombro. Iba a necesitar un tiempo juntos, bien pegados, para deshacerme de esa sensación terrible de angustia. Una vez había leído que el amor era cuando el corazón parecía querer salirse del pecho, pero nunca imaginé que fuera tan literal.



Clare

Capítulo cuarenta

Mi madre me sirvió una taza de té humeante y apoyé la cabeza en Jefferson, que estaba sentado a mi lado en el sofá de la sala de nuestro apartamento.

Después de lo que Briana me hizo hace unas semanas, mis madres, mi suegra y, sobre todo, mi marido, me cuidaban con aún más atención que antes. Había sido aterrador pasar ese tiempo sola en el barco, en medio de la nada, pero yo estaba bien, principalmente porque la policía pronto logró encontrar a Briana y arrestarla por intento de homicidio.

—¿Quieres un poco más de té? —Se sentó a mi lado.

—No, mamá, estoy bien.

—¿Y el bebé?

—También está bien. —Puse la mano sobre la barriga, acariciándola.

Mi mayor preocupación era que algo le hubiera pasado a mi hijo o hija, aunque todavía era muy pronto para saber el sexo. Lo primero que hice después de ser rescatada fue ir a una consulta médica y hacerme varios exámenes, que confirmaron que, aparte del susto enorme, tanto el bebé como yo estábamos bien.

Quizás Briana no contó con la falta de combustible, o que la aseguradora del barco lo rastreaba en tiempo real. Por suerte, esos detalles fueron clave para que Jefferson me encontrara antes de que ocurriera algo realmente terrible.

—Ahora que viene el bebé, podrían pensar en mudarse a la casa. —Se acercó Kristen, sentándose en una de las sillas, y me alegré de que hablara de otra cosa que no fuera el incidente.

—Nos gusta vivir aquí, mamá —respondió Jefferson, mientras acariciaba mi hombro.

—Van a necesitar ayuda cuando nazca el bebé, y saben que estoy disponible para eso. Para mí será un placer cuidar al niño. Ya tenía ganas de ser abuela. ¡Tú y tu hermano crecieron tan rápido!

Me gustaría tener la ayuda de todas ellas, especialmente porque no podría escuchar el llanto del bebé por la noche. Lo cual no era tan malo, ya que podría ser una excusa para que Jefferson cambiara pañales en mi lugar. Me reí con ese pensamiento. Sin embargo, por más grande que fuera la mansión que había pertenecido a la familia Miller por generaciones, me gustaba tener nuestro propio espacio, además de estar cerca del trabajo.

Sentí que me tocaban el brazo y me giré para mirar a mi madre.

—¿Quieres que te prepare algo para comer?

—Acabamos de cenar, mamá. —Me reí.

—Pero...

—No quiero engordar más de lo necesario por el embarazo.

—Está bien.

Sarah se acercó y yo me fijé en su rostro para ver qué iba a decirle a mi madre.

—Vámonos, amor. Ya se está haciendo tarde.

—Tal vez Clare necesite un poco más de ayuda de mi parte.

—Ella está muy bien, igual que la semana pasada —Sarah se rió de la preocupación exagerada de mi madre—. Además, si necesitan algo, Jefferson nos llamará o la propia Clare mandará un mensaje, ¿no es así?

Moví la cabeza.

—¿De verdad estarás bien? —Mi mamá me miró mientras apoyaba la mano en mi hombro.

—Sí.

Sarah me besó en la frente y mi madre hizo lo mismo, antes de despedirse con la mano y ser llevada por su esposa fuera del apartamento.

—Creo que yo también me voy. —Kristen se puso frente a mí.

—Gracias por venir.

—Siempre estaré disponible.

Besó mi mejilla y la de Jefferson antes de seguir a mis madres y también salir, cerrando la puerta tras de sí.

Jefferson me subió a su regazo y dejé la taza de té en la mesita antes de que pudiera derramármela encima.

—Por fin solos.

—¿Hasta cuándo crees que van a estar tan preocupadas?

—No las juzgo.

—¿No?

Él negó con la cabeza y me sostuvo el rostro con ambas manos, haciendo que me sumergiera en sus ojos y quedara completamente dominada por ese verde que me transmitía tanta paz y tranquilidad.

—Igual que yo, ellas no pueden imaginar la posibilidad de una vida sin ti.

Solo suspiré sin saber qué responder.

Me besó, hundiendo la lengua en mi boca, intensamente pero con rapidez. Luego soltó mi rostro para declararse otra vez, usando el lenguaje de señas.

—Yo también te amo.

Jefferson me atrajo hacia él y volvió a besarme.



Jefferson

Epílogo

Seis años después...

Después de haber recuperado el control de Athena y ver su claro crecimiento en el mercado, incluso retomando el segmento de calzados deportivos, decidí tomarme unas semanas de vacaciones con Clare y nuestros hijos.

A bordo de otro barco, porque ya me había deshecho del que Briana había invadido y decidí comprar uno nuevo, más grande y con un mejor sistema de seguridad, llevé a mi familia a conocer algunos de los destinos que más me habían gustado durante los años que pasé viajando.

Hacer ese recorrido con ellos era increíble y muy especial. Ya no me imaginaba en la vida solitaria que tenía antes.

Ya no era el Jefferson perdido y solo de hace más de una década; me había convertido en esposo, padre y había echado raíces muy fuertes en tierra firme, aunque la pasión por el mar seguiría conmigo para siempre.

—Papá, ¡mira la playa! —John corrió hacia mí y me tiró del dobladillo del short, señalando una pequeña isla a lo lejos.

—Sí, estamos llegando a nuestra próxima parada —dije, quitando una mano del timón para acariciar su cabello castaño claro.

Mi hijo mayor era claramente una mezcla entre su madre y yo.

Me volteé y vi a Clare acercándose a nosotros de la mano de Mandy. Mientras John tenía rasgos de ambos padres, mi hija de cuatro años era igualita a su madre, con su hermoso cabello rubio y sus ojos azules llenos de curiosidad. Mi consentida.

Sabía que no importaba dónde estuviera, con esos tres a mi lado encontraría todas las razones necesarias para ser feliz.

—Mandy tiene hambre, y yo también —Clare puso la mano sobre mi pecho, cubierto solo por una camiseta blanca y delgada.

—En media hora vamos a anclar en la playa y podremos hacer un picnic en la arena.

—¡Arena! —exclamó John—. Voy a hacer castillos.

—Primero vamos a almorzar —regañé al pequeño.

—¿Después puedo hacer castillos?

—Después sí puedes.

—¡Genial!

Reí antes de rodear con mis brazos la cintura de mi esposa y acercarla a mí. Besé a Clare y los niños pusieron cara de asco.

—¡Puaj!

Me reí de sus expresiones, pero no me aparté.

Si Jonathan era algún tipo de adivino, nunca lo sabría. Quizá esa duda la resolvería cuando lo encontrara en el más allá, pero no tenía ninguna prisa para que eso pasara.

De todos modos, solo tenía que agradecerle a mi hermano. En medio de su plan loco, Jonathan me había hecho encontrar mi puerto seguro, mi fortaleza y un sentido para tener un camino al cual siempre quisiera navegar: los brazos y el corazón de Clare.

Fin.

Sobre la autora

Jéssica Macedo tiene 29 años, es de Minas Gerais y figura con menos de 30 años en Forbes Brasil, la lista de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para niños y adultos, fantasía, aventura, romance y, sobre todo, literatura picante, todo un fenómeno editorial entre el público femenino.

Autora superventas de Amazon en Brasil y Europa, con sus libros disponibles en 6 idiomas. Jessica empezó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14, con la publicación de su primer libro "El valle de las sombras". Con más de 200 obras publicadas, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Ayudó a adaptar una de sus novelas "Eternamente Minha" a un largometraje estrenado en la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autores, en su mayoría mujeres, que componen el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

Más información sobre otros libros del autor en las redes sociales.

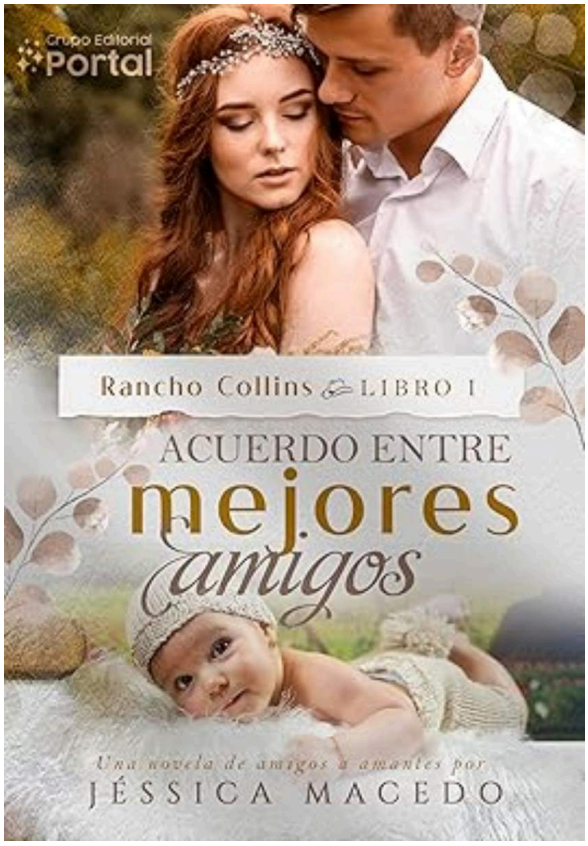
Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página web del autor en Amazon - https://amzn.to/2MevtwY



Otras obras



Enlace => https://amzn.eu/d/gxl0VzB

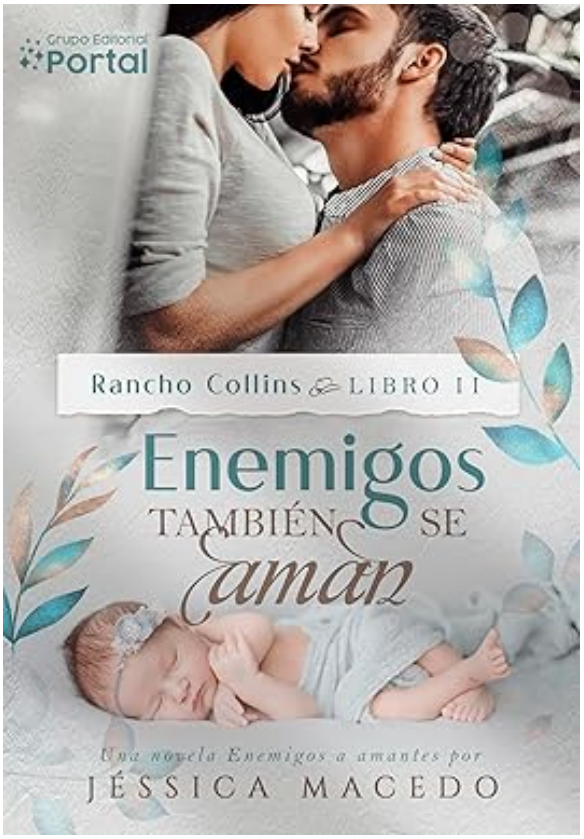
Sinopsis:

Atractivo, seductor e irresistible, el multimillonario Jackson Collins es el gobernador del Estado de Texas. Criado en un enorme rancho en el interior, este cowboy proviene de una familia influyente y pronto se destacó en la política. Sin embargo, un escándalo sexual estuvo a punto de arruinarlo todo.

Después de que se filtrara un video en internet, perdió varios partidarios y su carrera quedó en riesgo. Solo había una forma de salir de esa situación: casarse.

Tatiana Williams creció en el rancho de los Collins y siempre vio a Jackson como su mejor amigo, a pesar de ser hija de empleados. Con los años, su vínculo se mantuvo fuerte. Lo que nunca imaginó fue que él le pediría que aceptara un matrimonio falso. Sin embargo, ella siempre estuvo dispuesta a hacer cualquier cosa en nombre de su amistad.

Se suponía que sería un acuerdo temporal, una farsa con fecha de caducidad, cuyo único propósito era restaurar la imagen de Jackson. Pero ninguno de los dos estaba preparado para enfrentarse a la intensa atracción que sentían el uno por el otro… ni para lidiar con un embarazo inesperado.



Enlace => https://amzn.eu/d/jiWyjQ9

Sinopsis:

Un médico viudo y arrogante.

Una enfermera decidida.

Una bebé adorable para tocar el corazón de un padre.

El neurocirujano Brandon Hanks sufrió una pérdida terrible que lo llevó a alejarse de Dallas y hacerse cargo de una pequeña clínica en el campo.

El viudo solo quería escapar del dolor, pero la enfermera del pueblo lo volvía loco. Enemigos desde el primer momento, ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder, pero la atracción los llevó a entregarse al deseo.

Cora Collins no imaginaba quedar embarazada de ese médico arrogante, mucho menos ser abandonada cuando él se fue. Dispuesta a superar la situación, iba a criar a la hija sola y no esperaba que Brandon regresara.



Enlace => https://amzn.eu/d/82pPLzs

Sinopsis:

Un sheriff protector.

Una mujer en apuros.

Dos niñas adorables, fruto de un amor improbable.

El sheriff Malcon Collins siempre fue un ejemplo a seguir en el pequeño pueblo del interior donde creció. A pesar de ser heredero de la familia más rica e influyente de la región, este vaquero dedicó su vida a proteger a todos. Nadie imaginaba que terminaría involucrado con una mujer problemática... y mucho menos ser padre soltero.

Jennifer Dias fue vendida por su propio padre a un hombre peligroso, y desde entonces ha vivido huyendo, luchando por sobrevivir. En su vida no había espacio para nadie, ni siquiera para un hombre rudo dispuesto a protegerla. Era un riesgo que no quería correr, porque no soportaría ver a nadie más salir herido.

Nadie puede huir para siempre. El destino la llevaría de regreso al hombre que siempre amó… Pero eso no significaba estar libre de su peor demonio.

Mira más libros míos

¡Ve aquí!

Redes sociales (del editor)

Sitio web del editor: https://grupoeditorialportal.com.br/
Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/
Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/
Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal

Grupo Editorial Portal
www.grupoeditorialportal.com.br